Una historia de la mentira

JUAN JACINTO
MUÑOZ RENGEL

Alianza editorial

JUAN JACINTO MUÑOZ RENGEL

Una historia de la mentira

Alianza editorial

Índice

Uno
Menos seis
Mucho antes aún: la naturaleza
Dos
La realidad como simulacro
La primera gran mentira
Pensamiento mágico y pensamiento mítico
Dios Engañador
Las mentiras de la Iglesia
Las mentiras del ateísmo
La formación de las sociedades
La guerra y la estrategia
Espionaje y contraespionaje
Las mentiras de la política
El comercio y la economía
Breve historia de la falsificación
El arte como falsificación
La literatura como falsificación
Los maestros de la sospecha
Las mentiras de la ciencia
Presente, hiperrealidad y posverdad
El amor
La muerte
Y entonces ¿qué hay?

Bibliografía
Agradecimientos
Créditos

La simulación es la esencia del tiempo actual. Simulación es nuestra política, simulación nuestra moral, simulación nuestra religión y nuestra ciencia.

Ludwig Feuerbach

Es irrefutable que el hombre siempre ha mentido.

Alexandre Koyré

La palabra es más real que el objeto que representa. La palabra no representa la realidad. La palabra es la realidad. Para nosotros, al menos. Quizá Dios llegue a los objetos. Nosotros no, sin embargo.

Philip K. Dick

Básicamente, solo los pensamientos propios tienen verdad y vida.

Arthur Schopenhauer

El poeta es un fingidor.
Finge tan completamente
que llega a fingir que es dolor
el dolor que de veras siente.

Fernando Pessoa

UNO

Suponga, por un instante, que el narrador que en estos momentos le habla sea una ficción. Suponga que, para hacer posible la comunicación entre nosotros, me he visto obligado a crear la ilusión de un tono, de una voz, de una mirada, una identidad impostada.

Ahora suponga que, por extensión, todo lo que le dice este narrador, incluidas estas mismas palabras, sea mentira.

Pero vayamos aún más lejos. Suponga —y la elección del verbo «suponer», emparentado con la *suppositio* latina, no es arbitraria— que todo lo que le han contado a lo largo de su vida sea mentira. La historia de la humanidad. El conjunto del conocimiento humano. El modo en que el hombre está y se relaciona con el mundo.

Suponga que sus propios recuerdos hayan sido deformados por su mente. Suponga que el relato de su vida —lo que usted escoge relatarse a sí mismo— también ha sido manipulado por las limitaciones de la memoria, por la necesidad psicológica del autoengaño y por los mecanismos de defensa de su ego. Y que, por lo tanto, amigo lector, también su identidad es impostada.

Usted, mi voz y todo lo que media entre nosotros son mentira. Solo desde esta aceptación nos encontraremos en el lugar apropiado para empezar a comunicarnos. A partir de estas premisas podremos iniciar nuestro diálogo.

Porque la historia del hombre no es otra que la historia de la ficción.

MENOS SEIS

En el siglo VI antes de Cristo, vivió un filósofo, poeta y profeta griego llamado Epiménides Festio, que fue el primero en poner de manifiesto la problematicidad inherente a todo narrador, la posibilidad del narrador mentiroso.

Según cuenta la leyenda, Epiménides, huyendo del calor del mediodía en el Egeo, se refugió en la frescura de una caverna. Y allí durmió, si nos atenemos a la crónica de Diógenes Laercio, durante cincuenta y siete años seguidos. Plutarco corrige este dato y, procurando dotar de mayor verosimilitud al relato, afirma que su sueño solo duró cincuenta años. Al despertar por fin de su letargo, advirtió que había sido tocado por los dioses y que lo asaltaban sin cesar las revelaciones divinas.

Corrió a la ciudad y comenzó a estamparles a todos en la cara verdades como puños. Entre otras muchas cosas, dijo:

—¡Los cretenses son todos unos mentirosos!

Teniendo en cuenta que Epiménides era cretense, su aseveración encerraba todo un dilema. Porque si Epiménides es cretense y todos los cretenses mienten, entonces cuando Epiménides afirma «Los cretenses son todos unos mentirosos», o bien no miente, y por lo tanto al mismo tiempo no estaría diciendo una verdad, o bien miente y estaría diciendo la verdad, lo que automáticamente implicaría al menos un cretense que no es un mentiroso.

Los filósofos posteriores no tardaron en reparar en la verdadera magnitud del problema, y se esforzaron incluso en afinar su enunciación para poner aún más de relieve su carácter paradójico. Así, mudaron la premisa original a «Las afirmaciones de todos los cretenses son siempre falsas». O a otras equivalentes como «Ningún cretense dice nunca la verdad», o más sencillas como «Esta frase es falsa», o simplemente «Miento». Y pasaron el resto de la historia tratando de resolver la paradoja,

originando decenas de obras y de teorías en los campos de la semántica, la lógica, la matemática y la filosofía del lenguaje.

El problema fue al fin resuelto en el siglo XX. Entre otros, lo resolvió Kurt Gödel cuando consiguió formular su primer teorema de la incompletitud, que vino a demostrar que cualquier sistema axiomático recursivo, lo suficientemente consistente como para definir los números naturales, contiene afirmaciones que no se pueden demostrar ni refutar dentro del propio sistema. O también Bertrand Russell, con su teoría de los tipos, que descartó esta clase de sentencias paradójicas por estar mal formadas, es decir, porque no se ajustan a las reglas de formación del propio sistema al que pertenecen.

En otras palabras, para entender lo que sucede cuando afirmo que miento deberíamos distinguir entre un lenguaje y el metalenguaje que se refiere a ese lenguaje. Y en el caso de que nos elevemos a un nivel o conjunto superior —como ahora mismo, mientras me aventuro en este bucle—, entre el metalenguaje y el metametalenguaje de ese metalenguaje, y luego hablaremos del metametametalenguaje del metametalenguaje de ese metalenguaje, y así sucesivamente. Las paradojas semánticas sobre la verdad quedarían entonces suprimidas en cuanto descubrimos que «Es verdadero» o «Es falso» no pertenecen al mismo nivel de metalenguaje que «Miento».

Y es en este don tan humano de la autorreferencialidad, en este bucle, este salto o círculo que nos persigue, donde como se verá más adelante se ocultan algunos de los aspectos más interesantes de nuestra propia condición. Algunos de ellos no serán demasiado determinantes para el destino de la humanidad —como, por ejemplo, aquellos relacionados con las cualidades literarias de la metaficción y de la autoficción, géneros tan de moda—, pero en otros reside sin duda la raíz de todos los grandes problemas epistemológicos. Y, entre estos, también el que aquí nos ocupa. Pues en este bucle, este salto o círculo se esconde al fin y al cabo el centro de todo: nosotros mismos: la posibilidad de la ficción y de la conciencia.

Habrá tiempo de abordar todas estas cuestiones esenciales. Prometo que volveremos y que daremos amplia cuenta de ellas. Sin embargo, una vez que ha quedado resuelta la problemática formal de la mentira, este falso

primer escollo, creo que sería conveniente que me acompañase. Que viniese conmigo y que nos remontáramos mucho antes aún.

MUCHO ANTES AÚN: LA NATURALEZA

Venga conmigo, confíe en mí. No pretendo engañarle. Es probable que hasta ahora le hayan hecho pensar que la mentira es solo cosa de hombres y mujeres. Acaso la definición de verdad que ha venido más o menos manejando hasta este momento tenga que ver con la adecuación entre lo que es y lo que se afirma que es, es decir, con la adecuación entre realidad y pensamiento. Y, por lo tanto, pudiera parecer que la verdad solo depende pues de la intervención del intelecto humano, que solo surge con nosotros. A estas alturas, no obstante, cabría que nos preguntáramos: ¿entonces la naturaleza no miente?

Trasladémonos hasta el comienzo del mundo. No es necesario que retrocedamos hasta los inicios de los tiempos, ni siquiera hasta el periodo de formación del planeta. Basta que nos detengamos en ese instante en el que las cosas empezaron a adquirir la forma que conocemos, justo antes de la aparición de los seres humanos. Ya están a nuestro alrededor los bosques, recorridos por los ríos, las altas montañas y al fondo el mar, y en ellos la práctica totalidad de los animales conocidos. Salvo nosotros. Pero prestemos un poco más de atención. ¿No es eso que se esconde entre el ramaje un pájaro con el exacto color de las hojas? ¿No tienen también las plumas de aquel búho la misma forma y matiz que las rugosidades del tronco de ese árbol? ¿A quién pretenden engañar? A sus predadores, sin duda. Sin embargo, ¿y ese guepardo que se agazapa entre los secos herbazales, con sus manchas y su tono pajizo? ¿No está empleando también el camuflaje para engañar a sus presas? Alejémonos despacio, sin llamar la atención. Refugiémonos en la ribera del río, en medio de este silencio del mundo apenas abocetado. Espere. Incluso aquí, aun dentro del agua, tanto usted como yo volvemos a tener auténticas dificultades para distinguir los peces sobre el lecho de piedras, porque las escamas de sus lomos simulan con fidelidad las mismísimas formas de los cantos rodados. En cambio, si

ahora mismo pudiéramos bucear y situarnos bajo ellos, tampoco acertaríamos a ver desde allí los peces, pues comprobaríamos que sus vientres claros ostentan el color justo y preciso para confundirse con el cielo luminoso.

El caso más popular de cripsis (que viene de *kryptos*, 'críptico', 'oculto') quizá sea para todos nosotros el del camaleón, a quien sabemos capaz de cambiar la tonalidad de su piel según las circunstancias. Pese a ello, su fama es un tanto injusta, su transformación no es tan minuciosa ni posee un absoluto control sobre ella. Bastaría que nos diéramos una vuelta por aquí para que descubriésemos especímenes mucho más sofisticados: la sepia, sin ir más lejos, no solo puede adoptar otro color en apenas unos segundos, sino modificar al mismo tiempo su textura, su completa estructura externa, e incluso generar estampados con el variable fondo marino para hacer luego que se muevan a lo largo de su cuerpo en la dirección contraria a la que avanza en realidad. Y no todas las estratagemas son visuales. Más allá, en ese arrecife, los chorros de tinta de sus primos los calamares dificultan la visión, sí, pero sobre todo engañan a sus enemigos naturales con la química de sus olores.

Por otro lado, además de todos estos animales que procuran asemejarse a su entorno, aquí y allá podemos ver que también abundan los casos de mímesis (que viene de *mimos*, 'imitación'): los de aquellos animales que tratan de parecerse a otros, ya sean peligrosos, inofensivos o repugnantes. Como las moscas que simulan ser abejas, o las serpientes que adoptan las mansas formas de los corales, o esas lechuzas que anidan entre las rocas y para proteger sus huevos emiten un sonido idéntico al de una cascabel. Y ahora que nos fijamos bien, ni siquiera el búho que creímos ver al principio, fingiendo ser parte del tronco de un árbol, era en realidad un ave, sino una caligo con sus dos alas desplegadas, falseando con pasmosa precisión el rostro de un búho. En cada una de las alas de esta mariposa se muestra un ocelo portentoso, grande y redondo, de un intenso amarillo y con negras pupilas dilatadas en su interior. Hasta el punto de que en este momento, aunque ella está en sus cosas, podríamos jurar que el inexistente búho nos está sosteniendo la mirada. Estos casos de ocelo, claro, no solo se dan en los animales susceptibles de convertirse en presas, como las mariposas o los

peces. Incluso los tigres muestran el trampantojo de un ojo perfilado en el dorso de sus orejas, en forma de manchas blancas que les evitan ser atacados por la espalda.

La selva primigenia, por lo tanto, está llena de engaños.

Y, aunque le haya hecho venir hasta aquí, a estas horas intempestivas, puede que no hubiera hecho falta siquiera salir de su casa. Quizá habría bastado con que observase unos minutos a su gato, que en este instante permanece quieto, acechante, creyendo tener posibilidades de cazar al gorrión que picotea del otro lado del cristal. ¿No miente cualquier animal con el solo acto de permanecer inmóvil? ¿No intenta hacer creer que no está donde en verdad sí que está? Todo el que acecha sin moverse está mintiendo; la víctima paralizada por el miedo, también. Pero, y si usted tratara de sorprender al pequeño cazador, saltando de repente hacia él como un loco, agitando los brazos en el aire, y consiguiese que le enseñara los colmillos, que le bufara y que se le erizase el lomo, ¿no estaría su gato simulando ser más grande de lo que en realidad es? Su espinazo arqueado y su pelo enhiesto ¿no estarían volviendo a mentir?

Por consiguiente, en la naturaleza estaba ya la mentira mucho antes de que surgiera el lenguaje, mucho antes de que apareciéramos nosotros. Ni usted, ni yo, ni nadie que se le pareciera.

Imagine cuál sería la incertidumbre de los primeros primates asaltados por un sueño. Cuánta perplejidad al despertar. Qué desconcierto al ser arrancados de pronto de esa otra historia, de esa otra realidad con aparente sentido y cargada de imágenes, y descubrirse en la cueva, solos, ateridos, sin el conejo blanco que habían conseguido atrapar, de nuevo sin la compañía de sus padres, fallecidos hacía tanto tiempo. ¿Qué son los sueños sino otra gran mentira?

¿Y el sexo? Una de las mayores mentiras naturales de nuestro mundo, que se abre paso desde la selva hasta las entrañas de la sociedad y que todavía hoy rige nuestras vidas, sin importar cuánto podamos llegar a tomar conciencia de nuestros instintos y patrones biológicos. Y es aún mayor por cuanto se trata de una mentira doble. Por un lado, el sexo nos engaña mediante la atracción, haciéndonos creer que son más apetecibles esas piernas, esa espalda o ese cuello que los velludos cuartos traseros de un

ciervo y el dulce olor almizclado que secretan sus glándulas. Haciéndonos pensar que somos nosotros quienes elegimos libremente a esa persona frente a aquella otra, ese vientre, ese pecho o esos tobillos frente al hinchado buche a punto de estallar del rabihorcado, cuyo intenso color rojo resulta irresistible a las hembras de su especie. Y por otro lado, el sexo nos engaña mediante la ilusión de descendencia. Los padres sufren el espejismo de creer que se verán reproducidos en sus hijos, que estos serán una copia de sí mismos, una continuidad de su propio ser, un paso hacia la inmortalidad. Pero esta falsa promesa es un nuevo ardid de la naturaleza. Los sujetos no se reproducen, tan solo lo hacen las especies. Los individuos no son más que los meros portadores de los códigos genéticos.

La atracción sexual y la necesidad de reproducción, por lo tanto, son engaños muy anteriores a la formación de las sociedades. Muy anteriores también a la aparición de la sofisticada idea del amor, a la que habré de dedicar más adelante un apartado especial. Del mismo modo que las primeras mentiras son anteriores al lenguaje. Incluso las primeras mentiras intencionadas, las que nacen de la perspicacia, son anteriores al lenguaje. Esas que tienen su origen en una mente inteligente, en la capacidad de proyectar el futuro y de anticipar lo que va a ocurrir. En algún momento remoto, un primate tuvo que emitir por primera vez un grito de alarma que no fuese verdad. Aunque nunca antes hubiera sucedido, tuvo que haber una mañana concreta, quizá un mediodía, en el que a un mono capuchino se le ocurriese por primera vez avisar de la llegada de un depredador, haciendo ostentación de agudos chillidos y removiéndose nervioso. Pero, en esta ocasión, no para salvar la vida de sus compañeros, sino para hacerlos huir y quedarse solo para él con el cangrejo que había visto aproximarse entre la hierba. La primera mentira semántica.

Millones de años más tarde, por supuesto, surgiría el lenguaje tal y como lo conocemos y las mentiras adquirirían la capacidad de volverse mucho más complejas y refinadas, dando lugar al arte, las religiones, la ciencia y el conjunto de la cultura contemporánea.

No obstante, atento lector, me gustaría que hubiera reparado no solo en que existen mentiras anteriores al hombre, sino también en que estas se encuentran por encima del individuo. No es el búho concreto el que elige

adoptar un plumaje similar al tronco de los árboles, ni el guepardo quien decide amarillear en la sabana. Ni siquiera el camaleón o la sepia tienen la opción de escoger. Es en las especies y no en los individuos donde reside la mentira. Es en la naturaleza, en su plan superior, en su inextricable afán de permanencia y de evolución hacia alguna parte, donde está inserta la voluntad de inducir al error. La falsificación, la manipulación y el engaño no necesitan de las pequeñas voluntades de los seres dotados de inteligencia. La orquídea mimetiza con su labelo a las abejas hembras, no solo imitando su forma, sino replicando también su producción de feromonas, para lograr así que los zánganos la polinicen. Y ni siquiera posee un sistema nervioso.

Le aseguré que no iba a engañarle, que podía acompañarme sin riesgos. Mentí.

Quizá conozca la anécdota que la hija de J. D. Salinger contaba sobre el escritor en sus memorias. En un pasaje de *El guardián de los sueños,* Margaret Salinger recuerda una experiencia de infancia que acaso, debido a su tierna edad, pudo resultar traumática para ella. Estaban padre e hija sentados frente a la ventana de su salón, en su casa de Cornish, en New Hampshire, contemplando los bosques y las altas montañas, los cultivos, los animales y las granjas. Entonces el escritor se levantó, agitó la mano sobre la ventana en un gesto que pretendía borrar cada una de las formas que se extendían tras ella y dijo:

—Todo esto es *māyā,* una ilusión. ¿No es maravilloso?

Pues bien, eso nos acaba de ocurrir a nosotros. Nada de lo que hemos visto usted y yo es real: ni los bosques, ni las montañas, ni el mar, ni el búho, ni el guepardo, ni los peces, ni los colores, ni los olores. Eran necesarios solo para entendernos. ¿Lo ve? Ya no están.

Nada de lo que queda más allá de nosotros, nada de lo que nos llega a través de los sentidos es verdad. O al menos hasta ahora nunca hemos sido capaces de dar ese salto trascendental. Por el momento seguimos aquí encerrados, dentro de nosotros mismos. Y todo lo demás es ilusión.

DOS

En cierto modo, la mentira sí es cosa de dos.

Se necesitan al menos dos opuestos para que uno pueda hacer creer al otro que lo que es no es. O bien dos sujetos; o bien de un lado la realidad y de otro un sujeto con una mínima capacidad de percepción. Sin embargo, desde un punto de vista estricto, mucho me temo que estas dos caras de la moneda se reduzcan tan solo a uno mismo y al mundo. Tal vez, lector de estas líneas, en esta búsqueda de la verdad solo caben dos extremos: usted y todo lo demás.

Incluso en el propio planteamiento del problema, la dualidad ha estado presente desde los inicios. En la historia de la filosofía cabría hablar de dos grandes líneas maestras, principiadas respectivamente, como era de esperar, por Platón y Aristóteles. El primero lo hizo dotando a lo verdadero de existencia en sí: la Verdad es única, perfecta, eterna e inmutable, y existe con independencia de la mente en el Mundo de las Ideas. El segundo, alejándose de esta identificación entre la verdad y la realidad, haciéndola más mundana y limitándola a una mera propiedad de ciertos enunciados: «Decir de lo que es que no es, o de lo que no es que es, he aquí lo falso; y decir de lo que es que es, o de lo que no es que no es, he aquí lo verdadero», anticipaba Aristóteles en el cuarto libro de su *Metafísica,* inaugurando así la concepción semántica de la verdad, y acercándonos a la perspectiva de la adecuación o la correspondencia. Y, no obstante, ambas líneas han resultado ser callejones sin salida, que nos han acabado por devolver al mismo punto del que partimos. Nosotros mismos. La acepción aristotélica resistió el paso de los siglos asimilada en el nominalismo, en el empirismo, el materialismo, el estructuralismo, la deconstrucción, hasta arrojarnos a este mundo en continuo estado de sospecha en el que ahora vivimos. La línea platónica, en cambio, fue abrazada con fervor por el cristianismo para sus propios fines, gracias a la máxima de San Agustín que establecía a Dios

como la única fuente posible de la verdad. Siglos más tarde, Nietzsche —precisamente uno de los tres grandes maestros de la sospecha— se referiría a este concepto de verdad como la confabulación maquinada por Sócrates, Platón y los judeocristianos para encadenar al hombre en la cárcel de la razón y alejarlo de las pasiones. La invención de la verdad sería, en términos nietzscheanos, la mayor de las mentiras de la cultura grecolatina y de Occidente, la trampa urdida por los cobardes con miedo a vivir para alejarnos de nuestros instintos vitales. Por supuesto, desde la tradición platónica hubo muchos intentos de salir del atolladero. Fueron diversas las tentativas de integrar los conceptos aristotélicos en su corpus teórico, empezando por la obra de Santo Tomás de Aquino en el propio seno de la Escolástica, y siguiendo luego con las iniciativas de Descartes, de Malebranche o de Leibniz y sus verdades de la razón y verdades de hecho.

De entre estos, y en general de entre todas las cabezas pensantes de la historia, sin duda uno de los hombres que se tomaría más en serio someter la verdad a todo tipo de pruebas sería el filósofo francés René Descartes. Y fue entonces cuando sobrepasamos el punto sin retorno.

Cuenta el propio Descartes que desde muy niño advirtió que se había acostumbrado a aceptar como verdaderas una cierta proporción de opiniones falsas, y que, por lo tanto, todo lo que en los años posteriores fue construyendo sobre ellas solo podría ser tenido por dudoso y discutible. De modo que, cuando consideró que había llegado el momento oportuno, alcanzada su madurez intelectual y exiliado en su larga y tranquila estancia en Holanda, siempre al calor de la estufa, decidió enfrentarse a la empresa de su vida: rechazar sistemáticamente todas y cada una sus creencias y comenzar a construir sobre al menos una verdad incuestionable. Para superar esta fase inicial de escepticismo escribe primero el *Discurso del método,* en el que establece las reglas para el correcto pensar y aquellas otras destinadas descubrir verdades a partir del análisis y la síntesis. Pero no contento con esto, y siempre acatando sus propias normas, publica cuatro años más tarde sus *Meditaciones metafísicas*. Y es en la primera de estas meditaciones donde, quizá sin llegar a adivinar las consecuencias de lo que estaba a punto de hacer, instaura con voluntad de hierro su duda metódica.

Como primer paso, para situarse en la posibilidad de máxima duda, y dado que había reparado en que los sentidos a veces nos engañan y no podemos estar seguros de cuándo nos inducen o no al error, Descartes decide descartar todo lo que proceda de nuestra percepción. En segundo lugar, advirtiendo que incluso tras rechazar los sentidos le es difícil negarse a sí mismo que se encuentra allí sentado, frente a las brasas, con su cómoda bata apenas apulgarada y los papeles entre las manos, se pregunta: ¿Y si me hubiera quedado dormido por culpa de este placentero calor en los pies y estuviera soñando? Esta segunda premisa es aún más radical que la anterior, porque la imposibilidad de distinguir con certidumbre entre la vigilia y el sueño hace que comience a cuestionarse casi todo: ¿Puedo estar por completo seguro de que me encuentro en esta habitación? ¿No puedo acaso dudar incluso de mi propio cuerpo, de mi dolor y del resto de los estímulos, de estas manos que observo crispadas al final de mis brazos? Solo queda algo que todavía aparenta resistir la hipótesis del sueño. Estemos dormidos o despiertos, dos y tres siempre sumarán cinco y el cuadrado siempre tendrá cuatro lados. Las verdades matemáticas están por encima de cualquier método de duda. ¿De cualquiera? Es entonces cuando el filósofo racionalista, en su búsqueda de la verdad incuestionable, arremete con toda la artillería de su tercera hipótesis, la del Genio Maligno o el Dios Engañador. ¿Y si un dios todopoderoso me hubiera creado con una inteligencia tal que siempre me mantuviese en el error, de modo que todo lo verdadero me pareciera falso, y lo falso, verdadero? Bajo la lente de este supuesto, ninguno de nuestros conocimientos volvería a estar a salvo.

Tan solo una única cosa queda en pie tras semejante cataclismo, apenas nada. Después de someterse a tantas y tantas dudas, el náufrago Descartes, agotado y confuso en medio de un universo arrasado, consigue asirse por fin a una única certeza: en cualquiera de los casos, incluso bajo la más drástica de las suposiciones, debe de haber alguien que duda, debe de haber algo susceptible de ser engañado. Alguien que piensa y por lo tanto existe, su famoso *cogito ergo sum*. Su isla.

A partir de esta unidad mínima del sujeto pensante, René Descartes se propondrá reconstruir la realidad. Afirmará primero la existencia de unas cuantas ideas innatas, que habitan en el interior de ese yo: la propia idea de

existencia, la propia idea de pensamiento y la idea de infinito. Identificará a continuación la más cuestionable de las tres, la idea de infinito, con la idea de Dios y tratará de demostrar su existencia. Para lo cual argumentará que una idea infinita, eterna, independiente, omnisciente y omnipotente no puede provenir de mí, que soy finito, sino que ha de tener una causa exterior. Entonces, una vez demostrada la existencia de Dios, le resulta fácil restablecer la existencia del mundo: un Dios omnipotente no puede ser engañador, porque el engaño depende de un error, de un defecto, de una deficiencia del ser, y por ello es imposible que sea consecuencia de un ente divino que todo lo puede y cuyas acciones tienen siempre por sí mismas un efecto real. Y si Dios existe y es infinitamente bueno, jamás permitiría que me engañase a mí mismo dejándome creer que el mundo existe si no existiera. Luego el mundo existe.

Así fue como el fundador del racionalismo demostró el mundo mediante un acto de fe.

Son innumerables las trampas que hizo Descartes para dar el salto más allá de ese primer estadio de solipsismo, para salir del aislamiento del *cogito* y reconstruir el resto de la realidad. Podríamos detenernos a analizar si la idea de infinito es en verdad clara y distinta, tal y como exigen sus reglas del método; o si para demostrar la existencia de Dios el filósofo no abusa del viejo y fallido argumento ontológico de San Anselmo; o si con su razonamiento no está de hecho limitando la omnipotencia de Dios, que no podría engañarnos aunque así lo quisiera. Sin embargo, basta tomar un poco de perspectiva histórica para advertir que sus nociones de bondad y de mentira, como defecto de ser, estaban claramente fundamentadas en el marco conceptual platónico-cristiano, y lo empujaron a apoyarse en los prejuicios de los que con tanto esfuerzo procuró huir. Podríamos, en definitiva, seguir cuestionando una tras otra todas las incongruencias lógicas en las que incurren las meditaciones cartesianas posteriores a la duda. Pero por encima de todo lo demás, no podemos desechar sin más la posibilidad más temida: hay algo ahí fuera que nos engaña. Nos sobran indicios para pensar que la realidad nos engaña y que en la naturaleza, previa a la humanidad, se encuentra instalada la mentira de manera consustancial.

Por eso, desde el momento en el que damos por válida la duda metódica, y en cuanto reparamos en su falsa salida, nos volvemos a descubrir aquí dentro, atrapados.

LA REALIDAD COMO SIMULACRO

Pensaré que el cielo, el aire, la tierra, los colores, las figuras, los sonidos y todas las demás cosas exteriores no son sino ilusiones y engaños diseñados para sugestionar mi credulidad. Me consideraré a mí mismo desprovisto de manos, de ojos, de carne, de sangre. Trataré de permanecer inamovible en esta convicción, y, si por tales medios no llego a conocer jamás una verdad, al menos siempre podré optar por suspender mi juicio. Eso es lo que haré. Sin embargo, esta decisión resultará más ardua de lo esperado. Necesitará de constancia y de disciplina, por lo que la dejadez de los días me acabará arrastrando a las inercias de mi vida ordinaria. Y, como un esclavo que sueña que está gozando de una libertad imaginaria, cuando entonces comience a sospechar que esa libertad es un sueño, temeré despertar. Y conspiraré con las complacientes ilusiones para seguir siendo engañado durante más tiempo, entre las tinieblas…

No, estas no son mis palabras. Aunque no las haya entrecomillado para así hacerlo creer. Y tampoco pertenecen a una película futurista, no forman parte de una superproducción cinematográfica, de tintes distópicos, que pretenda mostrar cómo todo lo que entendemos por realidad podría haber sido generado por la tecnología de otra civilización, o de una inteligencia artificial o de una especie invasora. Son las palabras que empleó Descartes en 1641, tras someterse a la hipótesis de un espíritu maligno. Cuando aún creía que sería capaz de salir del lugar donde estaba metiendo a todo sujeto pensante.

Y desde entonces hasta nuestros días, la conciencia de vivir una quimera no ha hecho sino aumentar. Hasta invadir toda nuestra cultura.

Si bien la noción de la realidad como simulacro formaba ya parte de la filosofía desde la antigüedad. Estaba en el pensamiento oriental a través del concepto de *māyā;* en los textos sagrados de las *Upaniṣads* o en la escuela del *Vedānta*, *māyā* es la ilusión, el mundo en cuanto apariencia, el yo

fenoménico frente a lo que permanece oculto por su velo, es decir, el Absoluto, el Ser trascendente, el *Brahman*, para el cual los fenómenos empíricos podrían ser perfectamente irreales. Y también estaba en Platón, desde el instante en el que separa el mundo sensible de ese otro Mundo de las Ideas, dando lugar a una teoría del conocimiento que dejó perfilada con gran viveza plástica en su célebre alegoría de la caverna. La repetiré una vez más, pese a ser consciente de que ha marcado el rumbo de la filosofía y de seguro la conocerá, por su especial pertinencia llegados a este punto: lo que Platón nos pide es que imaginemos a unos hombres en el interior de una cueva, en la que se encuentran cautivos desde su tierna infancia con las piernas y el cuello inmovilizados por cadenas, de manera que solo puedan mirar hacia delante; detrás de ellos hay un muro que los separa del resto de la caverna, de otros hombres que portan en sus manos objetos fabricados de toda clase, de la hoguera que es la única fuente de luz y de la salida al exterior; los encadenados no han tenido jamás contacto con el mundo de afuera, su única relación con la realidad es a través de las sombras que el fuego proyecta en la pared del fondo, sombras deformadas de objetos artificiales a las que atribuirían entidad de real, a las que supondrían el origen de los sonidos reverberados por el eco y entre las cuales establecerían relaciones causales ficticias. Estos prisioneros, incapacitados para caminar sobre sus pies o para contemplar el mundo exterior a la luz del sol sin cegarse, condenados a tan solo esgrimir débiles conjeturas sobre la realidad y a abrazar un conjunto de creencias, tan alejados del verdadero ser, somos nosotros.

Por consiguiente, las sospechas de que esto que llamamos realidad no es más que un decorado nos rondaban desde el principio: lo que consiguió la duda metódica fue catalizarlas. El pensamiento de Descartes no solo dio lugar al racionalismo, muy pronto nos arrojaría nada menos que a los brazos del idealismo subjetivo, que encontró un desaforado fundador en el irlandés George Berkeley. El obispo Berkeley llegó a afirmar que la materia extensa no existe más allá de la mente y que las cosas solo son en cuanto que hay alguien que las percibe, *esse est percipi*. Más tarde, el devenir de este pensamiento tendría como una de sus consecuencias la fenomenología, y, al fin, la posmodernidad. Toda la filosofía moderna y contemporánea está

impregnada por esta sensación de caminar entre espejismos, o por la intuición de que no podemos evitar multiplicarlos según tratamos de avanzar.

Ya en el siglo XX, Bertrand Russell consigue expresar esta sombra de escepticismo con una imagen igualmente plástica y evocadora. Lo hace en el primer capítulo de sus *Fundamentos de filosofía* (1927), recuperando un supuesto que había articulado por primera vez, aunque nunca llegó a suscribirlo, en su novena conferencia de *The Analysis of Mind* (1921):

> No hay imposibilidad lógica en la hipótesis de que el mundo haya sido creado hace cinco minutos, exactamente como es, con una población que «recuerda» un pasado por completo irreal. No hay una conexión lógica necesaria entre eventos de distintos momentos; por lo tanto, nada de lo que sucede ahora o suceda en el futuro puede refutar la hipótesis de que el mundo comenzó hace cinco minutos.

Y de un modo similar a como ocurrió en la filosofía, en el ámbito de la ficción —que goza de al menos la misma capacidad para transformar nuestro mundo— la idea de la realidad como simulacro se fraguó hace milenios. Acaso su primera aparición también tuviera lugar en Oriente, en la forma de una anécdota que tiempo después se transformaría en haiku y, finalmente, en algo semejante a un microrrelato. Cuentan los estudiosos taoístas que una noche, allá por el siglo IV antes de Cristo, el maestro Zhuang zi —transcrito otras veces como Chuang Tse o como Chuang Tzu — soñó que era una mariposa revoloteando de flor en flor, feliz de ser una mariposa. Esa mañana sin embargo despertó perplejo, porque el sueño había sido tan intenso que le había hecho olvidar por completo quién era mientras duró. Sus discípulos le preguntaron:

—Maestro, usted nunca antes había estado triste, ¿qué le ocurre hoy?

El sabio los miró con unos ojos extraviados, que parecían haber regresado de otro mundo.

—Tengo un problema para vosotros y quiero que lo resolváis.

—Adelante pues, díganos.

—Esta noche he soñado que era una mariposa.

Sus discípulos rompieron a reír, creyendo que se trataba de una broma.

—Pero ahora está despierto. ¿Por qué hemos de seguir preocupándonos?

—Prestad atención. Este es el problema: Si yo puedo soñar y en mis sueños me es posible convertirme en mariposa, ¿qué impide que ocurra justo lo contrario? Una mariposa podría de la misma manera dormirse y soñar que se ha convertido en Zhuang zi. Decidme entonces, ¿en verdad he soñado que era una mariposa o es la mariposa la que ahora está soñando ser Zhuang zi?

Con registros como este y otros semejantes, parece claro que la hipótesis escéptica del sueño encuentra remotos antecedentes en todas las culturas. Así, en la tradición árabe este cuestionamiento de lo real tendría su equivalente en un cuento de *Las mil y una noches* titulado «El hombre arruinado y su sueño». Mientras que en la literatura occidental podríamos citar desde Píndaro —«el hombre es el sueño de una sombra»— hasta Shakespeare —«somos la misma cosa de la que están hechos los sueños, y nuestra pequeña vida está rodeada por un sueño»—; desde Sófocles —«nosotros, todos cuantos vivimos, no somos más que simulacros y una leve sombra»— hasta Calderón de la Barca, que en el clímax dramático de *La vida es sueño* (1636) pone de manifiesto el carácter ilusorio de la realidad con los célebres versos de su personaje Segismundo.

> ¿Qué es la vida? Una ilusión,
> una sombra, una ficción,
> y el mayor bien es pequeño:
> que toda la vida es sueño,
> y los sueños, sueños son.

Curiosamente, es con un verso casi idéntico con el que Lewis Carroll decide concluir su libro *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí:*

> *Life, what is it but a dream?*

Tras haberse adentrado en el mundo de los sueños y las paradojas con la obra que le dio la fama, *Alicia en el País de las Maravillas,* el reverendo y lógico matemático conocido por el seudónimo de Lewis Carroll se decidió a dar forma a esta segunda parte, *A través del espejo*, en la que se interna en el mundo especular, reduplica el nivel de los problemas e insiste en la idea

del sueño dentro del sueño. Y es a la altura del cuarto capítulo cuando Alicia se encuentra con Tweedledum y Tweedledee, en una escena en la que los gemelos le revelarán que ella misma no es más que algo sin importancia en el sueño del Rey.

—Ahora está soñando —le diría Tweedledee—. ¿Y qué crees que es lo que sueña?

—Nadie puede saberlo —habría de contestar Alicia.

—Sueña contigo. —Tweedledee gritaba y aplaudía triunfalmente mientras hablaba, porque los personajes de Carroll eran así de excéntricos —. Y si dejara de soñar contigo, ¿dónde crees que estarías?

—Aquí mismo donde estoy ahora, por supuesto.

—¡No! —le replicó con desdén—. No estarías en ninguna parte. ¡Porque no eres más que una pieza en su sueño!

Su hermano Tweedledum remataría la discusión.

—Si se despertara ese rey, te apagarías como una vela.

El escritor Jorge Luis Borges, quien entre muchas otras cosas se convirtió en el mayor divulgador de la anécdota de la mariposa de Zhuang zi en nuestra lengua —por encima de Octavio Paz o de Lezama Lima— al incluirla en varios de sus textos y en la *Antología de la literatura fantástica* que editó en 1940 junto a Adolfo Bioy Casares y Silvina Ocampo, confiriéndole allí su forma quizá hoy más conocida[1], también recogió en este mismo volumen el mencionado fragmento de Lewis Carroll. Y, al mismo tiempo, él se sentía tan o más perseguido por la idea de ilusión y por la conjetura del sueño como cualquiera de los anteriores, tanto que sería excesivo enumerar aquí todos aquellos de sus poemas, cuentos, artículos o ensayos en los que se puede rastrear este motivo. Cuenta en su haber incluso con una obra titulada *Libro de sueños* (1975), en la que vuelve a reunir una vez más estos pasajes, con la intención de recopilar entre sus páginas todos los grandes sueños de la humanidad, desde los primeros sueños proféticos del Lejano Oriente hasta los últimos juegos ficcionales de la actualidad. Y no obstante, es quizás con uno de sus propios relatos, «Las ruinas circulares», con el que mejor logra consumar esta vieja aspiración de dibujar la vida como un sueño, con un protagonista que se plantea la tarea de nada menos que soñar un hombre: «Quería soñarlo con integridad

minuciosa e imponerlo a la realidad». Y, poco a poco, con la compleja estructura de la historia, Borges consigue proyectar la arquitectura de un universo compuesto por hombres —o dioses— que se sueñan los unos a los otros.

También hace algo similar en el breve texto de «Everything and Nothing», que dedica a la figura de Shakespeare. En sus últimas líneas, cuando el poeta inglés que insufló vida a tantos y tantos personajes se encuentra en las inmediaciones de la muerte, sabiéndose ante Dios se atreve a pedirle:

—Yo, que tantos hombres he sido en vano, ahora solo quiero ser uno y yo.

Desde un torbellino, la atronadora voz de Dios le contesta:

—Yo tampoco soy. Yo soñé el mundo como tú soñaste tu obra, mi Shakespeare, y entre las formas de mi sueño estabas tú, que como yo eres muchos y nadie.

No está de más aclarar que, si bien lo utiliza como tema y como recurso narrativo en innumerables ocasiones, Borges nunca llega a afirmar la existencia de Dios. En realidad, todo el pensamiento borgesiano oscila sobre algo parecido a esta disyuntiva: ¿es la vida soñada por alguien —que en última instancia solo podría ser nuestra vaga noción de Dios— o más bien se trata de un sueño que se sueña a sí mismo?

Con todo, aún resta otro relato del genio argentino que adquiere aquí especial pertinencia. Un texto que se aleja de la hipótesis del sueño y que, no obstante, representa con mucha más exactitud lo que ha venido sucediendo desde que dio comienzo la posmodernidad: cómo la cultura —el constructo humano de la hiperrealidad que flota sobre nuestras cabezas— ha terminado por engullir todo lo que de una forma intuitiva antes entendíamos por auténtico y nuestro débil contacto con el mundo. En el cuento «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius» una sociedad secreta de científicos y prohombres se ha consagrado a la confección de una enciclopedia, la primera enciclopedia del planeta Tlön. Es decir, sus miembros se encuentran por entero entregados a la laboriosa elaboración de una historia, una metafísica, una teología, el álgebra, la geometría, la lengua o la geografía de un planeta inexistente. Y la documentación y los

conocimientos acerca de ese planeta ficticio no harán sino aumentar, hasta acabar afectando al mundo real. Hasta que Tlön, y sus habitantes congénitamente idealistas, que como Berkeley niegan el materialismo por considerarlo una aberración de la mente, terminen por sustituir por completo el mundo conocido y siendo más reales que él.

De una manera inquietantemente similar, según nosotros vamos sumando nuevos conocimientos y ficciones a la esfera de nuestro acervo cultural, no dejamos de superponer capas y más capas sobre nuestro modelo de realidad, convirtiéndolo en algo cada vez más distinto de lo que era.

El gran amigo y estrecho colaborador de Borges, Adolfo Bioy Casares, el otro editor de la *Antología de la literatura fantástica* junto con su esposa Silvina Ocampo, también diseñó por su parte un formidable artefacto de realidad simulada. En su novela *La invención de Morel*, un fugitivo escondido en una isla desierta contaminada por las radiaciones descubre, de repente, la imposible presencia de un grupo de turistas. Como no puede explicarse qué hacen allí, la curiosidad lo empujará a espiarlos hasta observar otras conductas insólitas, como que traten de quitarse el frío a pesar del sofocante calor. Y, al fin, reparará en que en ciertos momentos en el cielo se superponen dos lunas y dos soles. Tras la larga sucesión de extraños fenómenos, tan solo cabía una explicación: uno de los turistas —Morel— había inventado una máquina capaz de reproducir la realidad.

Desde nuestra posición, podríamos pensar que lo que sentiría cualquier espectador ante los efectos de la máquina inventada por Morel no sería muy distinto de lo que experimentaron los asistentes a la primera exhibición pública de los hermanos Lumière, la tarde de enero de 1896 en la que proyectaron *La llegada de un tren a la estación de La Ciotat* en el Grand Café de París. Salvo que esta vez en tres envolventes dimensiones[2].

Y no sería posible concluir este recuento de cómo nuestras certezas acerca de la realidad se han venido hundiendo bajo nuestros pies sin mencionar a quien, con probabilidad, sea el autor de ciencia ficción que más ha influido en la cultura contemporánea: Philip K. Dick, de quien la también maestra del género Ursula K. Le Guin ha llegado a decir: «We have our own homegrown Borges». Su influencia sobre nuestra actual forma de concebir el mundo no puede ser medida tan solo por la lectura directa de

sus libros, que siempre es de un más lento calado en el tejido social, sino que hemos de considerar las continuas adaptaciones cinematográficas de sus obras, que han garantizado que su particular visión del mundo tenga un impacto mucho mayor y casi inmediato en la sociedad. Toda la obra de Philip K. Dick está recorrida por la idea de la degradación, la multiplicación o el cuestionamiento de la realidad.

Durante más de dos décadas —con obras que irían desde *Ojo en el cielo* (1957) hasta la trilogía *Valis* (1982), pasando por incontables relatos cortos y por otras novelas como *El tiempo desarticulado* (1959), *La penúltima verdad* (1964), *Ubik* (1969) o *Fluyan mis lágrimas, dijo el policía* (1974)— su trabajo se ha centrado en tratar de responder las dos grandes preguntas que más lo intrigaban: qué es la realidad y qué constituye el auténtico ser humano. Bien sirviéndose de la tecnología, bien de las drogas, estos dos temas interrelacionados han sido una constante en su producción, la cual, como el mismo autor afirma a finales de los setenta en una charla titulada «Cómo construir un universo que no se derrumbe dos días después», ha girado siempre en torno a qué somos y qué es esto que nos rodea, lo que llamamos no-yo o el mundo empírico o fenoménico.

El protagonista de su novela *El tiempo desarticulado*, entre todos aquellos de sus personajes que nos podrían servir de ejemplo, cree vivir en el año 1959 en una tranquila zona residencial estadounidense. Gracias a sus facultades premonitorias y a las distintas anomalías con las que se va tropezando, comienza a sospechar que su mundo no es del todo real. Cuando trata de huir de su ciudad, tras superar todo tipo de absurdos impedimentos, descubre que su verdadera época es 1998. Pero entonces sus captores lo atrapan y le borran la memoria. En un segundo intento de fuga, ahora acompañado por su cuñado —quien, al igual que todos los demás, está implicado en la tremenda farsa—, descubrirá que toda su idílica ciudad está construida a partir de sus recuerdos de infancia y de sus sueños, para protegerlo de un futuro que se encuentra en guerra con los colonos de la luna. En esta trama concreta de Dick, los poderes fácticos de la realidad estarían representados por los altos mandos militares, que utilizan las dotes de su personaje para predecir dónde caerán las siguientes bombas nucleares del enemigo.

Es probable que a estas alturas usted haya advertido ya las muchas coincidencias con la conocida película *El show de Truman,* llevada al cine precisamente en 1998 por Peter Weir. Sin embargo, no es la única de las obras destinadas a desvelar la gran mentira de la realidad de Philip K. Dick que ha tenido un enorme peso en cómo percibimos hoy el mundo que nos rodea. El escritor estadounidense gozó de la capacidad de causar verdaderos estragos en nuestra cultura con relatos de apenas veinte páginas. Piense, por ejemplo, en el argumento del cuento «Podemos recordarlo por usted al por mayor» (1966), cuyo personaje principal ansiaba viajar a Marte a pesar de que sus ahorros no se lo permitían. En su lugar, visitó la empresa Rekall Inc., especializada en los implantes de memoria, que le ofreció insertarle los recuerdos de toda una aventura en el planeta rojo, adonde habría viajado como agente secreto. Los problemas surgen cuando al tratar de modificar su memoria descubren que, en efecto, el protagonista era un agente encubierto del gobierno al que habían borrado todo rastro de la información confidencial que conocía. En este punto, el lector del relato —y con seguridad el de estas líneas— puede intuir ya el vértigo del bucle que se abre bajo sus pies: a partir de aquí será difícil distinguir si todo lo que está ocurriendo sucede de verdad o es parte del paquete vacacional comprado por el cliente. También habrá sido fácil reconocer la historia en la célebre película *Desafío total* (1990), la adaptación de Paul Verhoeven protagonizada por Arnold Schwarzenegger. No obstante, sus influencias son aún mayores si cabe, y los verdaderos efectos de este y de otros de sus cuentos breves no acabarán de eclosionar hasta la segunda mitad de los noventa, en un movimiento de alcance mundial que incluiría producciones como *Doce monos* (1995), *Días extraños* (1995), la japonesa *Ghost in the shell* (1995), la española *Abre los ojos* (1997), aunque Alejandro Amenábar no haya reconocido la influencia directa de Dick, *Gattaca* (1998), *Dark City* (1998), *eXistenZ* (1999), *Nivel 13* (1999), *Cómo ser John Malkovich* (1999) y, probablemente por encima de todas las demás, *Matrix* (1999).

Esta última ha acabado convirtiéndose, sin duda, en el icono por excelencia de realidad virtual generada por ordenador. *Matrix* —con constantes referencias, entre otras, a *Alicia en el País de las Maravillas* de Lewis Carroll[3]— se ha erigido en una película de culto, conocida por

muchos como la Biblia digital, un fenómeno de masas que ha arrastrado tras de sí una legión de seguidores y ha originado toda una forma de filosofía popular centrada en la percepción de la realidad como simulacro.

Fue la culminación del efecto dominó provocado por el pensamiento de Philip K. Dick en el cambio de siglo, la máxima propagación del virus inoculado por él y por Borges en el seno de la posmodernidad, ya de por sí asediada por las sospechas. Si bien sus repercusiones se siguieron multiplicando en la siguiente década[4].

Nuestra época se encuentra del todo inundada por estas imágenes, que se contagian con extrema facilidad. Y nuestra percepción de lo real depende de nuestro legado icónico, de cómo aprendemos a interpretar las imágenes y también de cómo construimos nuestra identidad, individual y colectiva, de cómo escribimos o reescribimos nuestra historia, de cómo cobran forma las tradiciones, las leyendas, el imaginario popular, los sesgos o los prejuicios. Las ideas se acumulan, evolucionan o se transforman alrededor del ser humano. Siempre ocurre así, aunque todavía no hayamos podido ir más allá de nuestra mente ni demostrar el resto del mundo, al mismo tiempo, ninguno de nosotros pensamos o creamos nunca de forma aislada. Ni el mayor genio adelantado a su tiempo lo hace, cada idea nace siempre de otras tantas ideas previas, procedentes del complejo entramado que conforma el saber acumulado en nuestros sistemas de escritura y en el conjunto de las restantes mentes. Pese a que, por el momento, las mentes de los demás no sean más que una conjetura y una prolongación de mi propia subjetividad.

Y así nos encontramos, siempre en el límite de los mundos.

En constante y frágil equilibrio entre lo físico y lo metafísico. Entre el yo y los otros. Entre las percepciones y la cosa en sí. Entre las apariencias y lo que es, o se supone que es.

Apresurándonos a tejer nuestra red de ficciones, con el abismo de la más pura nada bajo nuestros pies.

---

[1] Con su adaptación, Borges cristalizó uno de los microrrelatos más citados por los aficionados al género fantástico: «Chuang Tzu soñó que era una mariposa. Al despertar ignoraba si era Tzu que

había soñado que era una mariposa o si era una mariposa y estaba soñando que era Tzu».

[2] Si no fuese porque el famoso episodio de la historia del cine parece no ser más que otra de las muchas mentiras que entretejen nuestra visión del mundo. El profesor Martin Loiperdinger asegura que, pese a las innumerables referencias durante las últimas décadas en los medios de comunicación y en los manuales canónicos de historia cinematográfica, que afirman que los espectadores sintieron «miedo, terror, incluso pánico», «se aferraron a sus sillones», «salieron corriendo de la sala por miedo a que la locomotora los atropellara», no existe ningún informe de la época que registre esta reacción. Por lo que este mito de la sociedad contemporánea debería ser relegado al reino de la fantasía histórica.

Por otra parte, *La llegada de un tren* tampoco sería —como siempre se ha creído— una cinta documental. Se trataría en realidad de una grabación orquestada por Louis Lumière, una escena protofílmica en la que los supuestos pasajeros son extras, reconocibles familiares de los Lumière que han recibido instrucciones de no mirar a cámara y de aparentar naturalidad. Una mentira sobre otra mentira.

[3] El protagonista de *Matrix*, Neo, recibe un mensaje en la pantalla de su ordenador que le llevará a descubrir la irrealidad de su mundo: «Despierta, Neo. Matrix te posee. Sigue al conejo blanco». Será de este modo como se pondrá tras la pista de un *hacker* llamado Morfeo, que, a la manera del conejo del mundo soñado por Alicia, le servirá de guía y le advertirá:

> —Esta es tu última oportunidad. Después, ya no podrás echarte atrás. Si tomas la pastilla azul, fin de la historia. Despertarás en tu cama y creerás lo que quieras creerte. Si tomas la roja, te quedarás en el País de las Maravillas, y yo te enseñaré hasta dónde llega la madriguera de conejos. Recuerda, lo único que te ofrezco es la verdad, nada más.

Por otro lado, también al protagonista de *Desafío total* encarnado por Schwarzenegger le habrían ofrecido nueve años antes una píldora roja, explicándole que era un símbolo de su deseo de volver a la realidad.

Y remontándonos mucho más atrás en el tiempo, el personaje del Oráculo, que luego se revelará como un programa pensante integrado en el código de Matrix, podría representar no solo al Gato de Cheshire o a la Oruga Azul, sino también al Oráculo de Delfos que, según recogió Platón en su *Apología*, iluminó de forma determinante a su maestro Sócrates, cambiando así también para siempre el destino del creador de la alegoría de la caverna.

[4] Con las dos secuelas *Matrix Reloaded* (2003) y *Matrix Revolutions* (2003), o con cintas como *Donnie Darko* (2001), *¡Olvídate de mí!* (2004) u *Origen* (2010) de Christopher Nolan. O con el capítulo de *Black Mirror* titulado «San Junípero» (2016), o la completa serie de *Westworld* (2016), en la que podríamos incluir un pasaje de Dick sin que desentonase:

> De repente, el señor Garson Poole descubrió que su realidad consistía en una cinta agujereada que iba de bobina en bobina dentro de su pecho. Fascinado, comenzó a rellenar y a añadir nuevos agujeros. Inmediatamente, su mundo cambió. Una bandada de patos voló por la habitación cuando abrió un nuevo agujero en la cinta. Al fin, cortó la cinta por completo y el mundo desapareció (Philip K. Dick, «Cómo construir un universo que no se derrumbe dos días después», 1978).

LA PRIMERA GRAN MENTIRA

Cuando el mono desnudo aparece en el mundo, el mejor de todos los atributos de que dispone es su inventiva, su capacidad para la ficción. Ni la fuerza, ni el tamaño, ni la resistencia, ni la velocidad, es tan solo la ficción la que le permite diferenciarse de las otras especies. Como las garras del tigre o el veneno de las serpientes, nuestra facultad de ficcionar es el rasgo evolutivo que nos ha permitido la supervivencia, la adaptación y, al fin, el dominio de nuestro entorno.

Mentir, engañar, simular, nos ha hecho posible perpetuarnos por encima de cualquier otra cosa. Poetizar, narrar, fabular, conjeturar, falsificar, son fases primordiales en el proceso de conocimiento. El error, la estrategia, la manipulación, la suposición, la especulación, la metáfora, la hipótesis, son otras de las muchas caras de nuestro modo de estar en el mundo. Son nuestro modo de construir el mundo. Si el científico y el filósofo no contaran con la posibilidad de arrojar las redes de sus hipótesis —que son una de las formas de la mentira—, no tendrían la opción de atrapar nada de valor. De la misma manera que necesitamos de la literatura para contarnos, para relatarnos a nosotros mismos los sucesos de nuestra vida, para explicarnos los episodios históricos o las teorías dentro del marco de una narración con sentido. La vida misma o la propia identidad no pueden entenderse sino como relato.

Sin embargo, al mismo tiempo, ni el más escéptico de los hombres, por mucho que sea consciente de esto y quiera creer en la falsedad de todo lo que lo rodea, por más que sepa que todos sus conocimientos son una mera presunción, puede rechazar de plano lo que le dictan los sentidos. Ninguna mente sana puede no sentir empatía por sus semejantes o ignorar el dolor físico.

De manera que, apenas surgimos, nos vimos arrastrados a hacer lo que mejor sabemos. Lo primero que hicimos fue mentir, especular, jugárnosla,

lanzar nuestra primera gran hipótesis: la existencia del mundo.

PENSAMIENTO MÁGICO Y PENSAMIENTO MÍTICO

Aunque mintamos mejor que ninguna otra especie, el pensamiento —como tantos otros rasgos evolutivos— también presenta sus defectos e inconvenientes. La enorme cornamenta del alce le sirve como arma y para demostrar ante las hembras su fertilidad, pero generar tres metros y treinta kilos de asta palmeada todos los años conlleva un enorme despilfarro energético, y soportar ese peso sobre la cabeza durante los meses de cortejo no es precisamente ventajoso. El alargado pico de los colibríes les facilita extraer el néctar de las flores, en concreto, el del colibrí picoespada llega donde ninguno de sus otros competidores gracias a sus doce centímetros de longitud; sin embargo, es tan largo que para mantener el equilibrio tiene que permanecer siempre con la cabeza erguida y no le permite acicalarse o desparasitarse, porque supera su propia altura. Del mismo modo, la inteligencia humana nos sirvió para sobrevivir y para conseguir alimentos, pero ha tenido otras innumerables consecuencias. Y no todas ellas son beneficiosas.

La esencia de nuestro pensamiento es proyectar. Y eso incluye la proyección sobre la realidad de todo tipo de ilusiones, fantasmas y espejismos.

Por esta razón, lo primero que hace el hombre cuando surge como especie, sin haber reunido pruebas fidedignas, fundándose solo en un puñado de intuiciones, es afirmar su fe en la existencia del mundo. Aquella primera suposición no fue más que una hipótesis, como lo son todas, transitoria. No obstante, a pesar de que con el paso de los siglos hayamos logrado formular una refutación incontestable desde el punto de vista lógico, y pese a que hayamos reunido raudales de datos científicos que corroboran que el universo no se parece en nada a lo que percibimos, hoy

por hoy, aún seguimos manteniéndola. Vivimos, sí, en un constante estado de sospecha, y como hemos comprobado el siglo XXI se encuentra atrapado en la iconosfera de la realidad como simulacro, pero ni usted ni yo somos capaces de negar lo que nos entra por los sentidos, porque estamos naturalmente imposibilitados para hacerlo. No pasearemos desnudos por la calle como si las otras mentes no existieran, no nos levantaremos mañana pensando que quizá las leyes de la física puedan haber cambiado y ahora seamos capaces de volar, y —aunque esto no reduzca un ápice nuestra sensación de estar sujetos a la realidad por apenas un hilo— no nos arrojaremos por la ventana para demostrar la inexistencia de la materia. Al contrario, permaneceremos apegados a nuestras pequeñas circunstancias, a ese problema que nos importuna, a ese dolor, a esa angustia, a esa enfermedad, propia o de un ser querido, sabiendo que cuando al día siguiente despertemos seguirá ahí, esperándonos. Y distinguiremos con claridad entre los diversos grados de nuestras ficciones: las firmes y resistentes, propias de los objetos físicos; las que pertenecen a la cultura compartida; las íntimas y exclusivas de nuestro ámbito mental privado.

Lo siguiente que hará entonces el balbuciente ser humano, en los inicios de nuestra era, no contento con lo apresurado de su primera afirmación, será lanzar su segunda gran hipótesis: la existencia de la identidad.

Y alrededor de ese yo pensante, de ese punto de lucidez, de esa conciencia mínima que mucho después conseguirá demostrar Descartes más allá de toda duda, comenzará a acumular todo tipo de entelequias. Y no serán más que eso, engaños, falacias, más apariencias. Porque lo único que hace que esa subjetividad indivisa parezca poseer una identidad personal compleja es su continuidad en el tiempo, nada más. Y para construir esa continuidad psicológica solo disponemos de nuestra memoria, que es falible, que opera con imágenes, con copias imprecisas, ya procedan de nuestra imaginación o de nuestra experiencia, que impone un orden cronológico caprichoso y que para terminar podría habernos sido implantada —como en el supuesto de Russell o en el relato de Dick— hace escasos minutos, aunque aparente contener años de recuerdos.

Y de esa guisa el hombre, con su nueva y flamante identidad individual, dotada de supuesta continuidad, de pasado, de carácter y de relato

autobiográfico, mira a su alrededor y se sonríe. Su obra no ha hecho más que comenzar. En efecto, como otros mamíferos superiores se encuentra en un mundo que es anterior a su aparición, de acuerdo. Pero, a diferencia de ellos, él no se conformará con ese mundo prefabricado, sino que su principal rasgo evolutivo lo empujará a ir más allá y a fabricarse su propio mundo a medida.

Comienza entonces la tercera fase de su proceso de ficcionalización, en la que todavía nos hallamos inmersos: la edificación de su pirámide de aire.

Lo que ocurre es que así, desnudo como está, expuesto al peligro, sacudido por el azar y las necesidades, temiendo por su futuro, dependiendo solo de su capciosa inteligencia, no le quedará más remedio que recurrir al pensamiento mágico. En su determinación de reconstruir el mundo, serán por lo tanto la debilidad y el miedo los que lo llevarán a escoger el camino más fácil. Cuando al ser humano lo domine la necesidad de controlar el azar y la naturaleza, frente a los que se siente tan impotente y tan pequeño, intentará engañar a las fuerzas ocultas que imagina se esconden tras ellos. Siguiendo la lógica del pensar mágico, colegirá que lo que sucedió una vez en determinadas circunstancias volverá a suceder de nuevo en las mismas condiciones. Y la impericia de nuestro juicio se pondrá de manifiesto cuando entre estas circunstancias se incluyan no solo las causas necesarias, sino también los factores casuales.

Estas asociaciones incorrectas, esta confusión entre causalidad y casualidad, nos condujeron a la irracionalidad de la superstición.

El chamán no es más que un embaucador de deidades. Cree conocer el funcionamiento profundo del mundo, basándose en la observación de las repeticiones, y trata de modificar los acontecimientos futuros mediante el empleo de un truco. Mientras sus compañeros producen, entregados a la caza, la pesca y la recolección, el hechicero tan solo pretende influir en esos mismos procesos tendiendo una trampa a los poderes últimos. Para lo cual diseña rituales, usa fórmulas carentes de sentido semántico y crea símbolos que añaden a la realidad significados abstractos que antes no estaban allí. Un repertorio de elementos que procura ocultar a los demás para preservar su estatus superior en el grupo. Cuando el chamán intenta curar la herida del cazador, quizá con suerte utilice el extracto de una planta que tenga

propiedades beneficiosas, pero lo acompañará de otra docena de factores inútiles que *casualmente* estaban por allí. Lo mismo ocurrirá con el supersticioso que decida repetir una circunstancia solo porque coincidió con un suceso afortunado.

De modo que el hombre trató de engañar a la naturaleza, proyectó unas fuerzas imaginarias y urdió para ellas unas trampas artificiales. Y acabó siendo él el enredado por su propia maraña alucinada.

Por desgracia, nuestro pensamiento espejea. Y espejea mal.

Más tarde, cuando los seres humanos abandonemos las tribus y el nomadismo, y los pequeños asentamientos comiencen a transformarse en ciudades, la aspiración de controlar el devenir nos resultará insuficiente. Y acometeremos una nueva empresa más ambiciosa, una búsqueda de sentido que pueda explicar nuestra existencia.

El pensamiento mágico empezará a convivir con otra de las excrecencias de nuestra mente, el pensamiento mítico. El cual, poco a poco, lo irá sustituyendo en la mayoría de los espacios.

Este mundo a medio hacer carece todavía de orden y sentido. Por eso la mente primaria del hombre necesita inventar un contexto que lo explique y lo ampare, una narración que dé un significado a su presencia en un mundo todavía desprovisto de las capas conceptuales y de revestimiento abstracto. El mito implicará, en consecuencia, un narrador y unos oyentes dotados de inteligencia. Y un ritual que, a diferencia de lo que ocurre en la magia, no será ocultista sino social, en el que las fórmulas sin contenido semántico se verán reemplazadas por la significación. Los hombres y mujeres comienzan a inventar historias: cuentos narrados al calor del fuego tras haber saciado el hambre, cuando es por diversión; leyendas, cuando se recrean hechos históricos extraordinarios para alentar la cohesión del pueblo; y mitos, cuando a la narración se le otorga la condición de sagrada y está acompañada del rito litúrgico.

El creador del mito no se ve a sí mismo como el inventor de una ficción. No todo embaucador se sabe siempre mentiroso. Más bien se siente el elegido por los dioses y cree que la verdad le está siendo directamente revelada mediante la inspiración. Ha advertido el sinsentido existencial, y por esa razón elabora una historia regida por la idea de justicia, que

compense la incomprensible injusticia que causa desolación a su alrededor. Para ello no encuentra otra salida que dividir el mundo en dos: el de los mortales, que habitamos en el tiempo ordinario, y el de los dioses y el mito, que se encuentran instalados para siempre en un tiempo primordial, que es un pasado que no pasa porque está cargado de sentido.

Así, cuando el hombre consigue dejar de preocuparse por su supervivencia, comienza a reflexionar sobre su existencia. La magia pasa a un segundo plano y su intelecto especulador comienza a forjar invenciones aún más complejas.

Y se fundan las religiones.

DIOS ENGAÑADOR

Los seres humanos recorren el planeta y prosiguen su incansable construcción del mundo.

Miran los bosques e inventan árboles sagrados. En la mitología nórdica, Odín describe el cosmos como un fresno gigantesco que contiene los nueve mundos. Lo mismo ocurre en las *Upaniṣads* de la tradición hindú, donde también aparece un árbol cósmico, esta vez invertido, que representa el universo hundiendo sus raíces en el cielo y extendiendo sus ramas sobre la tierra. En los tiempos de Buda, los lugares sagrados que representaban un microcosmos conformado por piedras, aguas y árboles estaban por todas partes, y ni el budismo ni el hinduismo conseguirían privarlos de su valor religioso. Desde el valle del Indo hasta Egipto, los árboles serán germen inagotable de fecundidad cósmica y estarán encarnados por grandes diosas desnudas. En la cultura mesopotámica, estos árboles ostentan poderes sagrados porque son verticales, porque crecen, porque pueden perder sus hojas pero vuelven a regenerarlas. En Grecia, desde la época minoica hasta el fin del helenismo, el árbol de culto aparece siempre junto a una roca, y en el mundo semítico ese árbol o *asherah* será al fin representado en el altar. Al rizoma, al arbusto, a la flor de loto, los hombres les adjudicarán un poder simbólico por considerarlos manifestaciones esenciales del cosmos.

Allá donde mire el ser humano dotado con su inteligencia imperfecta, sucede lo mismo.

Si contempla una roca, de inmediato siente que su dureza y resistencia producen en él una hierofanía. Y se entrega al laborioso alzamiento de megalitos funerarios, a la construcción de monolitos, dólmenes y menhires de la fertilidad. En las antiguas tribus de la India, se depositan junto a las tumbas piedras de hasta tres metros de altura, para anclar el alma del muerto y servirle de refugio cerca de los vivos. Y los recién casados piden hijos a los megalitos. Las mujeres estériles del interior de Australia, que

creen que sus antepasados poseen el poder de fecundarlas y que habitan dentro de los dólmenes, tienen por costumbre frotarse contra la superficie de la piedra. También en la tribu maidu de California se rozan con una roca en forma de mujer preñada. Y, tanto en Madagascar como en la isla de Kai, ungen además estas piedras fertilizadoras con grasa lubricante.

Si el superior de los primates observa después el agua, no podrá evitar pensar que es la fuente de todas las cosas y de toda la existencia, como dicta la tradición védica. Y acudirá a su mente su poder purificador. Y pensará en el bautismo. En las abluciones. En el diluvio universal. Creará dioses como Aegir, en la mitología escandinava, o como Poseidón, en la griega, en la que también abundan otras divinidades menores como las ninfas, diosas de las aguas corrientes, las fuentes y los manantiales. Y serán muchos los pueblos europeos que, como los cimbrios, los francos, los germanos o los eslavos, ofrecerán sacrificios en sus ríos.

En definitiva, el ser humano parece estar incapacitado para mirar a cualquier parte sin producir espectros. Porque si baja la mirada al suelo o la eleva hacia el cielo, tramará vastas epifanías telúricas y celestes. Los maoríes hablan de una diosa tierra y un dios cielo abrazados —Papa y Rangi— de los que nacen innumerables hijos. También en las tribus africanas aparece la pareja primordial tierra-cielo, que son Oduna y Olorum para los yoruba, los ewe o los akwapim, y Nzambi-Mpungu y Nzambi para los bawili. En el sur de California, a la tierra la llaman Tamaiovit y al cielo Tukmit. Para los navajos, la esposa es Nihosdzan esdza, y su marido celestial, Yadilqil hastqin. La mitología griega cuenta que lo primero que engendró la madre tierra, Gea, fue un ser igual a ella para que pudiera cubrirla, y surgió el cielo estrellado, Urano. El mismo cielo que más tarde acabará transformándose en la divinidad suprema de los hebreos y el Dios del Antiguo Testamento, Yahvé, tras evolucionar desde las tempranas hierofanías celestes y atmosféricas de la tradición semítica hasta el Yahvé que se manifiesta en las tormentas, con su voz de trueno, las flechas de sus rayos y la ira de su fuego y sus diluvios.

El afán de exaltación del homínido fantaseador no tendrá fin, pues el propio cielo contiene otros tantos elementos susceptibles de ser reinterpretados, y a las estrellas las convertirá en signos zodiacales; a la

luna le atribuirá desde el Neolítico poder sobre los fenómenos cósmicos, sobre la agricultura, las lluvias, la fecundidad de la mujer y de los animales, los ritos iniciáticos y la muerte; y al sol lo personificará en otros tantos dioses, y tan solo en la mitología egipcia inspirará la creación de divinidades como Horus, Atum, Jepri, Jnum, Ra, Amón-Ra o Atón. Pero cuando trata de poner los pies en el suelo y concentrase en la tierra y su labor, no podrá escapar a la ambición de mejorar sus cosechas con las más desatinadas prácticas. En Estonia, los labradores sembrarán desnudos en medio de la noche, y también en la India las mujeres tirarán desnudas de un arado en las épocas de sequía. Los campesinos alemanes se regarían a sí mismos con agua para asegurarse los buenos resultados, basándose en un intuido parecido entre la lluvia y el flujo seminal. En Finlandia, las mujeres derraman leche de su pecho en los sembrados. El pueblo azteca hace ofrendas al primer brote del maíz y lo trata como si fuera una divinidad; a los tres meses de la época de germinación decapitan además ante él a una muchacha, que representa a la diosa del maíz nuevo, Chicomecóatl; dos meses más tarde, sacrifican a una segunda mujer, que simboliza a la diosa del maíz recolectado, Toci. Tanto ciertos indios americanos como algunas tribus de África desmiembran el cuerpo de la joven sacrificada y entierran sus pedazos entre los surcos de las plantaciones. En Bengala, las víctimas ofrendadas deben a su vez ser hijas de otras víctimas, y desde que nacen están destinadas a su inmolación; aunque durante un tiempo viven bien, en la parcela de tierra que les es concedida y en la que se les permite casarse con otros mártires. También se realizan sacrificios agrarios en Egipto, Siria y Mesopotamia, y hay vestigios de ellos en Alemania, Suecia, Polonia o Grecia. En la Biblia, para multiplicar la descendencia de Abraham y bendecir su simiente, Dios le pide: «Toma ahora a tu único hijo, a quien amas, a Isaac, y ve a la tierra de Moriá, y allí me lo ofrecerás en holocausto sobre uno de los montes que yo te mostraré» (Génesis, 22: 2).

De manera que, en apenas unos milenios, el hombre consigue colmar el mundo de toda la materia fantasmática y las patrañas que antes no había por ninguna parte, en un cruento proceso en el que no faltaron las torturas en masa, los asesinatos, las persecuciones, las guerras santas y los exterminios.

Lo único que en la práctica diferencia la religión de las supersticiones, cuyo origen reside en la misma confusión causal y en la misma imaginación quimérica, es que la primera está más organizada. La religión trata de religar, de reagrupar, de reunir sus creencias adquiridas y sus formas de culto para constituir con ellas un corpus. Su aspiración es convertirse en algo más grande y perdurable, y sobre todo garantizar la conservación de su poder. Todos sus rituales litúrgicos habrán de realizarse según sus normas, que cada vez serán más precisas, más coercitivas, más sofisticadas. Y que no harán sino aumentar y aumentar, asegurándose de este modo su singularidad frente a sus adversarios.

No deja de ser paradójico, tratándose pues de dos hermanas casi idénticas, que una de ellas comenzara a perseguir a la otra con tanta saña y ahínco. En cuanto la religión se sintió lo suficientemente fuerte y segura, declaró la guerra a la superstición, a los infieles, es decir, a todos aquellos que no creyeran en sus mismas entelequias. Y fue una guerra sin cuartel. En el Éxodo aparecerán mandamientos como «No dejarás con vida a la hechicera». El Levítico advertirá: «Si alguno fuere a consultar a los magos y adivinos, y se abandonare a ellos, yo me volveré contra él y lo exterminaré en medio de su pueblo». La pugna por el poder se vuelve cada vez más encarnizada, y la más belicosa y organizada de ambas hermanas tiene todas las de ganar. Dentro del marco de las propias religiones, serán las monoteístas las que se expandan con mayor eficacia que las politeístas, no porque ninguna de ellas se aproxime más a la verdad —que es un concepto que urden sobre la marcha— ni porque nada en sus relatos las haga preferibles. Sino porque la pluralidad de dioses dispersa los fervores y promueve un grado mayor de tolerancia, mientras que una deidad única alimenta a los fanáticos.

El cristianismo lo deja claro desde sus inicios, cuando los precedentes de la doctrina platónica, del judaísmo y del dios egipcio Atón impulsado por Akhenaton lo habían convertido ya en el principal monoteísmo del Mediterráneo: No adorarás a otro Dios que a mí[5].

Y así el cristianismo logró imponer su dogma en Occidente, introduciendo en nuestra cultura un sinfín de novedosas mentiras: la idea de pecado, la idea de la culpa, y otras tantas que nos resultan tan familiares que

casi no podemos diferenciarlas de nuestro propio pensamiento, como la expiación, la condena eterna o la resurrección; una particular idea de bondad, que nos ha hecho pensar que ninguno de nosotros puede ser bueno por sí mismo, si no es por temor a Dios y con la egoísta finalidad de buscar nuestra propia salvación; la misoginia, la homofobia, la represión sexual; un Cielo desdibujado y simplón y un aterrador Infierno plagado de detalles; y como telón de fondo de todas ellas, la idea de la inmortalidad del alma.

Desde que el hombre se siente provisto de una ficticia identidad personal, su temor a perderla irá aún más allá que el instinto de supervivencia. Y si existe un tiempo primordial donde viven los dioses, ¿por qué no habría él de aspirar a conservar para siempre su preciosa identidad en ese lugar eterno? Tan solo era necesario añadir un baño de trascendencia a aquella primera ilusión para convertirla en algo mucho más elevado, el alma, que también participa de la fiesta de la exaltación y puede llevarse su parte del pastel de lo sagrado. La fe cristiana, a diferencia de lo que ocurre con las principales religiones orientales, cuyo fin último es la disolución del ego ilusorio para romper la cadena de las reencarnaciones, ha sido una de las mayores promotoras de la individualidad. De modo que, para alzarse como el único y verdadero consuelo a este temor atávico, y para poder someter a sus fieles prometiéndoles una recompensa o un castigo extremos, esto es, eternos, el cristianismo afirmó sin mayores pruebas ni justificaciones que el alma era inmortal.

Ya en el siglo XVI, en concreto, en el año 1516, se publicaron al mismo tiempo dos distintas obras que ofrecieron sobradas objeciones contra el carácter imperecedero de las almas. Por un lado, el *Tratado sobre la inmortalidad del alma*, del filósofo italiano Pietro Pomponazzi. Y por otro *Utopía*, de Tomás Moro, que a diferencia del primero nunca fue considerado un teórico ateo, sino que incluso sería canonizado como Santo Tomás Moro por la Iglesia Católica. Para ninguno de ellos fue posible encontrar argumentos racionales consistentes a favor de semejante naturaleza inmortal. Es decir, desde la pura razón no era posible demostrar otra cosa que nuestra condición corruptible, y había que acudir a la fe y a la Revelación para hallar un respaldo de estas creencias. Me gustaría además recomendar aquí la lectura de una deliciosa diatriba de David Hume

publicada en 1777, más de veinte años después de la fecha de su redacción, de forma intencionadamente póstuma. En «Sobre la inmortalidad del alma», el filósofo escocés desenmascaró de manera definitiva la falacia de la inmortalidad, y todos sus argumentos —en concreto los físicos, que para Hume eran los fundados en los conocimientos de hecho— han sido después refrendados por la neurología. Para el precursor del empirismo contemporáneo hay una correlación entre el cuerpo y el alma en la infancia, en el vigor de la edad adulta y en la decadencia de la vejez, de lo que solo puede deducirse que el siguiente paso es tan previsible como inevitable: la disolución del alma tras la muerte. Con el tiempo, la literatura médica sobre los accidentes traumáticos, la investigación de las enfermedades mentales y los experimentos de escisión cerebral han venido a demostrarnos que la mente, la identidad o eso llamado alma es algo tan inestable como efímero. Hoy sabemos que si intervenimos en este o en ese otro punto del cerebro podemos borrar recuerdos antiguos o alterar la capacidad de la memoria a corto plazo, somos capaces de comprometer el proceso del habla y de provocar las más diversas afasias. Hemos estudiado cómo los trastornos degenerativos modifican en vida no solo la memoria, la conciencia o el habla, sino todos los demás aspectos relacionados con la personalidad o la identidad de los pacientes. Esto abre la puerta a un sinnúmero de preguntas comprometedoras. Una persona que sufra una dolencia con secuelas mentales durante su infancia y con el paso de los años nunca llegue a desarrollar una personalidad adulta, ¿pervivirá en el Más Allá para siempre como el niño incompleto que era décadas antes de enfermar, o salvará Dios al adulto que nunca fue?

Podríamos seguir examinando una por una todas las evidencias que niegan la existencia de un alma inmortal. Pero acaso a estas alturas de la historia las apuntadas son ya suficientes, y no tiene sentido seguir adelante cuando acabamos de mencionar la idea más compleja de cuantas ha originado el pensamiento mágico y mítico, de cuantas proceden de nuestra debilidad psicológica, la idea de Dios.

Si hay algo a lo que recurre constantemente el cristianismo cuando no encuentra otra forma de demostrar sus restantes dogmas de fe es a la idea de Dios, al supremo ser imaginario que es el culmen de toda la materia

fantasmática segregada por la mente del hombre. La ilusión primera que sustenta la condición metafísica de todas las demás. Un Dios todopoderoso y omnibenevolente que permite que el mal gobierne en el mundo, que no es capaz de perdonar por toda la eternidad y que en el Antiguo Testamento da innumerables muestras de ser cruel, despiadado, celoso y vengativo, y también en el Nuevo Testamento enviará a la tierra a un Hijo que se revela en demasiadas ocasiones como violento, caprichoso, déspota y voluble[6]. Un Dios todopoderoso y omnibenevolente que crea un ser humano lleno de defectos y limitaciones, con unas facultades cognoscitivas y de comprensión tan raquíticas que solo le permiten una pobre intuición de las cosas, y nunca su conocimiento directo, pero a quien al mismo tiempo le exige una fe absoluta en su existencia indemostrada. Un Dios autosuficiente y perfecto que nada necesita, pero que ansía que le rindamos culto, reverencia y devoción constantes, en una rara manifestación de ego inmensurable. Un Dios que, aunque todo lo puede, no ha tenido a bien volver a manifestarse jamás ante nosotros, más que en los remotos tiempos de las tribus analfabetas que vagaban por el desierto, azuzadas por el hambre, la ignorancia y el pensamiento mágico. Un Dios del que procede la verdad, cuya palabra es la Verdad (Juan, 17: 17) y es llamado el Dios de la Verdad (Isaías, 65: 16), y que sin embargo al crear el mejor de los mundos posibles lo ha construido a base de apariencias, lo ha llenado de intuiciones equívocas y de engaños y ha hecho que, incluso mucho antes de la aparición del hombre —criatura armada con la sola capacidad de la ficción —, todo lo que lo conforma, las cosas, los animales y las plantas, sienta una verdadera inclinación por mentir.

Cada uno de los argumentos racionales a favor de la existencia de Dios ha sido siempre históricamente refutado desde la propia razón. Algunos son tan falaces que se rebaten sin apenas esfuerzo, como el llamado «argumento histórico», «prueba por la tradición» o «prueba del consentimiento universal», que viene a justificar esta existencia en el hecho de que todos los pueblos de la tierra han creído en algún momento en (un) Dios. Se trata de un argumento sin ningún alcance demostrativo, más bien basado en una supuesta comprobación empírica parcial y que en cualquier caso se puede contestar desde la tesis aquí sostenida: si concedemos que todos los

hombres vienen con un defecto de serie, y cuando ponen en funcionamiento sus aptitudes cognitivas no pueden evitar fantasear, espejear y proyectar entidades imaginarias, esto no es prueba de nada en absoluto, al igual que nuestra universal tendencia al egoísmo o la propensión de nuestra especie al cáncer solo demuestran nuestras flaquezas, y no la existencia de ningún ente en sí (la Idea perfecta del Egoísmo o la divina Canceridad). Por otra parte, dado que la implantación de las religiones no deja de disminuir en las sociedades más avanzadas, según son sustituidas por otras ficciones más convenientes a las nuevas formas de organización social, como la ciencia, habría que concluir en consecuencia que la existencia de Dios tiende a su desaparición.

Otros, como el argumento de San Anselmo, al que como vimos terminó acogiéndose Descartes para tratar de escapar del solipsismo, habían sido negados desde el seno de la propia Escolástica. Para Anselmo de Canterbury nuestro entendimiento es capaz de concebir lo infinito, pero sostiene que ese infinito o Dios será aún mayor y más perfecto si tiene existencia real que si solo se da dentro de nuestra mente; por lo tanto, el infinito debe existir. Y Dios queda así demostrado. El propio Santo Tomás de Aquino le cuestionará a San Anselmo, en primer lugar, que todo el mundo interprete a Dios solo como el mayor ser que pueda pensarse. Pero, aun concediéndole esta premisa, le advertirá que ese razonamiento solo implica una existencia ideal, no real. Immanuel Kant, que bautizó el razonamiento anselmiano como el «argumento ontológico», sostendrá que la demostración a priori de Dios solo podría deducirse como un postulado de la razón práctica, es decir, por una cuestión de fe. Y al igual que Kant, otros muchos negarán la posibilidad de su demostración científica. Entre ellos Popper, para quien su existencia no es falsable, porque no es posible refutar el enunciado «Dios existe» con una falsación empírica concreta, al igual que ocurre con los fantasmas o con cualquier otra invención fantástica.

Incluso los argumentos más fuertes a favor de la existencia de Dios, como el «argumento teleológico», de origen aristotélico y que coincide con la quinta vía de Santo Tomás, han sido ampliamente impugnados. Este razonamiento, al cabo, viene a decir que el mundo parece tener una

finalidad, que está demasiado ordenado y es demasiado complejo como para haberse producido por azar, por lo que debe haber sido creado por un ser inteligente, al que llamamos Dios. No obstante, esta lógica hoy día escamotea adrede la enorme importancia que tiene el azar en la formación del universo y en cómo se abre paso la vida. El cosmos cuenta con millones de años para realizar cada uno de sus movimientos, no se formó en seis días a fuerza de demiurgo, sino que se sirve de vastísimos lapsos de tiempo para que puedan concurrir las coincidencias y las circunstancias azarosas. También la propia evolución funciona a ciegas, por ensayo y error, y como todo biólogo sabe, la proporción de errores es incomparablemente superior a la de aciertos. David Hume, que supo intuir esta objeción, se adelantó incluso a la idea de la selección natural: ¿acaso podría subsistir un animal si sus partes no estuvieran bien ajustadas? Solo los animales mejor adaptados sobreviven. Ni siquiera el mundo subsistiría si no estuviera bien ajustado. Y ¿por qué ese aparente orden no puede deberse a agentes no inteligentes cuya acción guarda un vago parecido con las operaciones humanas? El argumento teleológico solo nos llevaría a preguntarnos qué otro creador inteligente creó la mente de Dios, que también es ordenada, y así hasta el infinito.

La existencia de Dios, en definitiva, como ocurriera con la inmortalidad del alma, no puede probarse ni por experiencia empírica, ni mediante los métodos científicos ni a partir de los argumentos de la razón. Tan solo cabría esperar al fin el auxilio de los milagros. Pero, en cualquier caso, admitámoslo, los milagros dejaron de ocurrir hace mucho tiempo. Por alguna extraña razón solo sucedieron en los oscuros tiempos y lugares en los que el hombre estaba sumido en la ignorancia.

Y llegados a este punto solo podemos recurrir a las conclusiones que alcanza Feuerbach en *La esencia del cristianismo* (1841): Dios no creó al hombre a su imagen y semejanza, sino que fue el hombre quien creó a Dios extrapolando sus propias cualidades fuera de su mente gracias al uso de la imaginación. En primer lugar, el hombre se formó una imagen de Dios a partir de sí mismo, es decir, transformando su propia esencia intelectual abstracta en un ser fantástico. Y después, le otorgó a este ente existencia real en el mundo exterior. La esencia de Dios es, por lo tanto, la esencia

objetivada de la fantasía, la representación de todos los anhelos, deseos y esperanzas humanos.

La religión, dirá Feuerbach, construye así una divinidad antropoteística, consecuencia del amor del hombre hacia sí mismo, como una forma de autoafirmación. Si bien, para cada religión, los dioses de las demás religiones serán siempre tan solo ideas erradas de Dios. Y, en concreto, la religión cristiana acabará promoviendo la desunión del hombre consigo mismo, porque considera a Dios como a un ser opuesto a él. Para el cristianismo Dios es todo lo que es el hombre, pero en una medida infinitamente aumentada: si Dios es el ser infinito, el hombre será el finito; si Dios es perfecto, el hombre, imperfecto; si Dios es eterno, el hombre, efímero; si Dios es omnipotente, el hombre, impotente; si Dios es santo, el hombre, culpable y pecaminoso. La mentira de Dios y el ser humano se definirán como dos extremos antagónicos, donde la primera representará lo absolutamente positivo, el contenido de todas las realidades, y el segundo, por contrapartida, solo lo negativo, lo más cercano a la nada.

Por eso será tan necesario que descubramos que el auténtico secreto que se esconde bajo la teología es la antropología. El decisivo giro de la historia se producirá en el momento en que el hombre comprenda que la conciencia de Dios no es otra cosa que la conciencia de la especie.

De lo contrario viviremos engañados, o, mejor, autoengañados por un Dios externo que es nuestro propio espejismo.

Podemos considerarlo así o recurrir a la fe. No se puede negar a nadie la opción de creer en Dios haciendo uso de la fe.

Mediante la fe, por supuesto, se puede justificar la existencia de Dios.

O la de cualquier otra cosa.

---

[5] «No adorarás a otro Dios que a mí, pues el Señor tiene por nombre Celoso. Es un Dios celoso» (Éxodo, 34: 14).

[6] Quizá el episodio violento más conocido protagonizado por Jesús sea el de los mercaderes en el templo: «Hizo un látigo de cuerdas y los echó a todos del templo, junto con sus ovejas y sus bueyes, y derramó por el suelo las monedas de los cambistas, derribó sus mesas y dijo a los vendedores de palomas: “Saquen esto de aquí y no hagan de la casa de mi Padre una casa de comercio”» (Juan, 2: 15). No obstante, en realidad son innumerables los pasajes en los que hace una apología de la

violencia: «No tenéis que pensar que he venido a traer la paz a la tierra. No he venido a traer la paz, sino la espada» (Mateo, 10: 34); «Yo he venido a traer fuego sobre la tierra, ¡y cómo desearía que ya estuviera ardiendo!» (Lucas, 12: 49); «¿Pensáis que he venido a traer la paz a la tierra? No, os digo que he venido a traer la división» (Lucas, 12: 51); «Jesús agregó: “Pero ahora el que tenga una bolsa, que la lleve; el que tenga una alforja, que la lleve también; y el que no tenga espada, que venda su manto y compre una”» (Lucas, 22: 36); «Si alguien llegara a escandalizar a uno de estos pequeños que tienen fe en mí, sería preferible que le ataran al cuello una piedra de moler y lo arrojaran al mar» (Marcos, 9: 42). También abundan en los Evangelios los caprichos y los desmanes, con los que despacha incluso a su propia madre: en las bodas de Caná, a las que habían sido invitados Jesús y sus discípulos, la siempre sumisa María se atreve a advertirle de la falta de vino, lo que provoca el rechazo del hijo: «¿Qué hay entre tú y yo, mujer?» (Juan, 2: 4). Y las mentiras: «En verdad os digo que hay aquí algunos que no han de morir antes de ver al Hijo del hombre aparecer en su reino» (Mateo, 16: 28).

LAS MENTIRAS DE LA IGLESIA

Cualquier persona es libre de creer en lo que quiera por medio de la fe.

Aunque también sería deseable que el creyente que además de creer pretenda opinar, e incluso imponer su opinión a los demás, someta primero a una profunda purga sus verdaderas creencias y se familiarice con las nociones básicas de la historia y la sociología de las religiones. Porque es mentira que todas las opiniones valgan lo mismo.

En nuestra actualidad es habitual que muchos hombres y mujeres se declaren cristianos pero, al mismo tiempo —por una cuestión de pereza intelectual, que no agradaría nada a su Dios—, no dediquen nunca siquiera unos minutos a pensar en lo que de verdad creen. Si a ese grueso de población cristiana que no va a misa se le pregunta por qué no es practicante, existe una respuesta estándar bastante recurrente:

—Creo en Dios, pero no creo en la Iglesia.

La contestación me parece en cierto modo razonable. Porque al fin y al cabo su Dios está en todas partes, y en las Sagradas Escrituras no hay apenas mención al deseo divino de que se erija una Iglesia en su nombre, más allá de una línea mencionando una piedra (Mateo, 16: 18), y abundan en cambio las que prohíben de forma expresa el sacerdocio profesional (Hebreos, 7: 21-25). Sin embargo, dado que el concepto de Dios y los principales dogmas de fe los ha ido construyendo y transformando la Iglesia a lo largo de la historia, a golpe de concilios, cabría preguntarse ¿exactamente en qué Dios cree el cristiano que cree en Dios pero no en la Iglesia? Un creyente así necesitaría depurar y definir cuanto antes sus creencias, porque ¿cómo podría estar seguro de estar adorando al Dios verdadero si tan solo dirige su fe hacia el relato de una Iglesia que no ha hecho otra cosa que mentir?

Su lucha por el poder y el control de la verdad revelada se remonta a los mismos orígenes de la cristiandad. En el primer y segundo siglos de nuestra

era fue la Iglesia quien decidió cuáles, de entre más de medio centenar de Evangelios y documentos en torno a la figura de Jesús de Nazaret, eran o no los válidos. ¿Por qué los cuatro Evangelios canónicos y no cualquiera de los otros, como el Evangelio de María Magdalena o el Evangelio de Judas, fueron los escogidos? Sin duda se trataba solo de disputas y rivalidades internas, dado que eran textos coetáneos, procedentes de las distintas corrientes y sectas que se estaban generando en el Mediterráneo. Todo dependía de quién llegara antes o de quién estableciera mejor sus mecanismos de poder. Si Ireneo, el obispo de Lyon, no se hubiera demostrado más poderoso que el movimiento gnóstico, y el Evangelio de Judas se hubiera impuesto como canónico, el actual dogma cristiano sería por completo diferente del que es[7].

Por otra parte, nadie debería dejar de considerar que las dudas sobre la historicidad de los hechos relatados en los Evangelios del canon son una constante en las investigaciones de todos los especialistas. Los motivos de desconfianza son muchos, pero unos cuantos son elementales. En primer lugar, la fecha de redacción de estos textos se remonta a un siglo después de la muerte de Jesús, lo que impediría que sus autores hubieran sido testigos directos de la vida de la figura central del cristianismo: el papiro P52, o «fragmento de San Juan», es el manuscrito más antiguo del Nuevo Testamento que conservamos, y los expertos datan su escritura entre el año 125 y el año 160. En segundo lugar, los cuatro Evangelios canónicos fueron escritos en griego, y no en arameo, que era la lengua que hablaba —aunque no sabía escribir— Jesucristo y también la de sus discípulos. En tercer lugar, a pesar de la llamativa coincidencia de estilo literario en los tres Evangelios sinópticos (Mateo, Marcos, Lucas), hay discrepancias respecto a los sucesos biográficos que pretenden recoger, unas contradicciones que se vuelven aún mayores en la comparación con el Evangelio de Juan, y que serían por completo imposibles de armonizar si se tuviera en cuenta la totalidad de los Evangelios llamados apócrifos. Estas tres circunstancias apuntan a que los verdaderos autores de esos libros fueron individuos anónimos, que tomaron los datos de las colecciones de dichos de Jesús que circulaban en su época, les proporcionaron forma narrativa y firmaron con los nombres de los personajes más relevantes de la vida del biografiado, o

con otros que gozaban de prestigio en sus comunidades. Y, no obstante, a pesar de la absoluta imposibilidad racional y científica de que los cuatro Evangelios canónicos fuesen escritos por los apóstoles, ¿cuál es la postura oficial de la Iglesia ante estas evidencias? Mentir. Hoy por hoy, sigue aferrándose a la misma posición sin que parezca importarle lo que ocurre alrededor.

> La Iglesia siempre ha defendido y defiende que los cuatro Evangelios tienen origen apostólico. Pues lo que los Apóstoles predicaron por mandato de Cristo, luego, bajo la inspiración del Espíritu Santo, ellos y los varones apostólicos nos lo transmitieron por escrito, fundamento de la fe, es decir, el Evangelio en cuatro redacciones, según Mateo, Marcos, Lucas y Juan (Concilio Vaticano II, 25 de enero de 1959).

De modo que, mucho antes incluso de que la Iglesia empezase a transformar sustancialmente el dogma cristiano en sus distintos concilios ecuménicos, sus propios orígenes se fundaron como casi todo lo humano en las tensiones internas, en el fraude y la falsedad. Los hechos de la vida de Jesucristo, así como los principios y valores que han trascendido al fin a la doctrina cristiana, han sido esos como podrían haber sido otros distintos.

Y, con todo, no voy a cuestionar aquí la existencia histórica de Jesús de Nazaret. Daré por cierto que existió, pese a la escasez de documentos de su tiempo, pese a que ninguno de los autores en ejercicio en las ciudades por las que pasó aludiera nunca a sus milagros, pese a que todas las referencias acerca de su vida procedan exclusivamente de textos religiosos de un siglo después y ninguno de los que fueron anteriores a los Evangelios facilite nunca detalles biográficos[8]. Voy a suponer que una vez vivió una persona con ese nombre, en la que pudieran confluir las semblanzas de otras personalidades de la época y en torno a la que se sincretizaron distintas doctrinas que convivían en Oriente Medio. Admitiré su posibilidad histórica, aunque exista un creciente número de expertos que la pongan en duda[9], dada la dificultad que entraña demostrar la no existencia de una persona de otro tiempo. Es decir, tan solo porque los enunciados estrictamente existenciales no son falsables: en palabras de Popper, no podemos registrar la totalidad del mundo con objeto de determinar que algo no existe, nunca ha existido y jamás existirá.

En cambio, voy a poner en tela de juicio la piedra angular sobre la que se levanta el cristianismo, la más central de las mentiras confeccionadas por la Iglesia Católica: la crucifixión y resurrección de Jesucristo.

Aunque no termine de calar en la sociedad, es un hecho bien conocido por estudiosos, traductores y exégetas de las Escrituras que en el supuesto juicio de Jesús ante el gobernador Poncio Pilato nunca hubo dos procesados. El relato que ha llegado hasta nuestros días comenzó a retocarse varias décadas después, cuando la nueva comunidad cristiana se había empezado a distanciar de la judía. Pero lo cierto es que, con anterioridad a estas modificaciones, Jesús y Barrabás conformaban un único personaje. Ahora sabemos que Barrabás es una forma griega del arameo *Bar'-Abbā'*, que significa 'hijo del Padre', y que guarda relación etimológica con *bar-Rabbam,* 'hijo de nuestro Maestro'. Ambas formas convergen en un mismo sobrenombre, «maestro», que era como sus seguidores llamaban a Cristo. Curiosamente, el nombre de pila de Barrabás era asimismo Yeshua, Jesús; otro dato que las autoridades eclesiásticas se han ocupado de ocultar con celo, de modo que hoy ha desaparecido de donde estaba (Mateo, 27: 16) en ocho de cada diez traducciones del manuscrito original. Este Jesús el Maestro, según los Evangelios, había sido encarcelado por haber participado en un motín, era en efecto un preso famoso entre los judíos, acusado de sedición contra el Imperio romano. Algo que de nuevo coincide con las principales versiones de Jesucristo. De tal manera que cuando Poncio Pilato, prefecto de la provincia romana de Judea, preguntó a los asistentes a qué reo debía liberar en la festividad de la pascua hebrea, la multitud que se había agolpado alrededor de su cabecilla gritó:

—¡A Jesús el Maestro! ¡A Jesús Barrabás! ¡A Jesús el Cristo!

No podemos olvidar que se trataba de la misma muchedumbre que poco antes había aclamado a Jesús a su entrada en la ciudad, y estaba compuesta en gran medida por sus seguidores y partidarios.

Este hecho lo cambia todo.

Para empezar, no fue la especie humana en su conjunto la que traicionó a Jesucristo de una forma tan ruin. Lo cual disminuye en parte la magnitud de

su sacrificio, pero sobre todo mitiga en enormes proporciones el peso de la culpa que desde entonces cargamos sobre nuestras espaldas.

Por otro lado, esta manipulación de las escrituras por parte de los primeros cristianos, planeada cuando crecieron las hostilidades con las restantes comunidades judías, no solo obtuvo resultados a corto plazo. Por desgracia, con el desdoblamiento de Jesús y la dramatizada traición por parte del pueblo de Israel consiguieron reflejar una imagen tan denigrada de los hebreos de su época, que acabó dando forma al principal alegato antisemita de toda la historia y suscitando un odio que los ha llevado al borde del genocidio en diversas ocasiones. Lo cual demuestra, una vez más, que una buena imagen o una ficción bien urdida tiene más fuerza que cualquier razón o argumento.

Si, finalmente, aquel día Poncio Pilato se terminó acogiendo a la costumbre judía de liberar a un preso por pascua y acató la petición de la plebe, aquí acabaría todo. Jesús de Nazaret habría salido andando por su propio pie de Jerusalén, y el milagro de la resurrección nunca habría tenido lugar. Fin de la historia. No obstante, en el caso de que el gobernador se hubiera atenido a las leyes y costumbres romanas, y en el último momento enviase a Cristo a la cruz, los investigadores apuntan otras teorías mucho más plausibles que el hecho de que una persona real e histórica resucitara de entre los muertos. Es decir, siguiendo el criterio de probabilidad de Hume, cualquiera de estas teorías resultará más aceptable que un fenómeno en el que ninguno de nosotros —con la mano en el corazón— creería si nos lo contaran hoy, de no ser por el peso de la cultura que gravita sobre nuestras cabezas.

Después de todo no podemos obviar la posibilidad del sincretismo y el hecho de que el concepto de resurrección estaba más que presente en todas las tradiciones de esa región del mundo: resucitaba Osiris en Egipto, Baal en Canaán, Atis en la mitología griega, volvía a la vida el dios Adonis de los fenicios y los sirios, o el dios Tammuz de los semitas, y el milagro de resucitar era definitivamente el más común entre los abundantes profetas de las tierras de Israel.

Una de las teorías dice que el cuerpo de Jesús pudo ser robado por sus discípulos. Una posibilidad que recoge el propio Nuevo Testamento,

tratando de guardarse las espaldas ante los previsibles recelos: «Decid esto: "Sus discípulos vinieron de noche y robaron el cuerpo mientras nosotros dormíamos"», «Ellos tomaron el dinero e hicieron como se les había instruido. Y este dicho se divulgó extensamente entre los judíos hasta hoy» (Mateo, 28: 11-15). Y en efecto, las insinuaciones en ese sentido se perpetuaron durante siglos. De haber sido así, de haber sido el cuerpo de Cristo hurtado de su sepulcro por sus discípulos, pudo ser con las mejores intenciones, podían estar convencidos de su inminente resurrección y querer asegurarse de que su mesías volviera estando junto a ellos. Aunque, dado que su comitiva estaba formada por hasta setenta seguidores, cabe la posibilidad de que algunos de ellos hubieran perpetrado el plan de manera premeditada, en cuyo caso estaríamos ante la mayor operación de falsificación y *marketing* de la historia de las religiones.

Otra teoría se centra en la figura de Caifás, quien tenía razones para querer conservar su poder como máximo representante religioso entre los judíos, y pudo haber hecho desaparecer el cuerpo para decir a sus adeptos que buscaran los restos en Galilea y evitar que su tumba se convirtiera en un lugar de peregrinación que aumentara su leyenda. Evidentemente, habría calculado mal los efectos de tal desaparición.

Y hay muchas otras hipótesis, que analizan lo frecuente que era el saqueo de tumbas en la Judea de esos tiempos, la demanda de órganos de muertos recientes y de personas santas para los rituales más profesados, o que aseguran que para los ajusticiados se usaban fosas comunes, o que demuestran lo habitual que era la confusión del lugar de sepultura… Todas ellas más plausibles que el milagro.

Y aun así, ¿qué prueba un sepulcro vacío? Sin duda, la imagen del nicho vacío como símbolo estaba muy extendida entre las sectas hebreas, en las que se producía alguna resurrección con relativa periodicidad. Pero cuando hoy desaparece un cuerpo de una tumba, del tanatorio o del depósito de cadáveres, lo primero que pensamos es en llamar a la policía y lo último en que el cadáver haya vuelto a la vida. O, en otras palabras, si este iba a ser el milagro central y más extraordinario de todo el cristianismo, después de resucitar, ¿no podría haber permanecido Jesús más tiempo entre los vivos? ¿No podría haberse dejado ver por más testigos, haber paseado entre las

multitudes, haberse dejado llevar en volandas ante Caifás y el resto de sus enemigos? Porque ¿qué sentido tiene resucitar para, a continuación, de inmediato ascender a los cielos? No debemos olvidar que Cristo, para la Iglesia, desde que así lo aprobó en el año 381 en Nicea, es consustancial a Dios. Habría podido por lo tanto conocer todos los hechos del porvenir, dominar las disciplinas más complejas de la ciencia futura, hablar todas las lenguas, incluso saber escribir, pero si por alguna inextricable razón hubiese decidido no dejar más pruebas de su divinidad que la resurrección, ¿no podría al menos haberlo hecho de una manera que estuviese más allá de toda duda?

Comparadas con la invención de este artificio, qué importan a su lado el resto de las mentiras de la Iglesia. ¿Qué importancia puede tener que ninguno de los discípulos reparase nunca en la virginidad de María, inadvertida por todos durante aquellas décadas, y que el único sustento de este llamativo milagro se apoye en un solo error de traducción del Antiguo Testamento (Isaías 7: 14)? Otro calculado desliz de los traductores del original —la sustitución de la palabra «joven» o «doncella» por «virgen», en una sola ocasión— que a día de hoy la Iglesia Católica sigue ocultando. ¿O acaso a alguien le ha importado en todo este tiempo que María tuviera con José otros cuatro hijos varones y otras tantas hijas (Mateo, 13: 54-58; Marcos, 6: 1-6; Lucas, 8: 19-21; Juan, 2: 12) para seguir hablando de su virginidad? Una vez que aceptamos el milagro de la resurrección y cedemos a la credulidad, las demás incongruencias son detalles sin relevancia. ¿Qué más da que Jesús no pidiera que se fundase una Iglesia en su nombre, o que prohibiera de manera explícita el sacerdocio porque hace a unos hombres distintos de otros? ¿A quién, en definitiva, le ha supuesto un impedimento que la Biblia afirme con rotundidad que «El Dios que hizo el mundo no habita en templos levantados por manos de hombres» (Hechos, 17: 24) o que censure de forma tan tajante el culto a las imágenes?

> La religión de esos pueblos no vale nada. Cortan un leño en el bosque, y un artesano lo labra con su cincel. Lo adornan luego con oro y plata, y lo aseguran con clavos y martillo para que no se caiga. Los ídolos parecen espantapájaros en un melonar. No pueden hablar, y tienen que cargarlos porque tampoco pueden caminar. Así que no les tengáis miedo, pues son incapaces de haceros mal, ¡y mucho menos os podrán hacer algún bien! (Jeremías, 10: 3-5).

El culto a los ídolos, que atestan hoy las iglesias católicas e incluso las calles durante al menos una semana al año, no podría parecerse más a aquello que los textos revelados repudiaban. Pero no olvidemos que la propia iconografía cristiana suele representar a la Fe con una venda en los ojos.

Tan solo desde esta perspectiva es posible explicar que haya prevalecido una Iglesia, la vaticana, que dijo: «No codiciarás los bienes ajenos», y se rodeó de joyas y de bienes y de lujo, acumulando riqueza como nunca habían soñado los hombres.

Dijo: «No matarás». Y dio inicio a las cruzadas y fundó la Santa Inquisición, la mayor maquinaria para la tortura y el genocidio creada por la humanidad hasta la solución final del nazismo.

Y dijo: «No mentirás». Y se inventó la Verdad.

---

[7] No solo tendríamos una visión del todo favorable a Judas Iscariote, como discípulo favorito y cómplice de Jesucristo en su sacrificio, sino que nunca se habría hablado ni de crucifixión ni de resurrección, y habrían triunfado además los hoy escandalosos principios gnósticos: el creador de este mundo no es para el gnosticismo el dios superior ni una divinidad a la que debamos adorar, sino tan solo la última de una larga cadena de deidades que se fueron creando las unas a las otras, la más débil e imperfecta de todas, de la cual hay que huir.

[8] Antes de los Evangelios, durante todo un siglo no hubo rastro alguno del Jesús histórico. Ni siquiera en las epístolas de San Pablo, que fue su coetáneo, puede encontrarse ninguna información sobre su vida como persona real. Al contrario, en todas las alusiones a su mesías habla de él como si hubiese vivido en un tiempo primordial, esencialmente separado del suyo, y lo representa ciñéndose con exactitud al arquetipo de héroe mítico.

[9] Una breve lista de los historiadores, teólogos y especialistas mundiales que cuestionan la historicidad de Jesús incluiría a John M. Allegro, Prosper Alfaric, Joseph Atwill, Héctor Ávalos, Nigel Barber, Bruno Bauer, Charles Bradlaugh, Thomas L. Brodie, Francesco Carotta, Steven Carr, Richard Carrier, Luigi Cascioli, Hal Childs, Greta Christina, Paul-Louis Couchoud, Gary Courtney, Jerry Coyne, Philip R. Davies, Richard Dawkins, Herman Detering, Earl Doherty, Arthur Drews, Arthur Droge, Charles-François Dupuis, Maria Dzielska, Lena Einhorn, Alvar Ellegård, David Fitzgerald, Timothy Freke, Robert W. Funk, Peter Gandy, Neil Godfrey, Phyllis Graham, Tom Harpur, Fritz Heede, Godfrey Higgins, Christopher Hitchens, R. Joseph Hoffmann, Paul Hopper, Stephan Huller, Kenneth Humphreys, John G. Jackson, Peter Jensen, Michael Kalopoulos, Peter Kirby, Abner Kneeland, Alvin Boyd Kuhn, Raphael Lataster, Harold Leidner, Samuel Lublinski, Gerd Lüdemann, Dennis MacDonald, Burton Mack, Michael Martin, Gerald Massey, Joseph McCabe, Harita Meenee, Christos Morfos, Ioannis Mpousios, D. M. Murdock, Derek Murphy, Payam Nabarz, Kurt Noll, Michel Onfray, Georges Ory, Clarke W. Owens, Thomas Paine, Minas

Papageorgiou, Michael B. Paulkovich, Steven Pinker, Robert M. Price, Jay Raskin, Salomon Reinach, Samuel Max Rieser, John Mackinnon Robertson, Loren Rosson, René Salm, Gunnar Samuelsson, David Oliver Smith, Rudolf Steck, Gordon Stein, Valerie Tarico, Thomas L. Thompson, Pier Tulip, Michael Turton, Daniel Unterbrink, Edward Van der Kaaij, Raoul Vaneigem, Thomas S. Verenna, Nikos Vergidis, Georges Las Vergnas, Roger Viklund, Barbara Walker, George Albert Wells o Frank Zindler.

LAS MENTIRAS DEL ATEÍSNO

Pero no nos engañemos.

También el ateo miente cuando dice que Dios no existe.

Es cierto que en un sentido popperiano podemos sostener su inexistencia como una hipótesis científica, porque es altamente falsable: bastaría que tuviéramos una intuición empírica de Dios para que quedase negada. Pero no es más que eso, una hipótesis, una conjetura que podría servirnos solo por el momento. También es cierto que no hemos encontrado un solo argumento racional que justifique su existencia, y sí hemos alcanzado un buen número de contrastadas teorías que harían prescindible la explicación divina. No obstante, más allá de eso no sabemos absolutamente nada de lo que hay ahí fuera. No podemos saberlo. Al otro lado puede agazaparse cualquier cosa, con la forma más inesperada e inconcebible para nuestra limitada capacidad de cognición. En este sentido, toda pretensión de absoluta certeza del ateo no es más que otra impostura. Otra cuestión de fe.

El ateo mentiría si afirmase la inexistencia de Dios, como miente el escéptico cuando se empeña en sostener que no existen los demás. Sin embargo, son dos distintos grados de mentira.

En este segundo caso, aunque desde el punto de vista lógico no dispongo de ningún argumento incontestable que me permita afirmar la existencia de las mentes de los otros, la hipótesis de no existencia del escéptico es al menos continuamente falsada por los sentidos. Una y otra vez, nuestras impresiones empíricas nos dicen que los demás están ahí. Con la divinidad ni siquiera ocurre eso.

Cabría por lo tanto distinguir —para empezar a entendernos, aunque más adelante volveremos sobre este asunto— entre dos grandes grupos de presunciones. La idea de Dios se encontraría en el primero, junto al resto de las quimeras, en una situación similar a la de los unicornios, los ángeles, las gorgonas, el leviatán, el monstruo del Lago Ness, la Atlántida, Lilliput, el

País de Nunca Jamás, Tlön o la inmortalidad del alma. Aunque desde luego todas forman parte de nuestra cultura, todas ellas aguardan provisional y científicamente negadas, a la espera de una contrastación positiva. Mientras que, por otro lado, en un segundo grupo estarían las hipótesis de no existencia que ya han sido falsadas, al menos de forma empírica, entre las que se encontrarían la ley de la gravedad o la existencia de los otros.

Esto no quiere decir que podamos considerar a las segundas como verdades, ni mucho menos como certezas equivalentes al *cogito ergo sum*. Todas ellas son, por igual, ficciones de nuestro pensamiento.

Sin embargo, las hipótesis científicas son mentiras más plausibles.

Y, en concreto, aquellas de las que además tenemos evidencias sensibles, directas y continuas, a través de los ojos, los oídos o la piel, son mentiras mucho más difíciles de no creer.

LA FORMACIÓN DE LAS SOCIEDADES

En un mundo o universo en el que la mentira ha demostrado ser un agente de ordenación y una acción recompensada, el ser humano destaca por encima de todas las demás especies como aquella con una mayor capacidad para elaborar ficciones. Esta habilidad para el engaño lo ha llevado a someter a todos los demás seres vivos del planeta y a un transitorio dominio —más impulsivo que razonado— de su entorno.

Pero volvamos a situarnos, amigo lector, ante el mono desnudo.

En nuestros anteriores recorridos ya hemos presenciado cómo al menos dos aspectos de la mentira propiciaban esta supremacía del hombre. Por un lado, el manejo de los rudimentos ficcionales trajo consigo aplicaciones prácticas, el lenguaje y una suerte de conocimiento. Por otro, la posibilidad de componer relatos favoreció la cohesión y la organización de grupos más numerosos. Uno y dos: conocimiento y cohesión. No obstante, todavía nos restaba una tercera propiedad de la mentira tanto o más necesaria que las anteriores para la formación de las sociedades. Solo poder mentirnos constantemente los unos a los otros, e incluso a nosotros mismos, hizo tolerable esta asociación, de ninguna otra manera habríamos soportado esta rayana vecindad con el extraño. Y ahora sí, tres: convivencia.

Tal y como mencionamos, para alcanzar la más mínima unidad de conocimiento necesitamos de la ficción. Mucho antes de que los primeros homínidos superiores aprendieran a hablar y contaran historias alrededor del fuego, ya habían tenido que recurrir a la mentira para desarrollar su pensamiento simbólico. Para poner en marcha el proceso de abstracción, lo primero que precisa la mente es de la metáfora: de un mecanismo que permita mediante la sustitución crear imágenes comprensivas del mundo. Así, el primer salto metafórico se produce cuando el impulso nervioso de nuestros sentidos se transforma en una imagen mental. De manera que metáfora será el recuerdo de un olor o la representación mental de un ser

querido, como luego lo será el bosquejo de un bisonte sobre la roca. Metáfora será la abstracción de cualquier cadena de acontecimientos, incluso de los que todavía no han tenido lugar. Tan solo la metáfora, la sustitución, la falsificación especular permitirán recordar y predecir, repetir el procedimiento mediante el que una vez se obtuvo el fuego o anticiparse a los movimientos de los depredadores y las presas. Un par de millones de años después tiene lugar el segundo salto metafórico, cuando la imagen se transforma en sonido. Y nacen los conceptos y el lenguaje. Por consiguiente, no podemos negar que la metáfora está debajo de todo proceso epistemológico y de intelección. Es el núcleo lingüístico que nos permite tanto dar sentido al mundo como diseñar mundos posibles. Hablar de la metáfora implicará, como diría Umberto Eco, hablar también como mínimo de símbolo, de ideograma, modelo, arquetipo, sueño, deseo, delirio, rito, mito, magia, creatividad, paradigma, icono o representación, además de ser solo ella la que hace posible el propio lenguaje, el signo, el sentido y el significado. Las formas más elementales del entendimiento parten de la poetización. No existe otra alternativa, la inteligencia humana no dispone de otro camino. Todo nuestro conocimiento, por consiguiente, se basa en la especulación, la proyección y la mentira. Y toda la ciencia actual —a pesar de haberse encumbrado sobre el altar de lo verdadero, como otrora hiciera la religión— no solo parte de esos mismos mecanismos poéticos, por cuanto que está elaborada por individuos, sino que para avanzar se ve obligada además a construirse sobre paradigmas, es decir, sobre conjuntos de teorías no cuestionadas, de postulados transitorios y de hipótesis no menos ficcionales.

Una vez que el conocimiento simbólico da lugar al lenguaje, lo que distanciará al *Homo sapiens* del resto de las especies del género *Homo* no serán sus invenciones ni artilugios, sino su capacidad de cohesión. En primer lugar, gracias al lenguaje los pequeños grupos de homínidos podrán organizarse y diseñar estrategias para la caza; de la misma manera que hacen los grandes felinos, solo que estos necesitan años de experiencia para estar coordinados, mientras que los hombres empezarán a poder resumir todo su aprendizaje en unas pocas frases. Y según se amplíen sus habilidades lingüísticas, la organización de estos grupos se volverá más

compleja. Pero no será hasta que, en segundo lugar, surjan los cuentos alrededor de la hoguera cuando las comunidades no se tornarán realmente grandes. Los cuentos y las leyendas compartidos estrechan los vínculos entre los miembros de una tribu, facilitan una misma explicación del mundo, una visión común. Proporcionan un pasado que les pertenece, unos hechos legendarios que los retratan como héroes y los hacen más fuertes como pueblo, unas aspiraciones y una misión colectiva que son las mismas para todos. Así comienzan a formarse las primeras sociedades. El pensamiento mítico forjará religiones que nos procurarán una identidad frente a los otros, y dioses por los que luchar sin temor a perder la vida. Es la única forma de operar como un ejército de hormigas, pero conservando parte de la libertad individual. El sentimiento de pertenencia originará todo tipo de símbolos patrióticos, emblemas y banderas. Se inventarán verdades distintas que a la vez unan y separen, creencias míticas sobre las que fundar las identidades nacionales. Mitos en torno a la raza, al género, a las normas sociales, las costumbres, el derecho y las leyes, el legado, la historia, la ciencia, que siempre se disfrazarán de la verdad y poco o nada tendrán que ver con ella. Cualquier excusa servirá para fomentar la cohesión, desde la pertenencia a una clase social, a un club, a un barrio, a una empresa, hasta la afición a un equipo deportivo, por mucho que con el tiempo cambien sus jugadores, sus presidentes, patrocinadores e incluso su escudo y su equipación. Este pensamiento mítico, que tanto tiene de burdo y de primario, es al mismo tiempo el que nos ha conducido a imponernos sobre todas las demás especies. A destacar por encima de todos los demás animales, hasta dominarlos, subyugarlos, depredarlos o conseguir su completa extinción.

Sin embargo, aún no nos habíamos detenido un instante en el tercer factor que entra en juego con el uso de la mentira y sin el cual no habría sido posible el surgimiento de las civilizaciones. El propio civismo es fruto por entero de nuestra capacidad para el engaño.

¿Cómo habríamos soportado convivir con el otro de haber sabido lo que de verdad pensaba de nosotros? ¿Quién podría sobrellevar la vida en sociedad si tuviera que revelar continuamente lo que de verdad pasa por su mente? ¿Sería posible la menor reunión de personas si ninguna contuviera

sus emociones, si no poseyéramos la facultad de decir algo distinto a lo que pensamos o sentimos?

La buena educación, los modales, las normas de cortesía y de convivencia radican en nuestra voluntad de modular el engaño. Tratar con los demás es mantener un constante estado de disimulo, mediante el que intentamos mostrar nuestro mejor yo. Para que los otros me soporten debo sonreír y ser agradable, aunque por dentro no me sienta precisamente feliz.

—¿Cómo está? —puede preguntarnos cualquier desconocido en el ascensor o atendiéndonos en un establecimiento, siguiendo las meras fórmulas de urbanidad.

«Bien», mentiremos. Y a nadie en cambio se le ocurriría responder:

—Estoy muy triste, ya ve. Me siento completamente hundido desde hace años. Desde que comprendí que mi trabajo no me llenaba y que no tengo ninguna auténtica vocación. Mi vida carece de sentido, ando perdido por completo. Además, no he pegado ojo en toda la noche, porque algo me sentó mal ayer y la he pasado yendo al baño con una diarrea profusa y bastante desagradable. ¿Y usted, cómo está? Yo venía a por una camisa blanca. Para una boda. Iré solo.

Desde los primeros asentamientos hasta las megalópolis, todo el progreso humano se sustenta en la asociación y, por lo tanto, en la mentira social. La necesitamos y dependemos de ella cada minuto. Cuando sonrío, cuando asiento, cuando digo que no, que no me importa recoger a los niños esta tarde entre mi reunión de las cinco y la de las seis. Mentimos cuando nos maquillamos, cuando sopesamos cómo vestirnos, cuando caminamos con seguridad entre las mesas de una terraza atestada, cuando nos mantenemos erguidos y no nos derramamos sobre el sillón, a pesar de sentirnos agotados. La espalda bien recta. Mentimos cuando gesticulamos, cuando damos la razón, cuando empleamos eufemismos, cuando seguimos la corriente o exageramos una risa. Por lo general, tratamos de agradar a los demás y nos gusta que los demás hagan lo mismo con nosotros. Y si alguien es desagradable, provoca nuestro rechazo y decimos que se comporta como un imbécil, porque ciertamente lo es. Mentir es una muestra de inteligencia, el más claro distintivo de la inteligencia. Y sin el sentido de la empatía nunca se habría instaurado la civilización. Hay algunas personas que se

escudan en su absoluta sinceridad para decir todo lo que piensan, alegando que eso las define como más auténticas, pero esto en realidad solo demuestra torpeza, incompetencia para comprender una realidad compleja y un evidente síntoma de involución.

—¿No te ha gustado? —pregunta el anfitrión mirando el plato que has dejado casi intacto.

—No, qué asco. Nunca me ha gustado la calabaza ni esto verde de aquí. Y la carne así cocinada me produjo una arcada en cuanto la probé. Por cierto, tu casa también es horrible, ¿la decoraste tú?

Es probable que estas conductas no mentirosas, cuando la gente aún se sentaba armada a la mesa y todavía no había leyes que velaran por nuestra protección, hubieran abocado a la humanidad a un futuro mucho más incierto. O a su simple extinción, como de hecho ocurrió con otros géneros de homínidos superiores. Desde el momento en el que surgió el rasgo evolutivo de la inteligencia, se hizo apremiante introducir nuevas mejoras y prestaciones para proteger a unos sujetos pensantes de los otros mediante las máscaras de la simulación. *Sapiens sapiens*.

Y no se trata solo de una cuestión de cortesía, ni mucho menos. Mentir también se vuelve imprescindible a la hora de afrontar los peligros. No solo es beneficioso para establecer lazos de amistad —cuando, por ejemplo, tu amigo no admite que está contigo solo por conveniencia—, sino que sería imposible combatir hombro con hombro con alguien que te ha confesado que saldrá huyendo en cuanto pueda, que te utilizará como escudo si se aproxima una flecha y que, en ningún caso, te acarreará si caes herido. Los ejércitos se disolverían en seguida. Lo cual podría ser algo bueno, si no existieran otros dotados de tropas que se mintieran mejor.

La cohesión a través del engaño se impone en todos los niveles de la estructura de una sociedad. Mentir es esencial para la convivencia con los desconocidos; para poder confiar en los que cazan, luchan o trabajan contigo; para mantener las amistades; e incluso para formar los vínculos más básicos e íntimos de la unidad familiar.

—Hace años que pienso en otros hombres cuando me acuesto contigo. Si solo pensara en ti, esta carne yerma y mi desatendido cuerpo no sentirían nada.

—No te preocupes, cariño. Yo solo estoy contigo por rutina y porque no he encontrado nada mejor. Pero eso puede cambiar en cualquier momento.

Con una urdimbre social tan disfuncional sería difícil criar a los hijos. Y casi engendrarlos, si no fuese por la fuerza.

No obstante, todavía cabe un nivel de mayor intimidad que el que se establece entre las parejas, o en las relaciones de parentesco directo, y en el que también se vuelve inevitable la mendacidad. Aquel que tiene lugar dentro de nuestra cabeza.

Sería por completo imposible convivir con los otros si no pudiéramos engañarnos a nosotros mismos. Si cada individuo no tuviera la capacidad de mentirse a sí mismo antes que a nadie, nunca podría soportar la proximidad con los demás. Para que toleremos estar junto a los otros necesitamos hacer uso de la mentira en, al menos, dos de sus sentidos: la ocultación del secreto y el autoengaño.

En primer lugar, ocultar lo que pensamos, no revelar lo que tenemos en mente o decir algo contrario a lo que estamos pensando es la única manera de preservar la privacidad más elemental, la que queda de este lado de nuestro cráneo. Si nos viésemos obligados a confesar todos nuestros secretos, si no pudiéramos callar, fingir o mentir acerca de lo que guardamos en nuestro interior, nadie accedería a vivir junto a los otros y vagaríamos solos por los desiertos como los coyotes o los guepardos. La vida en sociedad es posible, primero de todo, porque podemos mantener la esfera de lo íntimo a salvo de los demás. Y la práctica totalidad de las relaciones humanas se fundan en lo que sabemos o no sabemos los unos de los otros. En la guerra, en el comercio, en la política, en el amor. Incluso cuando decimos abrir nuestro interior, seguimos en menor o mayor grado mintiendo. Y esta mentira no es ni más ni menos que la condición indispensable de la libertad. Nuestros actos externos pueden en ocasiones delatarnos, pero solo podrían extraernos todo lo que reservamos en nuestra cabeza mediante la amenaza y la coacción, a través de los métodos de tortura, del detector de mentiras o la administración de un suero de la verdad.

Porque, ¿quién podría aceptarnos tal y como somos? Ni siquiera nosotros mismos. Ni mucho menos nosotros.

Y por ello, en segundo lugar, nos vemos obligados a emplear la estrategia psicológica del autoengaño. En un mundo —natural o artificial— que recompensa la mentira, lo lógico sería deducir que creernos nuestras propias ficciones supone una ventaja, pues nos ayuda a imponerlas a los otros con más convicción. Y aunque esto es cierto en gran medida, los impulsos que promueven el autoengaño son aún mucho más complejos. Nuestra mente no solo opera con conceptos, sino también con emociones. Y esto último resulta particularmente difícil de manejar, desde que nos despertamos y durante el resto del tiempo que permanecemos conscientes. No es que nos disguste nuestra realidad, más bien el rechazo nos lo provoca nuestro propio yo, que es el filtro con el que vemos toda nuestra realidad y del que nunca podemos desprendernos. Vayamos donde vayamos estamos ahí. Con nuestros recuerdos, con nuestros actos pasados y nuestros defectos presentes, con nuestras obstinadas circunstancias. La necesidad de escapar de nosotros mismos es la causa de que todos los pueblos de la tierra hayan intentado drogarse de una u otra manera; y en aquellos raros lugares donde no han encontrado ninguna sustancia con la que hacerlo, han probado a restringirse el oxígeno, a arrojarse rodando por las pendientes, a bailar sin límite hasta lograr el ansiado estado de evasión. No nos soportamos. Nuestra presencia nos resulta insufrible, a pesar de que ya venimos con un mecanismo de serie concebido para enmascarar nuestras imperfecciones. Pese a que mediante el autoengaño conseguimos vernos mucho mejor de lo que somos. Nos sobreestimamos, adornamos los hechos, no oímos lo que no queremos escuchar, nos contamos a nosotros mismos los sucesos a medias, borramos los elementos de nuestra historia que no nos interesan, desarrollamos una memoria selectiva gracias a la que olvidamos los recuerdos dolorosos y maquillamos los acontecimientos en general, confeccionamos fantasías para cada aspecto de nuestra vida, nos repetimos una y otra vez los discursos que nos benefician, cada vez más perfeccionados, elaboramos una imagen mental de nosotros mismos en la que siempre aparecemos más favorecidos de lo que nos dicen los espejos y las fotografías. Y aun así no nos soportamos. En ocasiones, depende del día, depende de la personalidad, también nos engañamos en la otra dirección, subestimándonos. Pero es mucho más habitual lo contrario. Entre un 80 y

un 95 % de los profesionales cualificados creen que realizan su trabajo mejor que el resto de sus colegas. Y los porcentajes son todavía más unánimes cuando se pregunta a cualquier persona si considera que ha sido tratada justamente por la vida, en su medio laboral o en el ámbito de su especialidad. Todos nos creemos mejores de lo que se nos reconoce. Todos estimamos haber sufrido algún revés de la suerte, una injusticia o un agravio comparativo. Y, entre quienes disfrutan de los laureles del éxito y el reconocimiento, ninguno de ellos admite ser peor de lo que se piensa de él, nadie declara que sus logros son un fraude o consecuencia del puro azar. No obstante, es lo natural. Ni siquiera seríamos capaces de hablarnos con esa total sinceridad a nosotros mismos. Nadie, en una disposición emocional sana y con un buen estado de ánimo, por muy solo que esté en una habitación, se sitúa delante del espejo y se dice:

—Aún me hierve la sangre por la discusión de hace unos segundos, pero sé que no tengo razón. Soy un cerdo. He manipulado los argumentos solo por egoísmo, porque soy un egoísta que nunca quiere implicarse en nada ni por nadie. Aunque siempre culpe de todo a los demás. Y sí, si de paso he hecho un poco de daño, es porque eso me hace sentir mejor, que otro se sienta mal me produce cierto alivio y bienestar. Tengo una personalidad algo repugnante y bastante ruin.

La capacidad de autocrítica tiene un límite. Y por mucho que uno quisiera someterse a ella, habría muchas cosas que nunca podría llegar a decirse porque ni siquiera alcanza a imaginarlas. Algunos procesos de autoengaño son más o menos conscientes; defectos que hemos descubierto hace años pero en los que conseguimos no pensar y bloquear la mayoría de las veces, sensaciones de culpa que tratamos de no remover, aspectos que hemos confesado en algún momento de debilidad, pero que negamos cuando nos sentimos bien de nuevo, decisiones que siempre dejamos para mañana. Sin embargo, muchos otros se deslizan siempre por debajo del umbral de conciencia. No tenemos ningún control sobre ellos y ni siquiera adivinamos en qué pueden consistir. Permanecen escondidos en lo más profundo del inconsciente. Por suerte.

El propio cerebro está diseñado para mantener el equilibrio. La mentira es tan necesaria y —en algunos casos— tan saludable, que es ella la que

permite regular nuestro organismo en momentos de crisis. Una mente deprimida baja las defensas, nos empuja a la sugestión morbosa, debilita el sistema inmune, nos expone a enfermedades y acorta la vida. Los cuerpos fuertes y sanos dependen de una mente feliz y autoengañada.

De manera que por fin podemos hacernos una idea más aproximada de nuestra auténtica situación.

El ser humano está inserto en una trama de mentiras. En un universo que se ajusta mediante la mentira, dentro de una sociedad construida por mentiras y con una biología creada para la mentira.

Y por eso todas las actividades humanas están relacionadas con el acto de mentir.

LA GUERRA Y LA ESTRATEGIA

En el siglo IV antes de Cristo, el estratega chino Sun Tzu afirmó en su obra *El arte de la guerra* que toda operación militar implica un engaño. Cuando te encuentres en situación de atacar, decía, aparenta incapacidad. Si tu ejército está dispuesto y tus tropas en movimiento, muéstrate inoperativo. Cuando planees un ataque en las inmediaciones de la línea enemiga, aparenta que te dispones a marcharte lejos. Cuando proyectes atacar un lugar distante, finge que vas a hacerlo muy cerca. Desanímalos con la perspectiva de tu victoria, sorpréndelos creando confusión. Tiende trampas y ofrece cebos que logren atraer a tu enemigo. Cuando se crean seguros, prepárate para luchar contra ellos; cuando sean realmente poderosos, evítalos. Una fuerza militar se despliega mediante el engaño, se moviliza mediante la ilusión de la recompensa y vence mediante la división y el desconcierto.

En la guerra contra los hunos, un emperador de la Dinastía Han envió diez exploradores a espiar al pueblo invasor. Y todos ellos por igual dijeron en sus informes que era factible atacarlos en aquel momento. Entonces, el emperador envió a un último oteador llamado Lou Jing. Al regresar de su incursión, al contrario que sus predecesores, este explorador aseguró que las hordas de los hunos no podían ser atacadas con posibilidad de victoria.

—¿Qué te hace pensar eso? —quiso saber el emperador.

—Cuando dos potencias están igualadas, alardean de sus fuerzas —dijo —. En cambio, todo lo que yo vi mientras los espiaba fue a débiles y ancianos. Eso demuestra que son competentes aparentando ser incompetentes. Por lo que no recomendaría ningún ataque.

Ni que decir tiene que al escuchar aquellas razones el emperador montó en cólera, y mandó encerrar a Lou Jing por obstaculizar con su necedad los intereses del imperio. Luego, reunió el mayor contingente de tropas que tenía a su alcance y se puso al frente de ellas en persona, decidido a acabar

de una vez por todas con aquellos nómadas invasores. Sin embargo, en cuanto trataron de acercarse a sus adversarios, fueron rodeados por miles y miles de hunos, que los sitiaron y les cortaron los suministros hasta que hubieron de rendirse.

Durante la Segunda Guerra Mundial, en el año 1943, en una base militar estadounidense del estado de Tennessee se comenzó a reclutar a los primeros integrantes de la 23.ª Compañía de Tropas Especiales, que estaría compuesta por tres unidades exclusivamente especializadas en el engaño: la División de Ingenieros de Camuflaje, encargada de la estratagema visual, la División de Efectos Especiales, responsable del engaño sonoro, y la División Especial de Señales, que se ocuparía de transmitir por radio órdenes falsas de movimiento de tropas. En unos meses, esta unidad táctica la conformaban más de un millar de ingenieros, arquitectos, diseñadores, actores y artistas de las escuelas de arte de Nueva York y de Filadelfia. Incluso llegaron a buscar reclutas en las agencias de publicidad, confiando en que supieran usar su talento y su imaginación para engañar al enemigo.

Su primera misión tendría como epicentro el Día D, facilitando al ejército aliado la cobertura necesaria para hacer creer a los nazis que el desembarco se realizaría al este de la costa francesa, y no en Normandía. Para ello, habían confeccionado artilugios suficientes como para dar la impresión de que formaban dos regimientos de treinta mil hombres cada uno. Tras algunos primeros prototipos frustrados, lograron diseñar una armada de tanques, camiones, *jeeps*, cañones y aviones hinchables, que podían transportar sin esfuerzo, inflar en pocos minutos y no dejaban huella alguna de su paso. Sus campamentos estaban compuestos por tiendas en cuyo interior no había soldados, las cajas de madera no guardaban ni una sola bala, los bidones no contenían una gota de gasolina. También se habían tomado grabaciones en Fort Knox, con la ayuda de los ingenieros de los laboratorios Bell, para poder reproducir el sonido de diferentes vehículos militares circulando, así como descargas de artillería o soldados montando puentes móviles para cruzar un río. Por último, se disfrazó a los actores de oficiales del más alto rango, que se ocuparían de confirmar la inminente llegada del grueso del ejército.

De modo que junto a los auténticos tanques Sherman, los camiones Dodge y las piezas de artillería reales, empezaron a llegar a Inglaterra otros paquetes del tamaño de una maleta. Cuyo contenido, una vez hinchado con un compresor de aire, se convertía en imitaciones tan perfectas que incluso ostentaban falsos remaches en las torretas. El ejército fantasma se ubicó en varios puntos estratégicos del mapa, para dispersar a las fuerzas alemanas a lo largo de toda la costa francesa y debilitar en consecuencia sus defensas en Normandía, donde se llevaría a cabo el verdadero asalto. Se pretendía hacer creer a Hitler que la mayor parte de las tropas desembarcarían en el Paso de Calais, situado a varias decenas de kilómetros de las playas normandas. La División Especial de Señales comenzó a transmitir por radio todo tipo de mensajes, codificados y sin codificar, desde falsas órdenes hasta avisos que confirmaran la llegada de destacamentos. Se había pensado en todo: varios sacerdotes de East Anglia escribieron a los periódicos locales quejándose del mal comportamiento de las inexistentes tropas extranjeras. Los tanques y vehículos hinchables se dejaban mal camuflados para que pudieran ser detectados desde el aire. Las grabaciones sonoras que emitían los gigantescos amplificadores podían ser oídas a veinticuatro kilómetros de distancia. Por último, se pidió al general George Patton que viajara a Inglaterra y se dejara fotografiar, para reforzar el rumor de que sería él quien comandaría este imponente ejército ficticio.

La operación fue un éxito. Los alemanes, en efecto, enviaron notificaciones informando de que se esperaba la llegada de una gran flota aliada a Calais y a Dunkerque, otra ciudad portuaria alejada de Normandía. La estrategia del engaño nunca fue descubierta. Y la 23.ª continuó desplazándose en el frente, hasta llegar a consumar un total de veinte misiones fantasma a lo largo de la guerra. En muchas de ellas, aquellos falsos soldados llegaron a atraer más fuego enemigo del que hubieran deseado.

En la guerra, los secretos y las mentiras son tan valiosos que la historia de esta unidad táctica se mantuvo oculta durante más de cincuenta años. Y aún hoy muchos de sus detalles permanecen clasificados.

ESPIONAJE Y CONTRAESPIONAJE

Todo mandatario, estadista, militar o estratega sabe lo importante que son las mentiras en cualquier relación de rivalidad, guerra o competencia. Sabe también, por lo tanto, que es esencial conocer los secretos que oculta el enemigo para poder anticiparte con tus mentiras a las suyas. Desde el momento en que el líder de un grupo envía al primer oteador a observar a los otros, se está poniendo de manifiesto que las batallas humanas se libran antes que nada en el plano hipotético. Pero nuestra capacidad para ingeniar y para intrigar es tal, que de inmediato unas mentiras se enredan sobre otras y todo queda tan enmarañado que es difícil seguir el hilo: y el espionaje se transforma en seguida en contraespionaje. Todas las agencias nacionales de inteligencia, desde el FBI y la CIA hasta la desaparecida KGB, desde el Mossad hasta el CNI, disponen de departamentos de contraespionaje y de contrainteligencia, destinados a evitar que el enemigo obtenga información secreta o comprometida y, en general, a crear una pantalla de desinformación. Y entonces entran en juego la criptografía, la ocultación de códigos, las operaciones encubiertas, las técnicas de engaño, los agentes dobles y la contravigilancia: en lugar de arrestar a los sospechosos de espionaje, es mucho más provechoso vigilarlos para averiguar lo que saben, qué traman, dónde van y con quién se reúnen. Y el juego, parafraseando a Kipling, no cesa ni de día ni de noche.

De hecho, del éxito de la gran operación de engaño tendida a los nazis para salvaguardar el desembarco de Normandía no solo fue responsable el ejército fantasma de la 23.ª Compañía de Tropas Especiales. También tuvo mucho que ver un agente español llamado Joan Pujol, conocido entre los alemanes por el nombre en clave Arabel y por los británicos como Garbo, cuya historia y cuya habilidad para el artificio pueden resultar —aunque parezca mentira— aún más sorprendentes que las de los primeros.

Nacido en Barcelona en 1914, durante la guerra civil española su familia fue maltratada por los republicanos, que arrestaron a su madre y a su hermana católicas acusándolas de contrarrevolucionarias. El joven Pujol consiguió desertar al bando nacional, pero allí fue golpeado y arrestado por su coronel por declararse a favor de la monarquía. Ambos hechos marcarían su historia futura: el desprecio que sentía tanto por el fascismo como por el comunismo se transformó en animadversión contra la Alemania nazi y la Unión Soviética, y decidió luchar contra ellas como lo había hecho hasta entonces, sin disparar una sola bala. En 1940, durante los primeros días de la Segunda Guerra Mundial, y enfrentándose al régimen de Franco, dio los primeros pasos para situarse del lado del Reino Unido en su lucha contra el Tercer Reich. Se acercó a los británicos en hasta tres ocasiones, pero en todas ellas mostraron su desinterés por emplearlo como espía. De modo que ofreció sus servicios a Alemania, haciéndose pasar por un funcionario del gobierno español, fanático pronazi, con la intención última de servir como espía doble para los aliados. La Abwehr, la inteligencia militar alemana, no se demoró en admitirlo. Le dio un curso acelerado de espionaje, lo instruyó en las técnicas de escritura cifrada y le encomendó su primera misión: había de viajar a Gran Bretaña y reclutar allí una red de agentes al servicio del Reich. Sin embargo, Joan Pujol no tenía intención de instalarse en suelo británico, porque desconocía el idioma y porque no le hacía ninguna falta su presencia allí para lo que pensaba hacer. En su lugar, se trasladó a Lisboa y sin moverse de esa ciudad —sirviéndose de una guía de turismo del Reino Unido, de revistas de una biblioteca pública y de los noticiarios que lograba ver en los cines— comenzó a viajar imaginariamente por todos los rincones de Inglaterra. A enviar a los alemanes falsos informes sobre movimientos de barcos. A remitirles relaciones de sus supuestos gastos de viaje. Y a tejer toda una red de subagentes ficticios. Sus informes fueron interceptados y su carácter contradictorio con la realidad llamó la atención de la contrainteligencia británica, que puso en marcha un plan de caza del espía sin escatimar en medios. No obstante, fue el propio Pujol quien volvió a contactar con ellos. Y, ahora sí, en abril de 1942 comenzó a trabajar oficialmente como agente doble para el frente aliado.

Garbo empezó a operar siguiendo la línea iniciada en Lisboa. Su trabajo principal continuaba siendo mantener ante los alemanes la credibilidad de la red de agentes que había conseguido reclutar para ellos, algunos de los cuales se suponía que eran personas influyentes, que poseían información muy valiosa. Entre sus espías ficticios estaba William Gerbers, un empresario suizo-alemán; Dagobert, un nacionalista galés que lideraba el grupo fascista Hermanos del Orden Ario Mundial en Swansea; Chamillus, un camarero gibraltareño que vivía en Chislehurst, Londres; Benedict, un estudiante venezolano en Glasgow; Moonbeam, la hermana de Benedict que vivía en Ottawa, Canadá; un primo de Moonbeam y de Benedict residente en Buffalo, Nueva York… Como es de imaginar, la dificultad estribaba en que debía confeccionar informes constantes de todos y cada uno de los espías que iba inventando, y tenían además que ser coherentes entre sí. Llegó a crear veintisiete agentes diferentes. A veces, tenía que improvisar razones que explicaran por qué alguno de sus espías no había sido capaz de informar sobre alguna operación que había acabado llegando a oídos de los nazis. O anticiparse, excusando que uno de sus agentes había caído enfermo justo antes de un importante movimiento de flotas. Algunos de estos informadores fantasma habrían de terminar muriendo, en aras de la verosimilitud, y más de una viuda imaginaria estuvo recibiendo durante años de los alemanes la pensión del agente fallecido. Las viudas, claro, quedaban automáticamente incorporadas a la plantilla de espías de Garbo.

Quién iba a adivinar, unos pocos años antes, que el espía catalán llamado Joan Pujol se acabaría convirtiendo en una de las veinte personas en todo el mundo que conocerían la fecha y el lugar exacto del desembarco de Normandía.

En enero de 1944 los alemanes le habían comunicado que creían inminente una invasión a gran escala en Europa, y le pedían que los mantuviera informados. Así fue como Pujol pasó de una manera natural a formar parte del gran engaño que se pergeñaba contra Hitler: ahora habría de hacerle creer que la invasión aliada tendría lugar en el Paso de Calais, y que los movimientos en torno a Normandía solo eran en realidad una maniobra de distracción para atraer a su ejército en la dirección equivocada. Con este objetivo, Garbo pone a funcionar a su maraña de espías

inexistentes. Y desde esa fecha hasta el Día D, retransmitirá más de quinientos mensajes de radio, a veces más de una veintena de mensajes por día, informando a todas horas de la constante llegada de tropas estadounidenses y canadienses a los puertos ingleses. El Führer creerá ciegamente en Arabel y enviará a la costa escandinava dieciséis divisiones alemanas, que permanecerán inactivas hasta mediados de junio. Si bien, el mismo 6 de junio de 1944, el español, con el visto bueno de Eisenhower, no tiene más remedio que informar a los nazis del desembarco aliado en Normandía para no ser descubierto. Lo hizo a las cuatro de la madrugada con un mensaje en código secreto. Los alemanes tardarían al menos cuatro horas en recibir la noticia, descodificarla y volverla a cifrar. Para entonces la invasión ya estaba en marcha.

El propio Adolf Hitler en persona remitió más tarde un mensaje de felicitación a Arabel, agradeciéndole la información y los servicios prestados. Y hasta el día de su muerte, el canciller alemán continuaría creyendo que el desembarco aliado en Normandía, y no en Calais, solo se debió a un cambio de estrategia de última hora.

Arabel fue galardonado con la Cruz de Hierro por sus servicios extraordinarios a Alemania el 29 de julio de 1944.

Garbo recibió la medalla de la Orden del Imperio Británico de la mano del rey Jorge VI el 25 de noviembre de 1944.

Joan Pujol fue la primera persona en conseguir ambas distinciones.

Cinco años más tarde, después de separarse de su mujer, con la que había tenido tres hijos, se certificó su muerte a causa de la malaria en Angola. No obstante, aunque ningún otro sujeto pensante que quedara al otro lado de su cráneo lo sabía, ni siquiera los servicios de inteligencia británicos, su defunción no era más que otra de sus imposturas. Con el dinero que obtuvo por su labor en la guerra —consiguió que el gobierno nazi desembolsara un total de 340.000 dólares para pagar a sus agentes imaginarios—, tras fingir su muerte se trasladó a Venezuela, donde abrió una librería, volvió a casarse y tuvo otros tres hijos. Su familia española ignoraba que estuviera vivo. Su familia venezolana no sabía quién había sido. A veces, entre bromas, les confesaba que hacía tiempo fue un agente secreto.

—Fui el espía que acabó con el Tercer Reich —les decía.

—¿Dónde? ¿En Europa?

—Claro, yo fui el hombre que salvó al mundo. —Así lo acabaría bautizando años más tarde la prensa internacional.

—Y ¿cómo lo lograste?

—Con mi imaginación.

Y todos se echaban a reír.

Tan solo una persona sospechó de aquel final tan novelesco en Angola, propio de alguien que quiere desaparecer. Fue el autor de libros de espionaje Nigel West —los novelistas entienden mejor que nadie la naturaleza ficcional de la realidad—, quien en los años setenta inició una investigación que le llevaría más de una década. Se entrevistó con varios exagentes de inteligencia militar, sin resultados; nadie parecía conocer el verdadero nombre de Garbo. Al fin, en primavera de 1984, dio con su pista. Y poco después consiguió reunirse en Nueva Orleans con el contraespía redivivo en persona.

Después de aquella conversación, Joan Pujol decidió viajar a Londres, donde fue recibido como un héroe por la Corona en los salones de Buckingham Palace.

Sus hijos, de ambas familias, supieron quién era por los periódicos.

LAS MENTIRAS DE LA POLÍTICA

La política es el arte de hacer creer al pueblo falsedades saludables con un buen fin, aseguró una vez un hombre.

Ese mismo hombre, unos párrafos atrás, había comenzado su reflexión hablando de la disposición fisiológica de los seres humanos hacia la mentira, para continuar proclamando que un arte tan útil y tan noble como el de mentir debería tener, al igual que el resto de las disciplinas, su propia entrada en la *Enciclopedia*, que sirviese de guía para todo político que pretendiera alcanzar la gloria en los siglos venideros. Con un fino sentido de la ironía, prosiguió detallando una posible clasificación de las mentiras más usadas por los políticos de su época, y facilitando una buena suma de consejos para que las mentiras funcionaran mejor, se extendieran más rápido o durasen más tiempo. Cuando terminó, sonrió medianamente satisfecho, tamborileó con los dedos un instante sobre la mesa y encabezó su opúsculo con el título de *El arte de la mentira política* (1712).

Sin embargo, como si la mismísima mentira se hubiera enojado con quien había revelado los trucos de sus más insignes embajadores en la tierra —los políticos y demagogos—, tal y como si se tratara de una maldición, en algún punto entre su escritorio y la imprenta su nombre se extravió y no volvió a aparecer en la cubierta del libro. Durante los tres siglos siguientes, este ensayo sobre la falsedad se atribuiría falsamente a Jonathan Swift. El desliz no fue tan inopinado como pueda parecer, porque el señor Swift mantenía una estrecha amistad con el verdadero autor de la obra. Ambos eran por lo tanto escritores, ambos irónicos, uno era irlandés y el otro escocés. Si bien el segundo se llamaba John Arbuthnot y a todas luces no estaba dentro del cuerpo de Swift, sino —como todos— atrapado en el interior de su propia cabeza.

La política es el arte de hacer creer al pueblo falsedades saludables con un buen fin, aseguró una vez el señor Arbuthnot[10].

Y es cierto que el debate sobre si se debe ocultar o no la verdad al ciudadano por su propio bien, si hay que engañarlo para protegerlo, ha estado ahí desde siempre, desde la aparición de la propia política. Es una cuestión muy anterior a la Ilustración, que ha rondado la mente de los pensadores desde los tiempos de la *polis* griega, desde *La República* de Platón y la *Política* de Aristóteles. Y, a la vista de los usos y costumbres de los gobiernos del mundo, no podemos decir que en la actualidad sea un tema zanjado.

Aunque necesitamos adoptar una perspectiva mucho mayor para poder abordar el problema. Si, como hemos visto, la mentira es un elemento consustancial a toda acción humana, formará entonces parte de la política de una manera mucho más profunda. Y no solo porque siempre se haya considerado una herramienta necesaria y justificable para la labor de los hombres de Estado, que han de velar por los ingenuos ciudadanos. En cuanto nos detenemos un instante a estudiar las primeras y más optimistas aproximaciones, comprobamos en seguida que en la definición clásica ya estaba el engaño agazapado: la política es una actividad que usa la palabra y la persuasión para convencer a los otros de algo que nos afecta a todos. Esto es: un intento de embaucar a los demás mediante el uso de la metáfora para que crean en las propias ficciones. Y en seguida, cuando la historia nos hizo desconfiar de la condición humana, los nuevos enfoques más pesimistas y maquiavélicos no solo no renunciaron a persuadir a los otros, sino que aspiraron a hacerlo por la fuerza: el príncipe tiene que imponerse mediante el poder, porque la política consiste en intervenir en los conflictos entre personas, intereses y distintas visiones del mundo.

La mentira se encuentra pues por igual en los dos posibles planteamientos de la política, en los cooperativos y en los conflictivos. La única diferencia es, por lo tanto, si se acabará imponiendo mediante la retórica o mediante la coacción.

Ambas tendencias políticas, la que busca el consenso y la que se centra en nuestro antagonismo, han coexistido desde que somos seres sociales. Incluso en los grupos de primates sin capacidad lingüística podemos observar cómo hay individuos que consiguen la subordinación de los demás solo por su capacidad de liderazgo, mientras que otros son obedecidos por

el uso de la violencia y la fuerza bruta. El pensamiento mítico y religioso escogió la dominación carismática; el patriarcado y el feudalismo, la dominación por la fuerza; los Estados aprendieron a recabar para sí el monopolio de la violencia legítima dentro de un territorio. Y estas tres formas de relación entre gobernantes y gobernados se dan siempre, en distinta combinación, en todos los momentos históricos y en las sociedades actuales. Si bien fue la crisis que desde finales de la Edad Media venía persiguiendo a la Iglesia, y que culmina con el Gran Cisma de Occidente, la que hizo que los reinos más poderosos del momento —Francia, España, Inglaterra— comenzaran a reorganizar sus estructuras hasta convertirse en lo que conocemos como los Estados modernos europeos[11]. Cuando la capacidad de convicción del cristianismo decrece, las instituciones de estas monarquías empiezan a ordenarse alrededor de otro viejo conocido: la guerra. En el Renacimiento, el ejército se convierte en la primera necesidad del monarca europeo, hasta el punto de consumir casi la totalidad de los ingresos de la Corona. La maquinaria militar creará asimismo a su alrededor toda una estructura de soporte fiscal, de asesores, recaudadores, inspectores, que darán origen a la burocracia moderna. La Iglesia comprende rápido la nueva situación que la relega a un segundo plano y, para conservar parte de su poder y el control sobre la soberanía de los monarcas, se apresura a legitimar la autoridad de estos por derecho divino. Esta justificación, a la que la realeza sabrá sacar partido, consolidará todo un subgénero literario —y ficcional— conocido como «Espejo de Príncipes», destinado a ensalzar las virtudes de los gobernantes, su sabiduría, su justicia, su magnanimidad, su prudencia.

El florentino Nicolás Maquiavelo entendía esta coyuntura y nunca consideró a la Iglesia un enemigo del Estado. Al contrario, sabía que si se la utilizaba con habilidad podía convertirse en uno de los instrumentos del gobernante para garantizar la obediencia de los súbditos. Sin embargo, Maquiavelo aborda siempre la política desde una perspectiva conflictiva. En su «espejo» publicado en 1531, *El Príncipe*, deja claro que para él todos aquellos que deseen hacer política deberán internarse en la senda del mal y estar dispuestos a renunciar a la ética para conseguir objetivos mayores. Considera que el hombre es perverso por naturaleza, que solo lo mueven el

egoísmo, los intereses individuales y su propio bienestar, y que su ambición lo hace cometer actos criminales de toda índole. De modo que aquel que dirija un Estado deberá comenzar por asumir que todos aquellos con quienes trate mostrarán esta naturaleza en cuanto tengan ocasión, y, en consecuencia, prepararse para cualquier cosa. Al príncipe no habrá de importarle ser cruel o incurrir en vicios infames sin los que difícilmente le sería posible salvar su reinado. El príncipe no habrá de tener en consideración lo justo o lo injusto, sino que se limitará a tomar aquel camino que salve la patria y no le importará más que la justicia del resultado final. El príncipe podrá obrar contra la fe, contra la caridad, contra la humanidad, contra la religión. Y sin embargo, no deberá salir nunca de su boca cosa alguna que no lo haga parecer ante los demás todo bondad, todo integridad, todo humanidad, todo religión.

Lo primordial, en definitiva, no será que el príncipe posea estas cualidades, que de hecho resultan perjudiciales. Sino que parezca poseerlas. Todos ven lo que pareces, afirmará Maquiavelo, pero pocos comprenden lo que eres.

Y, desde luego, acertó a dilucidar como nadie tanto la necesidad de impostura como la dimensión mentirosa que entraña la política.

> De un tiempo a esta parte, yo no digo nunca lo que creo, ni creo nunca lo que digo. Y si se me escapa alguna verdad de cuando en cuando, la escondo entre tantas mentiras que es difícil reconocerla (Nicolás Maquiavelo, carta al gobernador Francesco Guicciardini, 1521).

Nada de lo anterior debe ser interpretado como que todos los Estados, por el solo hecho de poseer el monopolio de la invención de las normas y del uso público de la fuerza, hayan de derivar siempre en un totalitarismo. Son muchos los modelos posibles de Estado, y en todos ellos coexisten —aunque en distinta proporción— la mentira y la violencia.

Los gobiernos más libres, entre sus distintas formas de dirigir al ciudadano, priorizarán por supuesto las técnicas del engaño y la manipulación.

Mientras que los más despóticos elegirán no explicar sus mentiras e imponerlas mediante la coerción.

En *El arte de la mentira política*, John Arbuthnot trató de analizar los diferentes tipos de engaño que utilizaban los políticos de su tiempo, la

Inglaterra parlamentaria del siglo XVIII en la que ya discutían los mismos partidos liberal y conservador que hoy siguen disputándose el poder. Y llegó a distinguir tres clases de falacias: la «mentira calumniosa», que es la que trata de arrebatar a un hombre la reputación que se ganó justamente, por temor a que la utilice contra lo que se cree que es bueno para el pueblo; la «mentira por aumento», que atribuye al personaje político mayor reputación de la que le pertenece; y la «mentira por traslación», que transfiere el mérito de una buena acción, o el demérito de una mala, de una persona a otra. Cuando en lugar de hacia los políticos las mentiras eran dirigidas hacia el pueblo, señaló otras tantas: las que espantan e infunden terror, que no deben repetirse con demasiada frecuencia si no se quiere anular su efecto; las que animan y enardecen, que han de ser variadas y respetar la verosimilitud; y las falsas promesas, que pueden reconocerse cuando los poderosos aseguran algo con demasiada insistencia, juran y perjuran, ponen una mano sobre el hombro, abrazan y sonríen.

También reflexionó Arbuthnot en su obra sobre los medios de los que disponían los políticos para inventar, difundir y multiplicar sus tipos de mentiras. No obstante, en su época estos no pasaban de los libelos y de los chismes difamatorios. Poco después, la Revolución industrial del siglo XIX haría que los pasquines fijados en las plazas de repente parecieran un recurso del Medievo. La invención de la linotipia y el desarrollo de la prensa escrita permitieron renunciar a la oralidad como principal fuente de difamación, y la mentira se extendió con una rapidez y una efectividad nunca antes vistas. Por supuesto, los gobiernos, que son los únicos con derecho legal para acuñar las mentiras oficiales, mantuvieron siempre un especial control sobre los periódicos. En el siglo XX, con la llegada de los *mass media*, y en concreto de la televisión, esta difusión alcanzaría una escala antes inimaginable. Que aún habría de llegar más lejos cuando, en las primeras décadas de nuestro siglo, las nuevas tecnologías de la información consiguieran llevar las verdades inventadas hasta cada bolso o bolsillo, hasta cada mesita de dormitorio, hasta la palma de la mano de cada ciudadano, mediante la comercialización de los teléfonos inteligentes.

Comparada con las mentiras del siglo XXI, la tipología del engaño de Arbuthnot nos parece candorosa y demasiado confiada. Pero ¿cómo podría

haber imaginado que las técnicas de la publicidad de la era posindustrial se pondrían al servicio de la propaganda política? Aunque a nosotros pueda parecernos algo normal, hubo un tiempo en el que los candidatos políticos no iban acompañados de un equipo de *marketing* tan solo dedicado a estudiar el espectro de sus electores, a escribir discursos políticos para ellos, a averiguar cómo ganar votos alterando el contenido del programa electoral, a diseñar estrategias y comprar espacios en los medios de comunicación, a analizar los puntos débiles del partido opositor, a enseñar a su candidato cómo hablar, cómo gesticular, qué leer, cómo mantenerse de pie frente a las cámaras, qué no decir, cómo vestir o cómo maquillarse. Semejante exceso de artificio y de vana simulación podría haber desconcertado a un hombre del Siglo de las Luces. ¿Quién podría haber adivinado entonces que las tecnologías digitales serían capaces de transformar la realidad? El ciudadano contemporáneo ni siquiera puede fiarse de lo que ve con sus propios ojos. Y en la red de redes y sus inagotables senderos que se bifurcan, conviven sin molestarse todas las verdades y sus opuestas.

En el mundo libre, los gobiernos disponen de más instrumentos que en ningún otro momento de la historia para imponer su verdad y así no tener que recurrir a la fuerza. La variedad de medios de manipulación a su alcance es casi ilimitada; si bien todos ellos pasan por una necesaria primera premisa: la ciudadanía ha aceptado esta manipulación como algo natural e inevitable. La propia complejidad de las sociedades avanzadas se ha convertido en otro de estos recursos para el engaño, porque el exceso de información y de hiperrealidad confunde a los individuos y facilita un tupido entramado en el que esconder el fraude. Es casi imposible seguir la pista a una mentira, adecuadamente falseada, a través de la tortuosa maraña de nuestra nueva realidad. Y lo que es más, si alguna vez se sorprende a un gobierno mintiendo, tampoco pasa nada[12].

En un grado intermedio, las democracias mínimas han desarrollado estructuras coercitivas que imposibilitan que el ciudadano pueda tomar la más insignificante decisión política. La mayoría de ellas se sustentan en la partitocracia, una perversión de la democracia que reduce la libertad del electorado a votar siempre a la misma oligarquía partidista. Esta oligarquía acapara *de facto* todo el poder y simula una apariencia demócrata mediante

la alternancia turnista; es decir, el ciudadano solo puede escoger entre A o B, sin que ninguna de las dos opciones sean dignas o satisfactorias. Como si esta reducción de la dimensión política de las personas resultara insuficiente, en el supuesto caso de que un gobierno electo incumpliera además todos y cada uno de los puntos del programa electoral, que es lo único que el ciudadano puede votar cada cuatro años, tampoco ocurriría nada. Los mecanismos de control vertical han sido desactivados. Debido a que la clase política se reserva toda la competencia en la creación de las leyes, estas nunca van dirigidas contra el propio oligarca, sino contra el ciudadano que denuncie el sistema. No se crearán leyes, por ejemplo, que condenen a los dirigentes políticos que se hayan asociado con los poderes económicos para su propio provecho y en contra del interés general; en cambio, se perseguirá con toda la fuerza de coacción del Estado a los ciudadanos que pretendan señalar la corrupción del sistema mediante la desobediencia civil. En estos modelos, por supuesto, el sistema es la verdad.

La política es el arte de hacer creer al pueblo falsedades saludables con un buen fin, sí. Pero ¿un buen fin para quién? Nadie dijo que fuese para el propio pueblo. En las democracias mínimas, el buen fin de las mentiras no es más que el beneficio y lucro personal de los políticos.

La diferencia entre estas democracias débiles no participativas y la tercera posibilidad política, la de los modelos totalitarios, es que estos últimos ejercen la violencia contra toda la sociedad de una manera mucho más cruenta y generalizada. Y que, al contrario que en las anteriores, en este otro extremo de la balanza apenas existe obligación de disimular respecto a quién decide qué es verdadero y qué es falso.

Sin embargo, no debemos olvidar que aún queda otro rasgo fundamental que define a todos los totalitarismos: y es que en ellos nadie es libre de elegir sus propias mentiras.

El Estado totalitario impone una mentira única. Intenta hacerse con el control absoluto de la prensa y de los medios de comunicación, en un afán de intervenir en cada uno de los relatos que se construyen en torno a la realidad y los hechos del presente. Pretende asimismo supervisar la literatura, el arte y los símbolos, como los grandes generadores de ficción que son. Y se empleará a fondo en su particular reescritura de la historia.

Por último, la aspiración más extrema del totalitarismo es siempre quebrantar la libertad individual de cada hombre y de cada mujer, echando abajo la barrera protectora de sus mentiras privadas y tratando de decidir también cuáles serán sus fantasías, sus sueños y sus ficciones personales.

Nadie debería poder imponernos una ilusión. Todos tenemos derecho a elegir qué mentiras creemos.

---

[10] Tuvieron que transcurrir trescientos años para que la autoría de John Arbuthnot quedase esclarecida. Pero todo parece indicar que no es posible retar a la mentira y adentrarse en los territorios de lo falso, y aun así salir indemne. Recientemente, una editorial española —que no voy a nombrar aquí, aunque me temo aparecerá en la bibliografía— volvió a publicar *El arte de la mentira política*. Lo hizo con una cuidada edición bilingüe, e incluyó en su interior un prólogo en el que, al fin, se esclarecía el malentendido más allá de toda duda y se devolvía la paternidad del ensayo al maltratado señor Arbuthnot. Sin embargo, increíblemente, acaso por lo impronunciable del apellido, por cuestiones de engañoso *marketing* o por otras razones que en cualquier caso los editores no aclaran, en la cubierta del libro una vez más vuelve a figurar un solo y único nombre, con letras bien grandes: Jonathan Swift.

[11] Existen, no obstante, precedentes de Estados —entendidos como organizaciones institucionales que acaparan el poder legal de coerción sobre las personas— aún muy anteriores: el antiguo Egipto, el Imperio romano, la China imperial, Bizancio o el Imperio otomano serían algunos ejemplos.

[12] En el año 2002, los Estados Unidos y el Reino Unido iniciaron una campaña de propaganda —a la que luego se uniría España— que afirmaba la existencia de armas de destrucción masiva en Irak. A pesar de que según los informes del Comité Conjunto de Inteligencia no existía «indicio alguno de que Sadam Husein plantease una amenaza mayor que en 1991, tras la guerra del Golfo», los dirigentes de estos países continuaron adelante con la campaña. Y con esta excusa, en marzo de 2003 invadieron Irak y derrocaron a Husein. Estos gobiernos democráticos necesitaban la justificación de la amenaza de las armas, porque la imposición de un cambio de régimen en otro país habría sido un motivo legalmente inaceptable para invadirlo. A la invasión siguió una guerra que duró más de ocho años. Las armas de destrucción masiva nunca aparecieron. Según un informe del Center for Public Integrity, el gobierno presidido por Bush incurrió en un total de 935 declaraciones falsas entre 2001 y 2003 acerca de la supuesta amenaza de Irak a los Estados Unidos. La guerra tuvo como resultado una crisis humanitaria con abusos de derechos humanos y la muerte violenta de más de un millón de personas, en su mayoría civiles iraquíes. Y pese a todo, hoy por hoy, esta mentira todavía no ha tenido nunca consecuencias penales o políticas para ninguno de los tres jefes de gobierno implicados.

EL COMERCIO Y LA ECONOMÍA

Quizá fuese Oliver Stone, con su película *Wall Street* (1987), quien más contribuyó a poner de moda la lectura de *El arte de la guerra* de Sun Tzu entre los economistas. En los años noventa, un amplio sector no demasiado habituado a leer nada más allá de índices bursátiles y estudios de rentabilidad, conformado por agentes de bolsa, inversionistas, hombres de empresa, jóvenes emprendedores y motivados aspirantes a brókeres, adoptaría inesperadamente esta obra milenaria sobre táctica militar como libro de cabecera. Y así ha continuado siendo hasta nuestros días, lo que nos permite hacernos una idea del fundamento teórico y humanista del que goza el financiero medio. Y, sobre todo, del enfoque en general que se le ha venido dando en el último siglo a la economía.

No obstante, mucho antes de que economía y estrategia bélica quedaran íntimamente ligadas, la mentira ya se hallaba presente en las más elementales prácticas del comercio.

Las primeras formas de trueque se dan, de hecho, entre comunidades rivales; no existen casos documentados de intercambio dentro de un mismo clan. Cuando los primeros asentamientos de ganaderos-agricultores comienzan a disponer por primera vez de tiempo libre, la imaginación humana no puede evitar entregarse a la fabricación de nuevos productos, inventa herramientas y artilugios, crea cerámicas, fetiches y objetos de arte. De manera que nuestros excesos fantasmáticos dan lugar a un excedente material, que no es de consumo directo y que más tarde llamaremos riqueza. Por entonces, dentro de una misma comunidad el reparto de estos bienes es igualitario y no existe la propiedad privada, por lo que este excedente se usará para adquirir cosas más necesarias del clan rival. Los primeros trueques surgirán pues en un contexto de desconfianza y de competencia, donde cada uno de los bandos implicados pretenderá obtener

la mayor ventaja posible sobre su contrario, tratando de no ser engañado y de negociar a su favor.

Cuenta Herodoto que los cartagineses desembarcaban sus mercancías en un lugar de la costa libia, más allá de las Columnas de Hércules (con probabilidad la Costa de Oro en Ghana, entendiendo Libia como África y las Columnas de Hércules como el estrecho de Gibraltar), y que allí las dejaban desplegadas sobre la arena de la playa. Después, volvían a sus embarcaciones y avisaban de su presencia con una columna de humo. Los indígenas iban hasta la orilla, examinaban las mercancías y dejaban junto a ellas el oro que creían justo como pago. Entonces, los indígenas se alejaban, los cartagineses volvían a tierra y estudiaban la oferta. Si la aceptaban, cogían el oro y se marchaban; si no, lo dejaban allí, sin retirar tampoco su género, y regresaban de nuevo a sus navíos a esperar que aumentaran la oferta. Con este método de «comercio silencioso» o «trueque mudo» era posible mantener el regateo entre pueblos de distintas lenguas. Y es muy probable que un sistema similar viniera repitiéndose desde épocas anteriores a la propia capacidad del lenguaje; es el mismo procedimiento universal que usan los mbuti para intercambiar carne por bananas con los bantúes, los esquimales en Alaska, o los boulou y los pigmeos en los senderos del sur de Camerún. Siempre en unas condiciones iniciales de recelo, en las que cualquiera de los partícipes es susceptible de ser engañado. Y, de hecho, solo se está a salvo del fraude cuando se pretende establecer relaciones a largo plazo. En el caso contrario, el regalo inicial depositado en las inmediaciones de un pueblo extraño, con la esperanza de que sea correspondido, podía ser tan solo el señuelo con el que los embaucadores tendían su trampa.

Los fenicios, que comerciaron por todo el Mediterráneo ejerciendo prácticas honestas y estableciendo vínculos perdurables, también eran al mismo tiempo tratantes de esclavos: los cuales, antes de adquirir su condición, no hubieron de ser otra cosa que extranjeros demasiado confiados, que probablemente permanecieron junto al señuelo en lugar de retirarse a esperar y a quienes resultó más fácil engañar. En cambio, en los lugares más seguros, donde a los fenicios les interesaba asentarse y mantener relaciones con los nativos, instauraron mercados. En todos los

mercados aun anteriores a la moneda —egipcios, chinos, fenicios, africanos — el engaño y el regateo eran de uso común. El comerciante siempre desea vender su producto por el máximo importe posible, lo que implica necesariamente que le asigne un valor superior al que sabe que tiene. El adquirente tendrá la obligación de regatear, esta vez sirviéndose de las manos si no conoce el idioma, y de ofrecer un valor inferior al que sabe que corresponde. El comerciante expondrá la mercancía procurando que tenga la mejor apariencia posible, colocando delante la más fresca o vistosa y ocultando detrás la que está en peor estado. El comprador exagerará las imperfecciones de cualquier artículo para lograr que el canje se incline a su favor. El comerciante voceará las virtudes de su género, ponderando todo lo posible sus cualidades e inaugurando, de este modo, las más tempranas manifestaciones de la protopublicidad.

Pero luego, cuando la riqueza de las primeras sociedades agrarias empiece a acumularse en unas pocas manos, cuando la división del trabajo que se perfiló con la revolución neolítica acabe de tomar forma en la Revolución industrial, incrementando una vez más la riqueza y las distancias entre los hombres, entonces, desde la infraestructura económica emergerá una superestructura quimérica —especulativa, ideológica, política, jurídica, coercitiva— que parecerá tener vida propia. Y ningún individuo podrá volver a dominarla jamás.

Será una ficción que tendrá más peso en la vida de los seres humanos que cualquier cosa concreta.

La superestructura dará lugar, en sus primeros estadios, a las clases sociales. Y en el último, a las finanzas y a la especulación. Es decir, a la posibilidad de que se perpetre un intercambio de capital abstracto entre empresas, multinacionales o gobiernos abstractos, tras los que se encubrirán algunos individuos concretos.

La economía especulativa estará completamente alejada de aquellos hombres que comerciaban con sílex, sal, oro, cobre, semillas de lino, aceite o caballos, pero seguirá necesitando del valor abstracto del sílex, de la sal, el oro, el cobre, las semillas de lino, el aceite o los caballos criados, cultivados o extraídos por las personas reales. Especulará con los valores de todo aquello que pueda ser producido por otros hombres. Con todo lo que

posean esos hombres. Incluso con el suelo donde vivan esos hombres. Porque ahora el suelo, el agua, el aire, la energía, pertenecerán a personas jurídicas, empresas y Estados. La economía especulativa puede hacer que el suelo donde vives pase a valer tanto que necesites el trabajo de toda una vida para pagarlo. La economía especulativa puede hacer que el valor de tu trabajo merme tanto que necesites sumar tu trabajo de toda una vida al trabajo de toda la vida de tu cónyuge para poder pagar el lugar donde vives. La economía especulativa puede hacer, al fin, que la propiedad que comprasteis con el trabajo de dos vidas completas se devalúe tanto que vuestros hijos solo hereden nuevas deudas inasequibles.

Mediante su inmensa mentira, el especulador financiero, que se mueve como pez en el agua en la ficticia superestructura económica, política y jurídica, puede vivir una vida regalada entre lujos y excesos sin nunca llegar a producir nada en absoluto. Tan solo tiene que limitarse a mentir. Ni siquiera tiene que someterse a un horario laboral y mentir durante muchas horas al día. Bastará con que mienta unos minutos de tanto en tanto, para que el precio ficticio del lino, del aceite o de los caballos reales, producidos o criados con el sudor de personas reales, se dispare o se hunda. Cuando el precio se dispare, las ganancias de las compras y las ventas abstractas, llevadas a cabo en mercados abstractos, serán para el especulador. Cuando el precio se hunda, acaso el especulador también obtenga beneficios vendiendo a un cuarto o quinto intermediario, pero el productor real de los bienes reales habrá quedado arruinado. Quizá no pueda pagar la factura del agua, que ahora es de otros. Quizá no pueda pagar los impuestos que gravan el suelo y las calles, que son de otros. Quizá pierda su casa, que siempre perteneció a las entidades bancarias. Quizás le quiten a sus hijos. Quizá acabe con sus huesos en la cárcel.

Entonces, ese hombre destruido con la complicidad de los gobiernos se preguntará por qué su plantación de lino o de olivos, que hasta ayer era rentable, ha dejado de repente de ser buena para nadie. Cómo ha sido eso posible, si él no ha hecho otra cosa que levantarse temprano y trabajar de sol a sol, como hizo su padre y antes su abuelo. ¿Qué cambio ha hecho que esto pueda suceder? ¿No se esmeró como siempre al elegir las semillas y los abonos? ¿No ha hecho buen tiempo este año y la cosecha ha sido

generosa? ¿Y no se la ha vendido al mismo comprador que conoce desde niño?

En realidad, la pregunta es otra. ¿Tenía el productor real de los bienes alguna capacidad de decisión sobre las mentiras que se estaban gestando en torno a aquello a lo que dedica su vida? Ninguna. Las mentiras bursátiles están del todo fuera de su alcance.

El agricultor tiene el mismo poder de intervención sobre la bolsa de valores que el ciudadano sobre las decisiones políticas en una falsa democracia.

¿Por qué entonces han de asumir ellos una responsabilidad legal que corresponde a otros?

No nos engañemos. No es solo porque la gran mentira del especulador financiero esté blindada por entelequias fabulosas, como la prima de riesgo, la tasa de interés, los créditos *subprime*, las cláusulas suelo, las cláusulas sobre intereses de demora, la deuda pública, la crisis de liquidez, el rescate financiero a la banca o la inflación.

Es, como se ha dicho, porque cuenta con la connivencia de quienes inventan las leyes.

BREVE HISTORIA DE LA FALSIFICACIÓN

Desde su primer acto intelectivo, el ser humano está condenado a falsificar la realidad en su mente. De forma que todas las actividades más propiamente humanas, tal y como hemos venido viendo, se asentarán sobre la mentira y ayudarán a la creación de la gran superestructura cultural que flota sobre nuestras cabezas.

No obstante, existe entre los tipos de falsificaciones humanas intencionadas al menos una que no va dirigida al ámbito de lo hipotético, sino que tiene como propósito fabricar adulteraciones materiales concretas.

El experto falsificador se servirá de la imitación para hacer pasar sus obras por otras, a las que —solo en cuanto a objeto imitado— llamamos verdaderas. Y sus motivaciones serán tan diversas como nuestros campos de actividad: religiosas, económicas, bélicas, políticas e incluso, como veremos después, artísticas.

La primera de estas posibilidades se dará en cuanto el pensamiento mítico produzca una religión y esta empiece a contar con el suficiente número de seguidores. Una religión recién inventada necesitará en seguida de un acervo de pruebas tangibles, que allanen a los escépticos la difícil transición de lo físico a lo metafísico. Por eso el cristianismo primitivo, a partir del primer siglo desde su fecha de creación, se entregó febrilmente a la confección de sus propios textos sagrados que lo diferenciasen del judaísmo. Después seguiría la natural criba propia de las luchas por el poder: en el siglo II los rabinos judíos aprobaron su propio canon, admitiendo en el *Tanaj* o Biblia hebrea tan solo libros anteriores a Jesús; en el siglo IV, en cambio, la Iglesia Católica sumaría a esos mismos textos del Antiguo Testamento los cuatro Evangelios que estimó que ofrecían una visión unívoca de sus creencias, y desestimó todos los demás. Es decir, canonizó cuatro y pasó a considerar como herejes otros más de cincuenta

Evangelios, a los que desde ese momento empezaría a llamar «apócrifos». En un principio, el término «apócrifo» (de *apó,* 'lejano', y una vez más de *kryptos,* 'críptico', 'oculto') solo tenía connotaciones de secreto, escondido, reservado a las miradas, si bien la Iglesia pronto desplazaría su significado hacia lo falso. No obstante, reparemos en que en cuanto a su autoría, todos y cada uno de los Evangelios son apócrifos, pues todos fueron redactados por personas anónimas y firmados con otros nombres. Y en cuanto a textos revelados por una entidad sobrenatural, todos y cada uno de ellos son falsificaciones. Solo el transcurso del tiempo los ha dotado de al menos una condición que permite hablar de autenticidad: esto es, en cuanto vestigios históricos.

También durante aquellos primeros siglos del cristianismo comenzaron a aparecer otro tipo de objetos, las reliquias. En su afán de legitimación, los prelados dieron inicio a una fase de acopio que tenía un fin un tanto escabroso: atesorar cualquier parte, por pequeña o visceral que fuese, de los cuerpos de los santos, así como cualquier prenda o efecto que hubiera tocado el cuerpo de un santo. Estas reliquias eran motivo de veneración, pero no tardarían además en cobrar un valor mercantil. Y fue entonces cuando tuvieron lugar las que con probabilidad se convirtieron en las primeras falsificaciones masivas de la historia. El fin religioso fue quedando en un segundo plano para el falsificador, que tan solo consideró el valor comercial. Hubo peregrinos y mercaderes que hicieron de estas transacciones su medio de vida. Hubo monasterios enteros dedicados a la producción y exportación de reliquias. Se impuso la costumbre de incluir en la liturgia el aceite bendecido que ardía en los lugares sagrados de Jerusalén, o en las lámparas de las tumbas de santos y mártires. Y los santos óleos se multiplicaron. Hubo asimismo órdenes militares cristianas, como la Orden de los Templarios, que empezaron escoltando reliquias y acabaron haciendo de su comercio por todo el Mediterráneo su principal fuente de financiación; distribuían y vendían miles de ampollas de aceite santo, piezas de la corona de espinas, fragmentos de la vera cruz. La proliferación de los pedazos de la santa cruz supuestamente auténticos fue tal a lo largo de la Edad Media, tantos siglos después de que Jesucristo fuese crucificado, que en su *Tratado de las reliquias* (1543) Calvino llegó a decir: «Si quisiéramos

recoger todo lo que se ha encontrado habría como para cargar un gran barco. El Evangelio atestigua que la cruz podía ser portada por un hombre. Qué desfachatez llenar la Tierra de tal cantidad de fragmentos de madera que trescientos hombres no podrían transportarlos». Los clavos de la crucifixión, que no hubieron de ser más que tres, cuatro según las teorías más generosas, se reprodujeron tanto como la madera. Existen más de una docena de santos griales de los que Cristo bebió en la última cena. Solo en Italia, Francia y España hay diecisiete sábanas santas. La leche con la que la Virgen María amamantó a su hijo se extendió de tal forma por iglesias y conventos durante el Medievo que uno se pregunta quién y en qué circunstancias extrajo semejantes cantidades. Se han contabilizado sesenta y dos dedos de San Juan Bautista. Es más, según el número de iglesias que exhiben el relicario autentificado con su verdadero cráneo completo, este santo tenía exactamente veintiocho cabezas.

La demanda de reliquias adquirió unas dimensiones difíciles de satisfacer. De modo que para que el negocio resultase realmente lucrativo, además de considerar las piezas capitales, se hubo de emprender el comercio a granel de otros artículos más sencillos de producir y más difíciles de verificar: las limaduras de los clavos de cualquier santo que hubiese sido crucificado, los saquitos de tierra de cualquier tumba sagrada, los pedazos de tela de los hábitos de los mártires, el pelo, los dientes o los restos de uñas de hasta el último beato. El equivalente en nuestros días a semejante actividad falsificadora no podría ser otro que la manufactura de bolsos, gafas de sol, perfumes y ropa de marcas de imitación, destinados a su venta en todo tipo de centros comerciales, puestos ambulantes y mercadillos.

Pero entre el primer y el último hito, la historia de la falsificación con fines económicos logró encontrar otros muchos filones. Por un lado, de forma casi simultánea a su aparición, se empezó a falsificar el propio dinero. Al principio, como las monedas tenían valor en sí mismas según el metal del que estuvieran hechas, bastaba con calibrar su peso para saber si habían sido forjadas con metales más viles o si se habían rebajado sus cantos tratando de escamotear un poco de metal precioso. Hasta no hace mucho, todavía se conservaba el gesto de morder las monedas para

comprobar si se doblaban. Con la aparición de los billetes y de las modernas tecnologías, el proceso de falsificación se ha ido volviendo cada vez más sofisticado, lo cual no impide que todos los años circulen casi un millón de billetes falsos en el ámbito internacional. En este mismo sentido, también se han falsificado desde siempre títulos nobiliarios y de propiedad, contratos, avales y cartas de refrendo, testamentos y credenciales. Y del mismo modo, en cuanto ciertos libros, por raros, únicos o antiguos, comenzaron a incrementar su valor, también el oficio de copista fue siendo poco a poco reemplazado por el de falsificador: de códices, de manuscritos iluminados o miniados, de incunables en los años de la invención de la imprenta. Entre los círculos de coleccionistas y bibliófilos se han llegado a pagar verdaderas fortunas por algunos volúmenes. Y, en algunas ocasiones, la singularidad de las falsificaciones ha hecho que estas terminen alcanzando una cotización superior a la de los originales.

Algo similar ha sucedido con la otra gran veta para los imitadores con ánimo de lucro: la falsificación de obras de arte. Hay quienes afirman que el célebre falsificador húngaro Elmyr de Hory —que llegó a vender más de un millar de cuadros falsificados y a quien Orson Wells llevó al cine con su ensayo documental *Fraude (F for Fake*, 1973)— se veía obligado a pintar peor de lo que sabía a propósito para que de esta forma su falsificación se pareciera más al original. De Hory logró vender una falsificación de Matisse incluso al meticuloso Fogg Art Museum de la Universidad de Harvard. Y, sin duda, si hubiera nacido en el Renacimiento, o en cualquier otra época que apreciara más el arte como mímesis, le habría ido en vida muchísimo mejor de lo que le fue. Lo mismo le habría ocurrido a Hans van Meergeren, que también consiguió vender un falso lienzo de *Los discípulos de Emaús* de Vermeer a un museo de Róterdam. En cambio, ambos nacieron en los tiempos de la Segunda Guerra Mundial. A De Hory lo detuvieron los nazis por su doble condición de judío y de homosexual, en el interrogatorio la Gestapo le rompió una pierna y más tarde lograría escapar del hospital. Tras años de persecuciones y de condenas en medio mundo, y de vivir explotado por otros estafadores que le pagaban mínimas fracciones de sus ventas millonarias, acabaría suicidándose. Por otra parte, la casualidad quiso que el fundador de la Gestapo, el comandante Hermann

Göring, adquiriese por 850.000 dólares una de las supuestas telas de Vermeer pintadas por Meergeren. De manera que cuando terminó la guerra, Hans van Meergeren fue encarcelado por sus propios compatriotas, acusado de entregar a los alemanes el patrimonio nacional neerlandés. El imitador se vio en la tesitura de confesar que aquel, y otros muchos cuadros semejantes, no eran más que falsificaciones de su propio puño. Sin embargo, ninguno de los peritos de arte que intervinieron en el juicio le dio la razón: aquellos cuadros eran verdaderos. Al desesperado Meergeren tan solo le quedó una salida: pintar ante la mirada incrédula de todos los testigos un nuevo Vermeer, que lo exculparía de una vez por todas de colaboracionismo con el enemigo y lo libraría de la pena de muerte. Lo que no imaginaba, cuando se autoinculpó de la estafa que lo condenaría a la cárcel, era que su corazón no podría resistir el proceso.

Y, con todo, ninguna de estas falsificaciones de arte tenía un fin artístico en sí misma. Eran solo la forma como se ganaban la vida los artistas a quienes no acompañaba la suerte. Una escultura griega, vendida como tal sin serlo, es un intento de fraude económico, por mucho que quien la haya esculpido sea Miguel Ángel. De hecho, antes de que su *Cupido durmiente* fuese adquirido por el cardenal Raffaele Riario, Miguel Ángel había seguido el consejo que le brindó Lorenzo di Pierfrancesco de Médicis:

—Si consigues darle el aspecto de haber estado enterrada mucho tiempo —le había dicho—, yo podría enviarla a Roma, donde la tomarían por antigua y podrías venderla mucho mejor.

Así lo hizo. La obra fue enterrada y tratada para su envejecimiento, y el cardenal acabaría pagando por ella hasta doscientos ducados. El marchante de arte responsable de la operación, sin embargo, solo envió treinta a Miguel Ángel: el resto se lo cobró en concepto de comisión porque había descubierto que se trataba de un timo, por mucho que con el tiempo aquella transacción terminara enriqueciendo aún más al ya rico Vaticano.

A lo largo de la Segunda Guerra Mundial, en los preludios de la posmodernidad, las falsificaciones con propósitos bélicos no se limitaron ni mucho menos a la confección de un ejército de tanques, cañones y aviones hinchables por parte de los aliados, sino que se contaron por centenares en uno y otro bandos. Por decenas de millares, si consideramos en este

apartado toda la falsificación de documentos que exigía el espionaje y el contraespionaje. Y tampoco podemos decir que el Tercer Reich fuese en absoluto menos imaginativo a este respecto que las naciones de la coalición[13]. Los alemanes llegaron incluso a falsificar dinero como estrategia de guerra, y no con fines lucrativos personales. Entre los muchos planes secretos de los nacionalsocialistas para derrotar a las potencias enemigas se encontraba la Operación Bernhard, que tenía como propósito colapsar la economía británica mediante la producción de hasta 300 millones de libras esterlinas en billetes falsos de 5, 10, 20 y 50 libras. Esta operación, con la que obtendrían nuevos fondos para seguir sufragando su guerra a la vez que provocaban el caos financiero en Gran Bretaña, supuso el primer caso en la historia de un Estado que ponía su capacidad técnica al servicio de la falsificación de papel moneda. Las copias resultantes eran de tanta calidad que, aunque la maniobra no tardó en ser descubierta, el gobierno británico no tuvo más remedio que ocultar este ataque a su economía y dejar que los billetes introducidos hasta ese momento circularan durante años. De un modo gradual, el Banco de Inglaterra fue sustituyendo los diseños de sus propios billetes y reteniendo las falsificaciones, las cuales, años más tarde, cuando han aparecido en subastas, se han vendido por cantidades muy superiores a su valor nominal.

Muy cercanas a las falsificaciones con fines bélicos se hallan también, y por último, aquellas cuya motivación es política. Los documentos falsos que acusaban a Irak de estar en posesión de armas de destrucción masiva ¿tenían fines militares o más bien su objetivo era la justificación política ante la ciudadanía y ante la comunidad internacional? Los gobiernos que recurren a la falsificación y a la manipulación de los medios informativos lo suelen hacer para justificar sus actos ante sus ciudadanos o ante sus rivales políticos, en el caso de las democracias, o para homogeneizar y dar consistencia a su mentira única ante sus súbditos, en el caso de las tiranías. Pero sobre todo, unos y otros, los laxos y los severos, desde la antigüedad hasta la edad contemporánea, han usado siempre las prácticas espurias para construir sus identidades nacionales. La reescritura de la historia ha sido siempre una obsesión de los seres humanos y de todos los pueblos con una

ambición de imagen identitaria. Y no hay una cultura en ningún rincón del mundo que no se sustente en leyendas ficticias y en falsedades.

Las primeras epopeyas nacionales, como el *Poema de Gilgamesh* o la *Ilíada* de Homero, mezclaban los elementos fantásticos con supuestos hechos históricos. Los cantares de gesta medievales, como *Beowulf* en Inglaterra, el *Cantar de los Nibelungos* en Alemania o el *Cantar de mio Cid* en España, trataban mediante la mentira de ensalzar las hazañas de un héroe que pudiera servir de modelo para sus sociedades. Y no será hasta la invención de los nacionalismos, a finales del siglo XVIII, cuando esta situación se verá fatalmente agravada. Es a partir de la Revolución industrial cuando los poderes políticos y económicos dominantes inventan unas comunidades imaginadas que sirvan aún mejor a sus intereses. Aprovechan la expansión de la imprenta para escribir una historia a su medida, que acentúe las diferencias —basadas en la raza, la lengua, la religión o cualquier otro aspecto— según convenga; que rescate héroes del pasado a los que no se había prestado ninguna atención; que reescriba los hechos, los himnos y los mitos nacionales; y sobre todo que dé forma a un buen número de imperdonables ofensas. Los nacionalismos incurrirán siempre que sea necesario en la falsificación de documentos y de imágenes[14]. Estos registros primordiales serán luego respaldados con una nueva bibliografía, que nace ya a su servicio y que irá aumentando con el tiempo. Pero lo importante es que los ultrajes en los que se fundan las enemistades estén siempre presentes, vivos y supuestamente documentados. Los nacionalismos estuvieron en el germen de la Primera Guerra Mundial, fueron imprescindibles en el surgimiento de los fascismos y del estalinismo y la causa de la Segunda Guerra Mundial y de todas las guerras de independencia. Y, junto con el interés económico y el fervor religioso, explican la práctica totalidad del resto de los conflictos armados. Los nacionalismos de todas partes del planeta siempre comparten al menos cuatro de sus consecuencias: hacer más poderosa a la clase política; enriquecer aún más a la clase económica dominante y empobrecer a las clases medias y obreras; exacerbar los ánimos y el odio entre quienes son vecinos; y resultar incomprensibles, frívolos o superficiales para los foráneos más lejanos.

El afectado por el nacionalismo de cualquier bandera está deseoso de ver aquello que quiere creer. Y adoptará como suyos todos los argumentos que estime que favorezcan a su causa, aunque no se haya tomado tiempo de analizarlos ni conozca su procedencia. Por esa razón la víctima de esta quimera es especialmente sensible a la manipulación y a la falsificación.

En consecuencia, en un mundo en el que cada vez es más difícil dar crédito a lo que ven nuestros propios ojos, el único modo de evitar la falacia identitaria es tomar distancia. Y tratar de ver desde la mirada desapasionada del observador extranjero.

O mejor todavía, dar siempre por hecho que todos mienten.

---

13 No debemos olvidar que ellos fueron, sin ir más lejos, los creadores del Ministerio de Propaganda (1933), que Joseph Goebbels conseguiría convertir en la más precisa maquinaria de falsificación y transformación de la verdad. Este organismo pronto encontraría sus réplicas en el Secretariado de Propaganda Nacional (1933) de Portugal, en el Ministerio de la Cultura Popular (1937) de Italia o en la Vicesecretaría de Educación Popular (1941) de España, y en buena medida serviría de inspiración a George Orwell para crear su Ministerio de la Verdad. También es cierto, aunque el gran público continúe desconociéndolo, que el autor de *1984* se valió sobre todo de su propia experiencia en la BBC para ilustrar cómo funcionaban los mecanismos de censura y de qué manera podían ser utilizadas las mentiras con fines políticos. No en vano la sala más terrible de toda la novela, destinada a doblegar el pensamiento mediante la tortura, lleva el nombre de su propio despacho en la compañía de radiodifusión británica: la habitación 101.

14 Quizá una de las primeras y más famosas manipulaciones fotográficas con fines nacionalistas pertenezca a la historia de la Unión Soviética (cuya historiografía por otra parte es una de las más accidentadas del siglo XX, por cuanto tiene de extrema manipulación, reescritura y falsificación). La foto en cuestión fue tomada el 5 de mayo de 1920, durante un discurso de Lenin a las tropas soviéticas frente al Teatro Bolshói de Moscú. En la imagen original aparecía León Trotski situado junto al púlpito. Sin embargo, tras el ascenso al poder de Stalin, Trotski se convirtió en una «no persona», en un innombrable que al igual que la mayoría de los líderes de la revolución ya no podía figurar en impreso alguno. Y, en efecto, acaso mediante el uso del escalpelo y el aerógrafo, finalmente Trotski desapareció de la fotografía.

EL ARTE COMO FALSIFICACIÓN

Cuando, conscientes de que todo es un engaño, nos dejamos llevar por la mera voluntad de ilusión, aparece el arte.

El dueño natural del relato, del símbolo y de la metáfora es el artista. Por eso es el mejor capacitado para hablar de la realidad; no para tratar de alterarla en su propio interés, no para doblegarla, no para diseccionarla tratando de dominar su funcionamiento; para hablar de ella.

Al igual que el pensamiento mítico y religioso, la creación artística no es más que otro accidente de nuestra inteligencia como rasgo evolutivo. Pero el artista se deja subyugar tanto por la mentira que, al reconocer que no hace otra cosa que ficción, es precisamente quien menos miente.

Como todo ser humano, desde el momento en el que intenta representar la realidad está originando una falsificación. Mediante la representación mental primero, mediante el nuevo salto metafórico a la obra después. Sin embargo, la obra de arte se diferencia de todas las demás falsificaciones en que ella es el fin en sí misma. En cuanto el artista reconoce su falsedad, concede a la obra una independencia y autonomía inéditas. Tan solo si la intención creativa se desviara de este planteamiento y buscase obtener cualquier otro tipo de beneficio —el artista que plagia a otro para lucrarse, el artista que imita a otro para tratar de arrogarse su prestigio social, el artista que pone su talento al servicio de un régimen político, el artista que se vende—, podríamos hablar de una falsificación como todas las demás.

También el artista que se olvida de su engaño, y cree que su obra es tanto o más real que aquello que representa, habría pasado a autoengañarse y estaría desvirtuando la condición del arte. La realidad es una gran mentira. El arte es una mentira sobre la mentira. Y el artista ha de permanecer siempre consciente de ser un mentiroso que miente por mentir, desinteresadamente.

La tentación de reproducir o superar la realidad ha supuesto una trampa para los artistas durante siglos, tanto más por cuanto, desde los primeros bisontes de las cavernas hasta el Renacimiento, el arte ha sido entendido sobre todo como mímesis. Aristóteles ya sostenía en su *Poética* que todas las artes son una imitación, y que tan solo difieren entre sí por el objeto que imitan o por los distintos modos que emplean para imitar. Sin embargo, esta definición del arte como copia lleva a muchos malentendidos. Es célebre y a menudo recordado el episodio de aquellos dos pintores del siglo V antes de Cristo, Zeuxis y Parrasio, que según cuenta Plinio el Viejo se enfrentaron en una competición que ayudase a esclarecer quién de entre ambos era el mayor artista. Zeuxis pintó unas uvas tan reales que, al exponerlas ante el público, las aves de los árboles cercanos se apresuraron a volar hasta allí para picotearlas.

—¿A qué esperas? Descubre tu pintura —se impacientó Zeuxis, advirtiendo que su contrincante no movía un dedo para retirar la cortina que ocultaba su lienzo.

Cuando se acercó con la intención de apartar él mismo el velo, tuvo que reconocer la victoria de Parrasio: con sus uvas tan solo había conseguido engañar a unos pájaros tontos, pero con aquella cortina minuciosamente pintada su rival había conseguido engañar a otro artista.

Entender el hecho artístico como un simple ejercicio mimético, como una habilidad especial para reproducir fielmente el modelo imitado, es reducirlo a la condición de artesanía. Y, con todo, este ha sido el enfoque que ha predominado durante la mayor parte de la historia de la humanidad. Es cierto que sobre esta perspectiva esencial se fueron añadiendo otras muchas categorías que paliaran las carencias de la definición, como lo bello, lo trágico, lo sublime, lo patético, lo irónico o lo cómico. Y entre todas ellas lo bello, sobre todo lo bello. No obstante, todas estas categorías, incluida por supuesto la idea de belleza, son por completo subjetivas. En el mejor de los casos, subjetivas de un modo trascendental. Pero dependen del sujeto humano que las proyecta, y por lo tanto son solo mentiras o bien transitorias, cuando obedecen a las modas o al capricho del gusto, o bien apriorísticas y biológicas, cuando vienen impuestas por los modelos de percepción y entendimiento de nuestra especie.

Durante todo este largo intervalo histórico, el artista tradicional estuvo pues supeditado a la doble tiranía de la imitación y de la belleza, con las innumerables limitaciones que cada una de ellas conlleva a la hora de crear. Su única opción era obedecer una consigna universal que parecía impelerle a que hiciese la realidad más bella de lo que era, o a que crease una segunda realidad aún más bella que la primera. En esta estrecha concepción, el arte no solo dependía de la intencionalidad, el talento y la percepción subjetiva del artista, sino de la idea de belleza imperante en cada una de las culturas y épocas en las que se encontrase inserto.

La liberación de la tiranía de la belleza no llegó hasta el siglo XX, con la aparición de las vanguardias. Hasta la edad contemporánea el hombre no comprende que el arte no tiene por qué ser bello. Hasta ese momento no se da cuenta de que el arte no tiene por qué limitarse a imitar la realidad. Es más, la imitación es una de las formas más elementales de la falsificación, que apenas aporta nada nuevo ni supone un verdadero reto creador. Por supuesto, los girasoles de Van Gogh ya no eran los girasoles del mundo real o exterior; pero la forma en que irrumpe el cubismo en el devenir artístico es mucho más rupturista. El cubismo tiene por objetivo principal demostrar su descarada oposición a la idea de belleza clásica, por eso incluso llega a suprimir los colores y las emociones de los impresionistas. De la misma manera que el dadaísmo tratará de romper con el imperio de la lógica, al tiempo que introducirá en la poesía o la escultura todo tipo de materiales no convencionales que renueven las posibilidades expresivas.

Los movimientos de las vanguardias no consiguieron eliminar las normas y ficciones que rigen el funcionamiento del arte, precisamente porque son estas ficciones las que hacen posible su existencia. No obstante, su ataque frontal a las viejas convenciones significó una ampliación normativa sin precedentes, que liberó la imaginación humana como nunca antes había sido posible. En las artes del último siglo se han explorado caminos jamás transitados con anterioridad, y los mecanismos creativos involucrados en el proceso nunca habían sido tantos. Aún hoy se continúan produciendo obras miméticas, sí, pero estas han perdido su estatus privilegiado ante la crítica, y el público que sigue prefiriéndolas siempre

frente a las otras solo lo hará si ha permanecido ajeno a todos estos cambios.

Para el artista contemporáneo ahora todo se antoja posible.

Sin embargo, el descubrimiento de la ausencia de limitaciones estéticas no lleva en absoluto a la desaparición de las normas. Por un lado, porque el artista siempre pertenece a un contexto histórico; siempre, también hoy, convive con un cúmulo de mentiras y de ilusiones a las que está sujeto, y que algún día se disiparán para dar paso a un nuevo paradigma. Y por otro, porque lo único que diferencia al objeto artístico de cualquier otro objeto creado por el hombre —doméstico, artesanal, industrial, comercial— son precisamente las normas y el conjunto de teorías que se reúnen en torno a él. El objeto en sí mismo, desprovisto de todas estas ficciones, no es arte. Necesita de una comunidad artística que lo acredite como tal. Necesita de un corpus crítico que lo distinga, que reflexione sobre él, que explique por qué en este preciso momento de su contexto histórico es arte y cuáles son las cualidades que lo hacen superior o inferior a otras obras artísticas. El arte, por lo tanto, siempre requiere de la acción humana a su alrededor: de la intencionalidad del artista, de la interpretación del lector o espectador, de la justificación de la crítica. Necesita de un marco preceptivo, por mucho que en la época actual este se haya ampliado y haya tomado en consideración factores que nunca antes se habían tenido en cuenta.

Y entre las cuestiones que ahora se valoran como determinantes en el acto artístico está la conciencia del artista del propio proceso creador. Su conciencia de que está haciendo arte y de que para ello se sirve de la falsificación. Su intencionalidad artística frente a la económica, que es la que mueve, por ejemplo, al mero fabricante de urinarios. Su voluntad de ilusión. El artista encuentra placer en crear sus ficciones sabiendo que son ficciones. Y también los receptores de la obra son capaces de obtener placer de la mentira. Quien contempla una obra conceptual sabe que se le está proponiendo un juego de reinterpretación y de construcción sobre lo real, que no se encuentra en un retrato o en una naturaleza muerta. El voraz consumidor de escenas de violencia extrema en el cine es, en la inmensa mayoría de los casos, incapaz de mantener la mirada cuando una situación similar se produce en la realidad, o cambia de canal cuando un informativo

emite una muerte en directo, porque su capacidad de placer estético distingue entre lo que es y no es ficción.

La propia posmodernidad, en gran medida, es una reflexión sobre esta conciencia de la mentira. El artista clásico crea mediante la metáfora. El artista posmoderno construye una metáfora sobre la metáfora. Y es consciente de la condición metafórica, circunstancial, mentirosa y metamentirosa de lo que hace. La posmodernidad supuso, sin duda, un enorme salto cualitativo en la evolución de nuestra actividad cultural. Si bien su gran problema es que aún permanece deslumbrada con su propio descubrimiento: la metáfora de la metáfora de la metáfora. Y no parece capaz de salir de su bucle y su onanismo.

Hará falta una perspectiva mayor, todavía invisible a los ojos de los coetáneos, que nos conduzca a un nuevo periodo en el que podamos llevar más lejos el arte. Más lejos al menos para nosotros. Porque el arte siempre será un acto humano creado para los humanos. La obra artística para la naturaleza —para un pájaro, para un huracán que atraviesa las ruinas, para lo que quiera que sea el noúmeno o la cosa en sí— no es en nada distinta a cualquier otro artefacto. Tan solo podría serlo si existiera una divinidad a nuestra imagen y semejanza que pudiera comprender nuestros actos. No existe ningún nivel distintivo o elevado en ningún objeto en sí mismo. Esa superioridad de las obras de arte solo es tal para la comunidad en la que fueron concebidas. No es otro sino el propio mundillo del arte, conformado por los creadores, galeristas, marchantes, expertos y críticos de arte, el que inventa las normas que rigen sobre el hecho artístico. Será arte lo que ellos digan que es arte, y su dictamen tendrá un peso específico para el resto de su sociedad. Una vez derrocadas las dictaduras de la belleza y de la mímesis, y suprimidas también el resto de las limitaciones de los cánones estéticos, lo único que puede conferir su estatus a la obra de arte es el juicio de los agentes implicados. La valoración de los distintos actores del juego y la eficacia del aparato crítico generado en torno a cada autor y cada obra.

LA LITERATURA COMO FALSIFICACIÓN

La idea de la falsificación, siendo como es parte consustancial del arte, ha estado presente en la historia de la literatura desde sus orígenes.

Los mecanismos de verosimilitud, entendidos como aquellos destinados a paliar la falsedad del relato, son elementos intrínsecos a toda narración, sea esta oral o escrita. Porque la función del poeta no será contar los hechos que han sucedido, al contrario, como también anunciaba Aristóteles en su *Poética,* será relatar aquellos hechos que *podrían* suceder y hacerlo de una forma verosímil. Por otro lado, no podemos dejar de tener en cuenta que en el mundo grecolatino, donde se entendía la creación artística como una actividad mimética, la originalidad absoluta era una aspiración imposible y, en muchos casos, indeseable. Algunos pensadores, entre ellos Séneca, percibían la tradición literaria como un patrimonio común de todos los escritores, del que podían tomar, copiar o transformar lo que les apeteciera, y aconsejaban evitar las citas explícitas y esconder la materia apropiada. Y la conciencia del juego, del artificio y de la estética de la falsificación no hará sino intensificarse a lo largo de los siglos.

Toda literatura es plagio, propondrá al fin Borges.

La imaginación es combinación y, en gran medida, el avance y el desarrollo de la literatura se habrán de producir entonces por la vía de la intertextualidad, a partir de la comunicación entre los textos, que será la que permita un crecimiento acumulativo. Unos autores se comunicarán con los otros a través de sus obras y de un sinfín de técnicas relacionadas con el plagio —la imitación, la cita, el *collage*, el juego de espejos, el *fake*, el *remake*— que son pura y esencialmente literarias. Ningún escritor se ruborizará ante el uso de estos recursos, sino que las miradas a otras obras se interpretarán como homenajes, y las mutaciones y alteraciones, como nuevas posibilidades del juego. Por eso, desde la antigüedad abundaban ya los manuscritos que relataban falsos viajes a otros continentes o a la luna. O

los bestiarios de historia natural que describían con detalle criaturas del todo inventadas. O las citas espurias de libros inexistentes, que funcionarán como pistas falsas o como invitaciones a seguir imaginando sin límites en el laberinto interminable. En los tomos de *Gargantúa y Pantagruel* (1532-1564), Rabelais enumera más de ciento cincuenta obras imaginarias. También Voltaire, Jonathan Swift, Nabokov, Lovecraft, Borges o Stanisław Lem son aficionados a multiplicar esta rara especie de libros ficticios.

Jorge Luis Borges escribió un cuento con la forma de una reseña sobre una novela inexistente, «El acercamiento a Almotásim», con el cual logró engañar hasta a sus propios amigos durante años. También el mencionado «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius» y «Examen de la obra de Herbert Quain» reinciden en el análisis de textos que nunca fueron escritos, llegando a insinuar que la falsificación podría constituir un modo efectivo de creación —o recreación— del mundo. En «Pierre Menard, autor del Quijote», Borges reflexiona sobre la posibilidad de que la copia de una obra, espontáneamente creada en otro contexto histórico, pueda ser al mismo tiempo idéntica y distinta de la original.

> El texto de Cervantes y el de Menard son verbalmente idénticos, pero el segundo es casi infinitamente más rico.

Las posibilidades creativas de la adulteración y de los procedimientos falsarios son inacabables. También el polaco Stanisław Lem confeccionó una curiosa biblioteca de libros imaginarios, compuesta por cuatro volúmenes: *Vacío Perfecto* (1971), *Magnitud Imaginaria* (1973), *Golem XIV* (1981) y *Provocación* (1982). En ellos, en medio de un alud de datos de apariencia científica que procuran la sensación de verosimilitud, consigue armar una estructura de prólogos, reseñas, compendios y pastiches que hacen las delicias de cualquier lector que desee aprender a perderse.

Pero incluso si llevamos la impostura lo más lejos posible, hasta la mismísima firma o la identidad del autor, continuarán apareciendo y desplegándose nuevas facetas del hecho artístico. Así, un escritor no solo puede ocultar su nombre tras un seudónimo, sino que en su lugar puede aprovechar esta sustitución para dar forma a un heterónimo: es decir, a un personaje inventado, con personalidad propia y aparente autonomía, cuya

principal función será la de firmar determinadas obras de su creador. Sería el caso de Monsieur Teste, personaje engendrado por Paul Valéry «durante una época de embriaguez de la voluntad y entre extraños excesos de autoconciencia». O de Honorio Bustos Domecq, autor ficticio creado por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, que firma cuatro de sus libros en colaboración y que también dispone de su propia biografía. Antonio Machado llegaría a concebir hasta treinta y tres heterónimos, entre los que quizá el profesor de gimnasia y retórica Juan de Mairena, o el también sevillano Abel Martín, poeta, filósofo y alumno del primero, sean los más conocidos. El portugués Fernando Pessoa logró sostener en el aire nada menos que a setenta y dos heterónimos, desde los célebres Alberto Caeiro, Álvaro Campos, Bernardo Soares o Ricardo Reis hasta las ramificaciones de Thomas Crosse o Pero Botelho.

Y si el autor quiere además falsificarse a sí mismo, también puede hacerlo. Por un lado, las técnicas de la autoficción implican necesariamente la deformación y la falsificación del yo, que poco a poco se ve diluido en la historia hasta fundirse en un todo indistinguible, realidad y ficción a partes iguales. Y por otro, los escritores tendrán siempre al alcance la oportunidad de ir construyendo un personaje de sí mismos en cada una de las entrevistas que concedan a los medios, de nuevo cada vez más desdoblados y más alejados de quienes son en la intimidad.

Pero entonces ¿de verdad todo vale? ¿No hay un límite para los métodos literarios del engaño? Sí, claro que lo hay. Al menos en cuanto a fenómeno artístico. *El Quijote* de Avellaneda, por ejemplo, es decir, la falsa segunda parte titulada *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quixote de La Mancha* y firmada por un tal Alonso Fernández de Avellaneda, es un caso sustancialmente distinto de los más arriba enumerados. Esta obra puede o no contener atributos y cualidades literarias, pero desde el momento en el que trata de apoderarse de un proyecto ajeno en marcha, mediante su rápida publicación en 1614, desde que intenta beneficiarse del éxito de la auténtica primera parte y lo consigue, e incluso desde que se revela como un ajuste de cuentas contra el propio Miguel de Cervantes, todos estos aspectos la desplazan fuera del ámbito de la literatura. Aunque la frontera es difusa, en cuanto que sus fines sean interesados, el engaño puede dejar de ser artístico

para convertirse en fraude. De la misma manera que muchos de los plagios de los últimos años han dejado de ser juzgados por la crítica literaria, para pasar a serlo en los tribunales[15].

Cambian las intenciones, cambian los jueces. Porque hay mentiras y mentiras.

Sin embargo, tanto en el arte en general como en la literatura en particular, debido en parte a todas estas posibilidades ficcionales que ambos arrastran consigo, se hará en ocasiones difícil distinguir entre las mentiras mayores y menores, entre el engaño sublime y la estafa. La mentira es el signo más distintivo de inteligencia, pero su actual complejidad parece habernos abocado al límite de nuestra capacidad de mixtificación. A todo lo cual hay que añadir que la probada condición coyuntural del arte obliga a las grandes ficciones artísticas no solo a convivir con otras tantas mentiras más mezquinas, sino a veces incluso a auparse sobre ellas. Desde el momento en el que los criterios de validación de la obra de arte dependen de la propia comunidad artística, el creador se verá empujado a introducirse en los circuitos de la reputación y a participar en el juego del prestigio. Y la farsa, la retórica, las intrigas, la difamación, la vanagloria y otros ardides harán aparición de nuevo.

Serán tantos y tan diversos los factores implicados en la consagración de un autor que la sensación de que todo el proceso está dominado por el azar se vuelve inevitable.

Aun con todo, sabemos que algunas obras de arte universales han trascendido el tiempo y las culturas, y eso nos da cierta sensación de que existe una especie de justicia. De que el tiempo pone las cosas en su lugar. Una ilusión de posteridad. Pero no es más que un viejo anhelo, por más calidad que atribuyamos a esas obras, tanto al crítico como al filósofo del arte les costará encontrar cualidades por completo independientes de los cánones de las comunidades humanas que las designaron como artísticas.

Y por cada autor que el tiempo rescata, olvida injustamente a millares[16].

Ya ha quedado dicho: en el arte no existe la justicia y el tiempo no coloca a todos en su lugar.

En cualquier caso, ¿qué extraña cosa podría ser la posteridad en un mundo en el que hasta el presente es pura apariencia?

[15] Entre los casos recientes más sonados en la prensa, se encontrarían los de Vázquez Montalbán, condenado por plagio en una traducción; Alfredo Brye Echenique, condenado por plagiar dieciséis artículos periodísticos; el premio Nobel Camilo José Cela, encontrado culpable por los juzgados de Barcelona de apropiarse de los contenidos de otra novela participante en el mismo Premio Planeta del que resultó ganador; Lucía Etxebarria, condenada por plagiar a Antonio Colinas y que ha vuelto a ser demandada en diversas ocasiones; Arturo Pérez-Reverte, a día de hoy condenado por la Audiencia Provincial de Madrid, pese a la existencia de tres sentencias previas a su favor. Del todo distinto a los anteriores, por sus fines y motivaciones, sería el caso de *El Hacedor (de Borges)*, *Remake*, de Agustín Fernández-Mallo, que nunca fue acusado de plagio; sin embargo, la viuda y legataria de Borges, María Kodama, en una pasmosa muestra de incomprensión del conjunto de la obra que custodia y del funcionamiento de la literatura, exigió que este homenaje intertextual fuese retirado de las librerías.

[16] Sería imposible citar a los miles de escritores cuyos nombres no han llegado a nuestros días, o cuya obra fue destruida hace siglos. Pero, por mencionar solo algunos de cuyas obras aún disponemos, ¿acaso el tiempo ha puesto donde le correspondería al argentino Macedonio Fernández? ¿Al peruano Julio Ramón Ribeyro? ¿Al mexicano Rafael Bernal? ¿Al uruguayo Mario Levrero? Y en España, ¿de verdad hemos hecho justicia con los fantásticos Álvaro Cunqueiro, Rafael Dieste, Wenceslao Fernández Flórez o Joan Perucho?

¿Se ha portado el tiempo tan bien como realmente debería con escritoras como Murasaki Shikibu, autora de la primera novela de la historia de la literatura? ¿Con María de Zayas, escritora del Siglo de Oro y autora del Decamerón español? ¿Con Amandine Aurore Lucile Dupin, que se vio forzada a firmar con el seudónimo masculino de George Sand para no ser considerada una artista menor? ¿Forman ya parte del canon Elizabeth von Arnim, Concha Espina, Grazia Deledda, Willa Cather, Mary MacLane, Isak Dinesen, Vicki Baum, Dorothy Parker, Florbela Espanca, Rosa Chacel, Zelda Fitzgerald, Nina Berbérova, María Teresa León, Ernestina de Champourcín, Christina Stead, María Virginia Estenssoro, Irène Némirovsky, Irmgard Keun, Mercè Rodoreda, Jean Stafford, Elena Garro, Natalia Ginzburg, Shirley Jackson, Estrella Alfon, Mavis Gallant, Taeko Kōno, Elizabeth Hardwick, Amparo Dávila, Maria Gabriela Llansol, Brigitte Reimann, Joan Didion, Agota Kristof, Alejandra Pizarnik, Edith Pearlman, Lucia Berlin, Hebe Uhart, Joanna Russ, Angela Carter, Verity Bargate, Ama Ata Aidoo, Joy Williams, Adelaida García Morales…?

LOS MAESTROS DE LA SOSPECHA

Y aquí estamos de nuevo, estimado lector, después del largo viaje. Empezando a abordar por fin el estado de la cuestión en nuestro momento presente.

Por eso creo oportuno que, antes de que acabemos de aproximarnos a nuestra forma de estar hoy en el mundo, hagamos un último repaso de cómo hemos llegado desde Descartes hasta donde nos encontramos. La realidad que dejamos fuera entonces, cuando quedamos atrapados en el interior del sujeto pensante, era férrea, inamovible y unívoca. Por el contrario, lo que ahora se despliega a nuestro alrededor parece mucho más incierto, el reflejo de una realidad conjetural y fluctuante. Pero ¿cuáles han sido los grandes cambios que nos han arrojado hasta nuestra justa situación?

Fue Paul Ricoeur, en *Freud: una interpretación de la cultura* (1965), el primero en hablar de Marx, de Nietzsche y de Freud como los tres «maestros de la sospecha» que lograron arrancar la máscara a la vieja verdad, los grandes artífices del cambio que pusieron al descubierto la crisis de la filosofía moderna y denunciaron la mentira de la conciencia. Marx, al señalar la ideología y los intereses económicos como la quimera que nos devolvía una conciencia invertida del mundo. Nietzsche, derribando el concepto mismo de verdad y transmutando los valores. Freud, relegando el consciente y la razón a una parcela inferior de nuestra mente, y devolviendo la irracionalidad al lugar primordial que le correspondía. Sin embargo, el triple desenmascaramiento apuntado por Ricoeur no era ni mucho menos tan simple, sino que formaba parte de un movimiento de dimensiones bastante mayores. De una manera más o menos simultánea —entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX— los pensadores, investigadores y científicos que, sin mantener necesariamente relación entre sí ni conocer la mayoría de las veces sus respectivos trabajos, pusieron su obra al servicio de esta misma causa conformaron una pequeña multitud. La

práctica totalidad de las disciplinas humanas sufrieron a la vez la misma crisis y el mismo proceso de reconstrucción. Como solo puede ocurrir con una especie que permanece conectada por un entramado invisible, por la imbricada maraña de la cultura, todos los campos y parcelas de nuestro conocimiento vivieron al mismo tiempo un seísmo similar, en el que la verdad, el hombre y la razón eran una y otra vez destronados. Nuestra dimensión ficcional nos asemeja a una colonia de insectos. Y la humanidad, como el superorganismo que es, había llegado al momento de la transformación.

Sería del todo excesivo dar pormenorizada cuenta aquí del complejo proceso de cambio que sufrió nuestra cultura respecto a su visión de sí misma. Me limitaré por lo tanto a trazar un brevísimo recorrido por las distintas disciplinas que lo protagonizaron, para que podamos hacernos apenas una idea de cómo fue el hundimiento del mundo antes de renacer tal y como lo conocemos.

Corría el año 1845 cuando, no solo el ámbito de la filosofía, sino también los de la economía y la ciencia política, se preparaban para experimentar una inesperada e intensa sacudida con la gestación de *La ideología alemana,* que aún no vería la luz hasta décadas más tarde. En aquel tomo de medio millar de páginas, concebido en colaboración con Engels, Karl Marx sostendría que la realidad hasta entonces aceptada no era más que una superestructura ideológica, un espejismo proyectado por los intereses de una minoría. Marx invitaría a sus conciudadanos a que traspasaran esa ilusión que emanaba de las sociedades, a que vieran más allá del velo de valores morales, estéticos y religiosos que imponían unos pocos y a que interpretaran de nuevo la realidad por sí mismos. La realidad que ve Marx no es la misma que la que ven el resto de los filósofos, a quienes en esos momentos, con aquellas páginas, empieza a dejar atrás. No es una realidad de meras relaciones entre conceptos abstractos, compuesta de categorías, prejuicios o ideologías, sino una realidad que se sitúa más allá de la razón y que ostenta efectiva existencia. Para el fundador del materialismo histórico lo irracional-material no solo está dotado de más existencia que lo racional, sino que es el verdadero motor del mundo.

Apenas unos años después, en 1859, Charles Darwin publicaría un volumen que había originado gran expectación y que agotó todos los ejemplares su primer día a la venta: *El origen de las especies*, una obra destinada a desplazar para siempre al hombre del centro de la Creación. Las repercusiones de la teoría evolutiva de Darwin fueron demoledoras para la antigua concepción mítica del mundo, desenmascarando de manera definitiva todas las mentiras sobre nuestro origen que nos habían acompañado durante siglos. No obstante, su idea de la selección natural también tendría con el tiempo innumerables consecuencias en otras especialidades distintas de la biología, como la sociología, la economía, la filosofía de la ciencia o, incluso, la epistemología cognitiva.

Por entonces, un joven e imprevisible Friedrich Nietzsche estaba empezando a publicar ya sus primeras obras y un nuevo cataclismo era inminente. La aparición al fin de *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* (1873) supondría el mayor golpe asestado en el seno del viejo paradigma de la realidad, pues atacaba desde sus bases la noción misma de lo verdadero. Para Nietzsche, como vimos, la verdad es solo una confabulación de los débiles con miedo a vivir, un invento de Sócrates, Platón y los judeocristianos para encerrar al hombre en la estrecha celda de la razón y alejarlo de sus pasiones. La nueva verdad no será sino un tipo de error sin el que una determinada especie de seres vivos —nosotros— no podría sobrevivir. Al exaltar la mentira en el sentido extramoral, Nietzsche encumbrará las ficciones hasta convertirlas en indispensables, en elementos reguladores de la vida psíquica, moral, social y cognoscitiva del ser humano, incardinándose en una corriente filosófica a la que todavía no se ha prestado la merecida atención y bautizada la mayoría de las veces como *ficcionalismo*[17]. La inteligencia humana, desde la visión nietzscheana, no consiste en nada más que en el arte de fingir. No obstante, la religión y el cristianismo aún tendrían que encajar el tercer varapalo que iban a recibir en apenas unas décadas, el mayor de todos, que se materializaría con la publicación de *La gaya ciencia* (1882) y de *Así habló Zaratustra* (1883-1885). En ellas se diagnostica nada menos que la muerte de Dios. Sin esta muerte no se podría liberar al hombre del código moral cristiano que lo mantenía sometido mediante la culpa, ni anticipar así la llegada del

superhombre. No contento con eso, para garantizar la consumación de esta nueva etapa de la humanidad, Nietzsche plantea además en *Más allá del bien y del mal* (1886) y en *La genealogía de la moral* (1887) la necesidad de llevar a cabo una transmutación de los valores, una reconstrucción completa de aquellos valores por los que nos dejábamos dirigir y que hasta ese momento habían sido los correspondientes a una moral de amos y de esclavos.

También Ferdinand de Saussure nos haría sospechar de la realidad —que cada vez más es solo un constructo del lenguaje— con su *Curso de lingüística general* (1913). El padre del estructuralismo lingüístico abriría una distancia profunda entre significante y significado, que nos dejaría para siempre separados de la cosa en sí. En la teoría saussureana, el lazo que une el significante con su significado es arbitrario, el habla no es más que una parte accidental de la lengua, y el estudio de las estructuras profundas solo puede ser sincrónico y no diacrónico: podemos analizar el funcionamiento del lenguaje en un contexto histórico determinado, pero del examen de su evolución a lo largo del tiempo solo extraeremos conclusiones superficiales.

De la misma manera, muchas de las principales obras de Sigmund Freud, desde *La interpretación de los sueños* (1900) hasta *El yo y el ello* (1923), vinieron a deponer al yo como centro del mundo y del conocimiento humano, situando al oscuro subconsciente en un primer plano de todas nuestras acciones. Pero a estas alturas, ¿qué queda en pie después de Freud? Muy pocas cosas resisten ya el embate del psicoanálisis, en un escenario tan debilitado como el de nuestra realidad. A todo lo anterior, habrá que añadir ahora que cualquier acto ejecutado por el hombre tiene unos fines ocultos, más profundos, dictados por nuestra irracionalidad, por el inconsciente, por el deseo. Se trata de unos fines que nadie, ni el propio sujeto, conoce, porque están disfrazados por el poder de la represión. Lo que uno mismo piense de sus propios actos ha dejado de tener mayor importancia. Existe algo encubierto que dirige el mundo desde las sombras. De nuevo, el yo y nuestra supuesta identidad son una ficción, dentro de una sociedad mucho más extraña y caótica de lo que imaginábamos.

De aquella férrea realidad de la Edad Media, que incluso resistió como pudo la Modernidad, no ha quedado ni rastro en apenas cien años de

ataques y sospechas. Los cimientos de todas nuestras convicciones se han venido abajo y descubrimos con perplejidad que la realidad entera no era más que un decorado construido de falacias. De repente, comprendemos que existe una alta probabilidad de que estemos proyectando nuestros modelos de ordenación sobre el mundo, tomándolos por los auténticos principios y leyes que lo rigen, cuando esos principios podrían ser por completo distintos o simplemente no existir.

Y todas estas mismas debacles se seguirán repitiendo en el resto de los ámbitos humanos. Lo que ocurrió en la filosofía, la religión, la política, la moral, la economía, la biología, la lingüística o la psicología se volvería a repetir en todos los demás campos. Ya dentro del movimiento del estructuralismo, Lévi-Strauss trasladaría a la antropología las teorías de Saussure, considerando que los fenómenos sociales —los mitos, los rituales, el arte, el parentesco— pueden ser considerados sistemas de símbolos, y desvelando además que el pensamiento del hombre del Neolítico utilizaba las mismas reglas estructurantes que la más moderna reflexión científica. El también estructuralista Roland Barthes desplazará esta transformación al hecho literario, y será su amigo el filósofo Jacques Derrida quien inaugurará el movimiento de la deconstrucción, que tratará de entender no lo que dice un texto, sino aquello a lo que se refiere sin llegar a decirlo, que intentará indagar en las profundidades de la metáfora, la sugerencia y la ficción, para lo que le estará permitido incluso disentir radicalmente en la interpretación de una obra con su propio autor. Foucault expulsó de su atalaya a la cordura con sus estudios sobre la normalización, que nos vinieron a decir que lo normal no es más que un consenso construido sobre una idealización de la conducta (los discursos sobre el loco, el enfermo, el delincuente, la sexualidad son inventos recientes). En física, Einstein derrocó el sistema newtoniano con su teoría de la relatividad: la ley de la gravitación universal que nos había servido de forma efectiva durante siglos no fue más que una creencia transitoria. Y diez años después, Heisenberg introduciría su principio de incertidumbre en la física cuántica. Por otra parte, los filósofos de la ciencia Thomas S. Kuhn, primero, y Paul Feyerabend, después, intentarían explicar cómo son posibles estas destituciones de los paradigmas científicos y nos desvelarían

el secreto mejor guardado de la ciencia: también ella es una gran mentirosa, que se vale de estrategias fraudulentas y es incapaz de garantizarnos ninguna verdad.

---

17 Casi con seguridad, el fundador del ficcionalismo fue Jeremy Bentham (1748-1832), para quien todo sustantivo que no represente una cosa real o perceptible es una ficción, si bien distingue entre «entidades fabulosas», como el príncipe Hamlet o el centauro, y «entidades ficticias», como las categorías kantianas, los derechos humanos o el contrato social. También se enmarcaría en esta línea de pensamiento el italiano Giovanni Marchesini, que en su *Le finzioni dell'anima* (1905) consideró que los valores morales son ficciones proyectadas por la conciencia, y que no obstante no deben ser consideradas simples alucinaciones, pues se comportan como reguladoras efectivas de nuestra vida espiritual y moral. Y por último, aunque sin influencia directa de Marchesini, sino de Nietzsche y partiendo asimismo de las ideas kantianas como ficciones, se sumaría a esta corriente el alemán Hans Vaihinger, con su *Philosophie des Als Ob (La filosofía del «como si»)* publicada en 1911. Para Vaihinger no todos los términos con una connotación ficcional pueden reducirse al mismo tipo de ficción; así, el *principium* es un punto de partida, la *sumptio* es una simple admisión de algo expresado en un enunciado, la *suppositio*, el siguiente grado de presunción, la *conjectura* alcanza ya la categoría de hipótesis, la *praesumptio* es un presupuesto en el sentido moral, la *fictio* es el producto de la imaginación creativa, etc. En consecuencia, aunque no se puede decir que las ficciones *son*, tampoco se puede decir que *no son*. Las ficciones entendidas de esta forma son cuasi-conceptos que denotan cuasi-cosas (los electrones y protones de la física, por ejemplo, o el cuasi-delito en derecho) y que, aunque no permiten conocer la realidad subyacente del mundo, sí proporcionan a los seres humanos la posibilidad de construir sistemas de pensamiento y de comportarse «como si» el mundo encajara en sus modelos. Para cualquiera de estos tres autores las ficciones pueden consistir a veces en meras falsedades, pero también resultar en otras ocasiones útiles para alcanzar razonamientos provisionales válidos, que a su vez nos conduzcan a otros descubrimientos posteriores.

LAS MENTIRAS D ELA CIENCIA

La idea de la ciencia como un todo unívoco, en el que todas las especialidades y sus teorías son compatibles, en el que existen verdades demostradas, universalmente válidas y que permanecerán como tales para siempre, en el que es posible el progreso, no es más que otra invención de la sociedad moderna y de sus comunidades científicas. Nada de esto es así.

Y la frase popular tantas veces repetida «está científicamente demostrado» no es sino la perfecta expresión de un nuevo dogma de fe.

Thomas S. Kuhn, filósofo de la ciencia y físico de la Universidad de Harvard, consiguió revolucionar todo lo que creíamos conocer sobre la ciencia con su trabajo *La estructura de las revoluciones científicas* (1962). A diferencia de lo que hace Popper con su teoría de la falsabilidad, con la que trata de determinar cómo debería funcionar la ciencia en condiciones ideales, Kuhn investigará e intentará explicar el funcionamiento real de los procedimientos científicos.

Para Thomas S. Kuhn la ciencia moderna tal y como la conocemos necesita apoyarse siempre en paradigmas, es decir, en conjuntos de convenciones que durante cierto tiempo proporcionarán el modelo de los problemas y de sus soluciones a la comunidad científica que los acepta. Y tampoco sucede que la ciencia se desarrolle por medio de la impoluta acumulación de descubrimientos e inventos individuales, sino que forma parte del mismo entramado en el que se imbrican todas las demás manifestaciones culturales; por eso, en cuanto intentamos averiguar el momento exacto de un hallazgo cualquiera, siempre nos encontramos con un sinfín de descubridores parciales y de teorías cruzadas.

En los estadios inmaduros de la ciencia, la diversidad de escuelas y subescuelas competidoras no permitirá el avance: desde la antigüedad hasta el siglo XVII no había, por ejemplo, una única teoría aceptada acerca de la naturaleza de la luz, y aunque los miembros de estas corrientes eran

científicos y basaban sus conocimientos en experimentos empíricos, nadie que estudie la óptica de este periodo se atrevería a calificarla como ciencia. No obstante, cuando al fin surge un paradigma —la óptica newtoniana—, las investigaciones partirán desde ese momento de unas premisas científicas anteriores para fundamentar su práctica posterior. A partir de entonces, los científicos darán por sentado el paradigma, no tendrán que reconstruir ni justificar en cada ocasión cada uno de los principios de su campo y podrán centrarse tan solo en su investigación concreta. No habrán de preocuparse por el hecho de que queden problemas sin resolver, pues escaparán a su responsabilidad, ni tampoco por la fundamentación teórica de aquello en lo que trabajan. Del relato del desarrollo científico del paradigma ya se ocuparán los libros de texto, exponiendo de modo limpio y sencillo el cuerpo principal de la teoría aceptada, e ilustrándolo con observaciones y experimentos idealizados, que poco tienen que ver con la forma en que se dieron los genuinos. Estos libros de texto, cuya obligación es ser pedagógicos y persuasivos, transformarán la realidad según su conveniencia y serán el único contacto con la ciencia que tengan las futuras generaciones de científicos. Durante toda su formación, los estudiantes universitarios de ciencias naturales serán instruidos solo mediante libros que han sido expresamente creados para ellos, y en los que encontrarán todo lo que necesitan saber de forma sucinta, precisa y sistemática. La confianza en el paradigma se traduce, por lo tanto, en una mucho mayor eficiencia. El científico estará mejor preparado para los periodos de desarrollo normal de la ciencia, no suscitará debates enconados como los que retrasan a otras disciplinas humanas y facilitará que se avance más que en cualquiera de ellas. Si bien su idea de la historia de la ciencia se encontrará por completo distorsionada y —al igual que la mayoría de la gente— pensará que esta se reduce al conjunto de anécdotas que rodean un par de cuestiones importantes: quién y en qué momento inventó o descubrió cada cosa. Y, en todo caso, qué circunstancias erróneas o supersticiones impidieron que eso ocurriera antes.

Como si no existiera otra opción. Como si la ciencia nos estuviese predestinada y solo hubiera que seguir un único camino hasta llegar a la verdad.

Por otro lado, este científico de máxima especialización, encerrado en su despacho o en su laboratorio, y ajeno al auténtico funcionamiento de la ciencia en su conjunto, estará mucho peor preparado para los periodos de crisis. Y la crisis se acabará produciendo.

Más tarde o más temprano sobrevendrá la crisis, a pesar de que en los periodos de ciencia normal las anomalías que no encajen en sus modelos ni siquiera sean percibidas y a pesar de que la comunidad científica que secunda el paradigma esté dispuesta a defenderlo a toda costa. En realidad, la ciencia normal está enfocada solo y exclusivamente hacia una cosa: la resolución del enigma. Los enigmas, es decir, esa clase de problemas que ponen a prueba el ingenio o la habilidad para resolverlos, son lo único que le importa. Y, en consecuencia, casi los únicos problemas que la comunidad admitirá como científicos, y que animará a sus miembros a resolver, serán aquellos que se presuma tienen solución. Por el contrario, otros problemas de verdad acuciantes, como un remedio contra determinadas enfermedades o la consecución de una paz duradera, con frecuencia no son un enigma, porque podrían no tener solución. Además, el número de problemas resolubles que puede ofrecer un paradigma, y su consecuente sensación de progreso, son limitados. Y antes o después tampoco se podrán seguir encubriendo los fenómenos anómalos. La mayoría de las veces, cuando aparezca una anomalía que sea imposible ignorar, la comunidad intentará reajustar la teoría para que lo anormal se acabe convirtiendo en lo esperado. Pero no siempre logrará asimilarla, y en el momento en el que el número de transgresiones inesperadas esté fuera de control se producirá la crisis.

Y la crisis conducirá a la revolución científica y a la proliferación de otros nuevos paradigmas.

Estas nuevas visiones teóricas en competencia quizá terminen con el tiempo reduciéndose a una, siempre por consenso científico. Y entonces volverá a establecerse un periodo de ciencia normal. El paradigma vencedor tras la crisis iniciará una nueva fase de adaptación, en la que habrá de reescribir todos los libros de texto para que vuelvan a favorecer su interpretación y den consistencia a sus nuevos supuestos. Y, dado que los futuros científicos solo se formarán con los libros de texto actualizados, su

percepción del pasado de su propia disciplina estará tan deformada que llegarán a percibirlo como una línea recta.

¿Qué ha quedado entonces de esa visión de la ciencia como una disciplina única, monolítica, bien afinada, de enfoques utópicos, portadora de verdades demostradas y que nos prometía un progreso sin fin? Muy poco o nada. Nuevos dogmas de fe. La ciencia real depende de las creencias de unos individuos, de su capacidad para defenderlas y de su arbitrariedad al escoger los problemas que determinarán su investigación.

Ni siquiera en los momentos de normalidad la impresión global es más alentadora: basta contemplar todos los campos de la ciencia en su conjunto para comprender que se trata de una estructura desvencijada, con muy poca coherencia entre sus partes. ¿Cómo podemos si no entender la incompatibilidad que hace inconciliables algunos paradigmas? Esta disconformidad entre dos sistemas distintos, intraducibles, no solo se pone de manifiesto durante los choques propios de una revolución, como ocurrió con la mecánica newtoniana y la teoría de la relatividad de Einstein. También es una constante durante los periodos de convivencia, como sucede en la actualidad con la teoría de la relatividad y la física cuántica. Los científicos no tienen respuestas para todas estas zonas opacas, no pueden reflexionar siquiera sobre estas cuestiones ni acaban de saber en qué dirección avanzan.

Y todavía resta un último aspecto que Kuhn no llegó a abordar de forma explícita, quizá porque no quería destruir del todo sus relaciones con la comunidad científica a la que pertenecía: la asociación entre la ciencia y los poderes económicos y políticos. No podemos ignorar que gran parte de las investigaciones que tienen lugar en Occidente están financiadas por capital privado. Y, pese a la sensación aún hoy generalizada de que la ciencia avanza en todas las direcciones, investiga todo lo investigable y algún día solucionará todos y cada uno de los problemas de la humanidad, ¿en qué medida esto es así? A las grandes multinacionales farmacéuticas les interesa mucho menos, en términos de beneficios, cualquiera de las enfermedades que asolan regiones de África o Asia que las molestias de garganta, el óvalo facial descolgado o la limpieza de los poros del primer mundo. Y poco importa en este caso si los problemas tienen o no solución; hace décadas

que se oculta mediante el *marketing* publicitario la falta de soluciones para los problemas occidentales más frívolos. También los gobiernos pueden tener intereses que determinan la orientación de sus subvenciones. Y el científico no tiene más remedio que seguir trabajando dentro de un sistema que necesita inevitablemente de financiación.

La ciencia es ciega. La ciencia no avanza en todas las direcciones, solo en algunas, que además podría abandonar en cualquier momento por falta de interés económico o político. La ciencia no resolverá todos los problemas, solo algunos, y en ocasiones permanecerán sin solucionar los más sencillos. Y cuando la ciencia dice que conoce la verdad, miente.

A lo largo de las páginas de *La estructura de las revoluciones científicas*, Thomas S. Kuhn evitó intencionadamente hablar nunca de verdades. No existe eso que llamamos verdad. Mediante la ciencia es posible acceder a una comprensión cada vez más precisa de cómo es la naturaleza para nosotros. Pero hemos de renunciar a la idea de que los científicos están cada vez más cerca de la verdad, porque sus hipótesis siempre dependen del contexto en el que han sido gestadas. Sus certezas son consensos, transitorios y en nada independientes.

El proceso científico no es una evolución hacia esa verdad que deseamos conocer. Sino una construcción parcial a partir de lo poco que conocemos.

Y será Paul Feyerabend quien lleve aún más lejos todas estas conclusiones en su *Tratado contra el método* (1975). Para Feyerabend sencillamente no existe tal método científico: ni la ciencia sigue un orden ni sus investigaciones se han desarrollado casi nunca respetando nada que pueda parecerse a un auténtico método. En realidad, las anomalías que no puede explicar el paradigma están siempre por todas partes, aunque se encubren con hipótesis *ad hoc*, que conceden un respiro y señalan la nueva dirección que ha de tomar la investigación posterior. Según el padre del anarquismo epistemológico, la revolución copernicana que toma de ejemplo fue posible gracias a la capacidad de persuasión de Galileo, a su estilo fluido, a que escribía en italiano y no en latín, a que se dirigía al pueblo y no a los académicos. Y es cierto que si hubiera sido por el propio Copérnico, esta revolución habría tardado mucho más en llegar, o no se habría producido nunca. Pero Galileo se sirvió de los subterfugios, la

retórica y la propaganda. Fue así como consiguió instaurar unas nuevas formas de interpretar la naturaleza, basadas en un lenguaje observacional más abstracto, e incluso logró sustituir las percepciones que perjudicaban la nueva teoría: las antiguas observaciones directas del cielo debían ser ignoradas y había que prestar atención solo a los borrosos fenómenos que ahora arrojaba el telescopio. Y esto, con mayor o menor nivel de sofisticación, es lo que ocurre con todas las revoluciones científicas.

Por lo habitual, la exigencia de consistencia de los paradigmas supone el rechazo de toda nueva hipótesis que contradiga sus propias teorías. Y esto favorece siempre la teoría más antigua, no la mejor. Para Feyerabend la proliferación de todo tipo de conjeturas será beneficiosa para la ciencia. Su convicción es que el anarquismo teórico estimulará mucho mejor el progreso que las leyes restrictivas y el orden. Y así, para hacer una ciencia realmente creativa, el criterio racional no podrá ser la única guía, habrá que incluir la sinrazón en el proceso científico.

> Y la Razón, por fin, irá a unirse con todos aquellos otros monstruos abstractos como la Obligación, la Obediencia, la Moralidad, la Verdad y sus predecesores más concretos, los Dioses, que se emplearon en otro tiempo para intimidar al hombre y limitar su desarrollo libre y feliz (Paul Feyerabend, *Tratado contra el método,* p. 167).

Lo único que explica que persistan en la ciencia consignas y eslóganes como la «verdad», la «objetividad», la «claridad» o la «honestidad intelectual» son las flaquezas humanas. Nuestra necesidad de sentirnos seguros, nuestra ingenuidad y muchos otros de nuestros bajos instintos, que empobrecen la diversidad y las posibilidades que nos ofrece la historia.

En cierto sentido, la ciencia se parece más al arte de lo que pudiéramos pensar, porque en ella no hay una verdad ni auténtico progreso, sino simples cambios de estilo. La dirección de la ciencia está determinada por la imaginación creadora y no por el universo de hechos que nos rodea.

Pero por cuanto no reconoce su índole ficcional, se acaba trasformando en otra ideología. Y es entonces cuando se aleja del arte y se acerca al mito. A pesar de que la ciencia moderna no es más que otra de las muchas formas de pensamiento desarrolladas por el hombre, sus muchos logros han hecho que acabe arrastrando sesgos de egocentrismo, autocomplaciencia, incultura y ensimismamiento, y reclamando además para sí un estatus de absoluto

privilegio, de reverencia y de sumisión. Como hemos visto, fue fundada sobre sus propios mitos científicos y la exigencia de fe en lo que no ven nuestros ojos, lo que hoy por hoy la convierte en la institución dogmática más poderosa del planeta.

Thomas S. Kuhn murió de cáncer de pulmón. Paul Feyerabend, a consecuencia de un tumor cerebral. Ambos fallecieron antes de lo que les correspondía y por causas que bien pudiera haber evitado la ciencia si por entonces hubiese llegado a descubrir un tratamiento efectivo.

Alguien podría pensar que si la ciencia hubiera salvado sus vidas —si hubiera sido capaz de conservar sus conciencias, esos sujetos pensantes—, quizá finalmente sí habrían creído en la idea de progreso.

Sin embargo, ni Kuhn ni Feyerabend negaron nunca la utilidad del procedimiento científico. Siempre admitieron sus avances parciales y, en la medida de sus posibilidades, trataron de favorecerlos.

Lo que rechazaron fue la condición unívoca de la ciencia, su imagen del progreso como una línea recta hacia una especie de verdad revelada por los hechos o el universo.

La idea de verdad cada vez está más vacía de sentido.

En su lugar, deberíamos hablar de ficción y de plausibilidad.

PRESENTE, HIPERREALIDAD Y POSVERDAD

¿En qué consiste ser una persona hoy?

Piense en alguien que se levante todas las mañanas con el alba en medio del campo, sin tecnología, sin más contacto con la sociedad que sus encuentros ocasionales con algún otro labrador, que coma sano —*comida real*— y que se dedique de sol a sol al exclusivo cuidado de su huerto, ¿cree que será más o menos feliz que nosotros? ¿Se encontrará más cerca o más lejos de aquello que se supone que debemos ser?

Un hombre primitivo, uno de esos hombres que según apuntó Lévi-Strauss disponía de nuestras mismas estructuras de razonamiento y que bien podría ser como usted o como yo si hubiera nacido en esta época, ¿fue en su momento más fiel que nosotros a nuestra propia naturaleza? Por un lado, estaba menos alienado y vivía de su propio trabajo. Pero por otro, su vida era muchísimo más breve y la pasaba rodeado de incomodidades, dolor y peligros extremos.

Y, ahora, hágase también esta pregunta: ¿acaso nuestra naturaleza no consiste precisamente en comportarnos como seres ficcionales?

La sociedad actual, sin lugar a dudas, nos ofrece más posibilidades que nunca antes en la historia de realizarnos a través de la actividad libre y creadora, que es una de las pocas cosas, si no la única, que confiere sentido a las vidas de los hombres y las mujeres concretos. Sin embargo, al mismo tiempo, cabría que receláramos: ¿toda esta enorme profusión de ficciones nos resulta siempre beneficiosa? No aludo a su plano ético, no cuestiono si son mentiras realizadas con una buena o mala intención; a lo largo de estas páginas se ha procurado hablar de la mentira en un sentido extramoral. Tan solo ateniéndonos a los problemas que entraña su cantidad, ¿podríamos considerar la posibilidad de que todo esto se nos haya ido de las manos?

Crónica de un día en la vida de la persona posmoderna

La persona posmoderna, como la moderna, como la medieval, como la antigua, como la prehistórica, apenas apoya un pie en el suelo cada mañana tiene que seguir mintiendo a todos cuantos la rodean. Desde que apura la taza de café, se ve obligada como siempre a adular al grupo que la acoge y le proporciona seguridad, por una simple cuestión de supervivencia. Casi sin darse cuenta, protegerá de su sinceridad a sus seres queridos con falsedades y con medias verdades, y, como es un poco complicadilla, también habrá de protegerse a sí misma mediante el autoengaño. Incluso deberá ocultar su rechazo, no le quedará otra, a quienes cayéndole bien gordos forman parte su entorno. Y al igual que en las épocas anteriores, tendrá que poner distintas caras, modular distintos tonos y mostrar diferentes personalidades según se relacione con su pareja, con su familia, con sus vecinos, conocidos, amigos, compañeros de trabajo, competidores, con su jefe o sus enemigos.

La diferencia es que ahora, desde que abra los ojos en la oscuridad de su habitación, la persona posmoderna se encontrará con una ventana al nuevo mundo iluminada sobre su mesita de noche. Y tendrá que empezar a mentir antes de desperezarse.

La persona posmoderna sabe, porque está entrenada para ello, que las diferentes redes sociales comportan sus propios códigos de conducta y que deberá proceder de manera diferente según donde se encuentre, aunque pueda estar interaccionando en varias de ellas al mismo tiempo. Con los años se ha acostumbrado a todo esto. A veces parece que lo llevara en los genes. Cuando la persona posmoderna se encuentra en una red en la que coincide con parte de su entorno laboral, tratará de ocultar determinados aspectos de su vida y actuará, e incluso se expresará, de una forma muy distinta a como lo hace en confianza. Si el propio medio es por completo profesional, este fingimiento irá a más y entonces mentirá respecto a sus habilidades, su experiencia y todo aquello que la pueda favorecer, hasta el punto de con el tiempo llegará a creer que sus exageraciones realmente sucedieron y forman parte de su currículum. Cuando el contexto sea más cercano, pero no íntimo, tampoco bajará la guardia y procurará reflejar una imagen de sí misma lo más parecida posible a como le gustaría ser. En esos momentos, la persona posmoderna se sentirá casi realizada, porque al fin podrá reforzar sus mecanismos mentales de autoengaño contando con la ayuda de todo tipo de recursos digitales. Materializará su sobreestimación ante los demás tanto como esté a su alcance, con fotografías, vídeos, filtros, versos, aforismos, pensamientos propios y plagios, incluso cuando haya una parte de ella que esté tomando conciencia de la mentira y aun cuando sea consciente de que una parte de los demás no termina de creerla. Le dará igual. Aceptará que las redes sociales suponen un reto constante a su capacidad de ficcionar y eso le hará sentir que vive intensamente.

Pero no todo el mundo está capacitado para mantener en pie a la vez tantos niveles de mentiras. Y la persona posmoderna, después de todo, es una persona de carne y hueso. Cualquiera puede tener un mal día, sobre todo cuando todavía no ha podido hacerse siquiera un buen café.

Una de esas mañanas, la persona posmoderna agarrará el móvil con los ojos entrecerrados y escribirá: *¡Es adorable, qué monería! ¡Me lo como! ¡Felicidades, disfrútalo mucho!* Y añadirá un buen montón de sonrisas, perritos y corazones debajo de la foto y del texto de despedida dirigido a una mascota que acaba de morir de leucemia.

Se dará cuenta. Tratará de borrar el comentario. Pero no acierta a hacerlo en esa aplicación, todavía siente que los dedos no le responden, y la gente ya ha comenzado a contestarle y a difundir su metedura de pata. Siente que la sangre le hierve. La ira le nubla la vista. Intenta entrar en Twitter, donde tiene una cuenta falsa para desquitarse de todos los agravios, aunque quizá en la estrecha pantalla ha rozado sin querer el icono de Instagram. Allí, por lo normal, se deja llevar por la oleada de amor, tratando de ganar amigos fáciles y reconciliarse con la humanidad. Sin embargo, no se ha percatado del nuevo error y, en cuanto ve una melena rubia cayendo sobre una

espalda desnuda, escribe: *No calientes más al personal, zorra. Si lo que quieres es enseñar las tetas, hazlo de una vez y déjate de insinuaciones.*

Definitivamente este no es su día. Tendría que haberlo imaginado, incluso cree que hace un instante tuvo una borrosa intuición. Esa no era la mujer que pensaba. Y cuando amplía su avatar reconoce el selfi (entre sábanas, y sin embargo perfectamente maquillada) de la chica a la que lleva meses cortejando, usando para ello los engaños más dulces, y con la que estaba a punto de concertar una cita en una ciudad a media distancia entre ambos.

La persona posmoderna cierra los ojos y respira hondo. Le queda una larga jornada por delante. Iniciando sesiones, utilizando distintos perfiles, en la intranet corporativa de la empresa, en la nube donde comparte archivos, en los grupos de mensajería instantánea, consultará y responderá el correo desde distintas cuentas de email, quizá navegue anónimamente en busca de algo excitante, o use alguna de sus otras identidades falsas para difamar y dañar la imagen de alguien, opinará sobre las noticias de prensa, dejará un rastro de su localización allá donde vaya, actualizará al final del día sus redes más habituales. Pero antes de hacer nada de eso, se levantará, irá a lavarse la cara y comprobará en el mismo aparato de teléfono si ayer le entregaron el pedido de café.

Toda la complejidad acumulada sobre la superficie del mundo hasta el siglo XX, en el que la imagen cobra aún mayor importancia, se ve ahora amplificada por esta dimensión digital, que refracta la imagen personal y la proyecta con la misma intensidad que si se tratase de una marca. No obstante, no todo el mundo recibe con igual entusiasmo esta sobreexposición ni está preparado para gestionar su imagen como marca. Para algunos resultará difícil llegar a comprender este mundo poliédrico que se despliega ante nosotros, o incluso llegar a comprenderse, entender la autoimagen que han creado casi sin querer y con la que no consiguen identificarse.

En el mundo virtual coexisten de manera simultánea los dos extremos polarizados de la mentira. Por un lado, los espacios en los que el anonimato nos permite prescindir de todas las mentiras sociales, reemplazándolas por la única mentira de una falsa identidad, que viene a sumarse a la construcción de nuestra nueva y compleja imagen disociada. Y por otro, las restantes situaciones en las que queda registrado hasta el último de tus movimientos junto a tu nombre propio, haciendo que la máscara de tu identidad habitual adquiera un grosor desproporcionado y difícil de gobernar. Según los expertos, la gente modifica cada vez más su conducta cuando se encuentra en redes en las que está identificada. Quienes escuchan música a través de plataformas para compartir canciones pueden dejar de escuchar lo que les apetece para, en su lugar, priorizar la imagen que

aspiran a dar de sus gustos musicales. Y lo mismo ocurre en todas las demás comunidades. Al mismo tiempo, la exigencia de constante exhibición de felicidad a la que obligan todas ellas es difícilmente soportable. No solo por el esfuerzo que supone demostrar este permanente estado de falsa felicidad, sino porque, como afirmaría Montesquieu hace ya tres siglos, en realidad uno no aspira a ser feliz, sino a ser más feliz que los demás. Y siempre creemos a los otros más felices de lo que son. Por el contrario, los datos apuntan que el uso diario de las redes sociales ha triplicado los riesgos de depresión. Los investigadores señalan que esta inmersión digital implica un deterioro de la autoestima, un aumento de la soledad y una dificultad para el desarrollo de las habilidades sociales tradicionales. Y mientras la distancia entre la proyección virtual y mi vida en el mundo exterior sigue aumentando, también las consecuencias de la primera sobre la segunda se multiplican. Incluso el despido laboral puede hallar justificación en el uso de las redes, cualquier error de cálculo a la hora de proyectar tu imagen podría ser motivo para perder tu empleo: no haber ocultado a tiempo una fotografía poco apropiada, una broma de poco gusto o que pueda ser malentendida fuera de su contexto, una crítica a tu empresa o a un superior sin sopesar quiénes te leen en la sombra, la revelación de información confidencial, o incluso no haber sabido esconder tus faltas de ortografía. Y cada vez son más numerosas las parejas que rompen por motivos que tienen su origen en las redes o las aplicaciones de mensajería instantánea. No solo porque sean fuente de engaños e infidelidades, sino también por llevarnos a sobreestimar las oportunidades de establecer nuevas relaciones, por hacernos sucumbir a la ilusión de comparar la felicidad propia con la de los otros, o porque acaso eran las expectativas sobre tu propio compañero —a quien conociste en la red— las que estaban sobredimensionadas. Según los últimos rumores, tan solo Facebook fue culpable de la separación en menos de diez años de 28 millones de parejas.

No obstante, los rumores son solo rumores.

Una investigación real

La historia del rumor acerca de Facebook sería más o menos como sigue. El 10 febrero de 2010, la American Academy of Matrimonial Lawyers publica una nota en su página web; esta fue la

primera referencia sólida que logré encontrar cuando empecé a indagar sobre la supuesta noticia. En ella decía: «Un abrumador 81 % de los mejores abogados de divorcio de la nación afirman haber advertido un aumento del número de casos en los que usan evidencias procedentes de redes sociales». Tan solo unos días después, el 28 de febrero, la revista *PCWorld* aprovecha la señalada fecha para dar un giro al mensaje: «Aquí está la perfecta historia de San Valentín: Si está separado o en proceso de divorcio, manténgase alejado de Facebook. Según una encuesta reciente de abogados de divorcio de Estados Unidos, Facebook es el "líder imbatible" de pruebas online de infidelidad matrimonial». Ahora sí, la noticia ya es imparable. No porque esté bien contrastada, o cuente con el refrendo de importantes especialistas, o aporte datos relevantes. Sino debido a que es el tipo de noticias que los medios están deseando dar, porque saben que venden, sin importarles a veces estar ofreciendo humo y patrañas a sus lectores. La CNN no tarda en hacerse eco y la agencia Reuters la envía a sus abonados, reproduciéndose en un sinfín de lugares. El titular de *La Razón* fue «Lo que escriba en Facebook podrá usarse en su contra en un juicio». El de *El Mundo:* «Facebook causa el 20 % de los divorcios». De un modo progresivo, el contenido del mensaje no deja de transformarse. El 3 de enero de 2011, *Marketing Directo* anuncia: «Gracias a Facebook, ahora podemos enterarnos, entre otras muchas cosas, del estado civil de nuestros amigos […], que sepan que hay al menos 15 millones de nuevos solteros declarados en esta red social». Lo cual se traduce quince días más tarde en otro nuevo titular, esta vez del diario colombiano *El Espectador:* «Facebook ha suscitado 28 millones de separaciones». El firmante de este último artículo, buscando dotar su invención de cierta credibilidad, además de citar a asociaciones de abogados de Estados Unidos de forma ambigua, menciona por primera vez la revista *Cyberpsychology, Behavior, and Social Networking*, sin facilitar una fecha, el número del ejemplar o el autor del trabajo. Pero, en efecto, en una publicación especializada en estudiar el impacto social y psicológico de las redes sociales es fácil encontrar documentos que aporten datos sobre este tema. A mí mismo me logró desorientar esta abundancia de referencias y, hasta unos días antes de escribir estas líneas, no conseguí localizar la mayor parte de los datos ofrecidos por *El Espectador* en un artículo titulado «Cheating, Breakup, and Divorce: Is Facebook Use to Blame?» *(Cyberpsychology, Behavior, and Social Networking*, 2013, vol. 16, n.º 10, pp. 717-720). Sin embargo, no pude confirmar la llamativa cifra de los 28 millones. Perdí el rastro, me desesperé. Me percaté de que esta revista había cambiado de nombre a partir de 2011 y había pasado a llamarse *CyberPsychology & Behavior*. Me volví a esperanzar. Pero tampoco en ninguno de sus números logré corroborar el dato que buscaba. Y ahí abandoné mi investigación. Pronto, por otro lado, el nombre de Facebook sería sustituido sin más por el de WhatsApp, conservando los mismos millones de rupturas, si bien ahora el inexistente «reciente estudio» las atribuía a la opción del *doble check*. Y el bulo se viralizó: Europa Press, Cadena Ser, *La Vanguardia, ABC,* de nuevo *La Razón* y *El Mundo* (ahora con WhatsApp en lugar de Facebook), *Las Provincias, La Gaceta, El Correo,* Televisa y *Excélsior* en México, *Semana* en Venezuela, *El País* de Colombia, la CN23 en Argentina, Telemadrid, Antena 3, el programa de Andreu Buenafuente en La Sexta, Julia Otero y Carlos Herrera en Onda Cero… Al fin, el 11 de octubre de 2013, el periódico digital *Eldiario.es* ponía freno a la epidemia: «A lo largo de la última semana habrás leído o escuchado en medios de habla hispana que WhatsApp no solo ha revolucionado la forma de comunicarse sino que también es la aplicación culpable de haber roto 28 millones de parejas en todo el mundo. Ha sido una de las noticias más leídas y viralizadas en Internet. En Google News se encuentran más de 130 referencias de diferentes medios de comunicación en español. En España, ha aparecido en medios impresos y digitales. También ha ocupado espacio en programas de radio y televisión. Pero es mentira».

Agradezco al profesor Ignasi Roviró, de la Universidad Ramon Llull, haberme puesto al fin tras la pista correcta con su artículo «WhatsApp contra les parelles», en la *Revista d'Etnologia de*

Catalunya n.º 41 (2016), pp. 37-46.

Los rumores son solo rumores y en las nuevas tecnologías e internet han encontrado el medio ideal para propagarse. Y los periodistas, que son precisamente quienes deberían contenerlos, parecen haberse sumado a la misma vertiginosa tendencia, al nuevo método de copiar y pegar sin contrastar las fuentes, superados por la cantidad y la velocidad de la noticia, ambas inversamente proporcionales a sus recursos: en un mundo anegado por la información gratuita, la prensa está viviendo la peor crisis de su historia, incapaz de encontrar nuevas formas de financiarse. Por su parte, los ciudadanos no están dispuestos a pagar por una información mejor pudiendo obtener gratis la peor.

Nadie parece reparar en que de poco sirve tener todas las noticias al alcance de un clic, si junto a ellas conviven todas sus contrarias. Como en una biblioteca de Babel, nuestra realidad digitalizada contiene una antiteoría para cada teoría. En el mundo actual todos los hechos registrados, todos los datos, todas las teorías, todas las hipótesis, cuentan siempre con sus exactas réplicas opuestas. Un contraargumento para cada argumento. Da igual que se trate de cuestiones políticas o de una tabla de consejos saludables. No importa que hablemos de enfoques económicos, de la pormenorizada explicación del origen de un conflicto bélico o de cómo cuidar a tu bebé, toda realidad tiene al menos dos versiones y lo que es bueno hoy será malo mañana, para volver a ser bueno un tiempo después. Vivimos una época en la que los motores de búsqueda son capaces de rastrearlo todo, y por eso mismo la era de la información es también la era de la desinformación.

Con la globalización de los mercados, de las sociedades y las culturas llegó la mayor pluralidad de puntos de vista imaginable, y casi al mismo tiempo su inevitable homogeneización. En este nuevo escenario ni el poder económico ni el político, acostumbrados a dominar desde siempre los medios de comunicación, se plantean en modo alguno renunciar a imponer su ideología a través de la web. Un simple vistazo a las redes basta para comprender que el capitalismo sigue siendo hoy el auténtico motor de la estética contemporánea, no solo porque todo esté invadido por la publicidad, sino porque la mayoría de las consignas y tendencias acaban

procediendo en última instancia de intereses mercantiles. También los partidos políticos utilizarán todos los recursos de las nuevas tecnologías a su alcance para vencer a sus opositores, e incluso algunos Gobiernos —como los de Rusia, Macedonia del Norte o Rumanía— han sido acusados de crear sitios web de noticias falsas y ejércitos de perfiles automatizados que las replican para alterar elecciones, investir o derrocar líderes extranjeros, cambiar el comportamiento o las creencias de las poblaciones y, en definitiva, debilitar a las potencias rivales.

Es en este ambiente de confusión, de saturación informativa y de exceso de imágenes, de manipulación digital, de *fakes news*, perfiles falsos y enjambres de bots, en el que conviven distintos planos de realidad y las redes sociales no dejan de multiplicarse, cuando surge el nuevo y en sí mismo mentiroso término de «posverdad».

La invención de la posverdad, en estos tiempos tan necesitados de nuevas invenciones casi diarias con las que alimentar la maquinaria de la información, es asimismo otra consecuencia de la abrumadora sensación que nos atenaza, la sensación de que estamos rebasando el límite de nuestra capacidad de ficcionar y de manejar nuestras ficciones. Pero al mismo tiempo ella es también otra mentira, o, si se quiere, una metamentira, porque miente sobre la condición novedosa de la mentira actual. ¿O es que los políticos no han mentido desde su propia aparición? ¿No han usado siempre el populismo, la retórica, el argumento vacío, la falsa promesa, la denostación del contrincante? ¿Tampoco son lo suficientemente antiguos el sofisma, la ocultación, la falsificación, la propaganda?

Vlad Tepes y la posverdad. El origen

Cuando Vlad Drăculea ascendió al trono de Valaquia en 1456, llevaba años organizando su lucha contra los turcos, buscando aliados y aprendiendo tácticas militares. Y la fama de su crueldad no se demoraría en extenderse por toda Europa. Fue implacable como gobernante y como estratega, y eso lo convirtió en casi la única resistencia al avance del Imperio otomano en aquel lado del mundo. Sin embargo, con lo que no podía contar el voivoda era con el descubrimiento de la imprenta, ni con su inmediato uso para acrecentar el poder de las campañas de difamación.

Durante sus años en el poder, Vlad III restringió los privilegios de la nobleza, fue inclemente con las ciudades que no acataban su autoridad y se ganó toda suerte de enemigos. De modo que no tardaron en aparecer los pasquines que trataban de menoscabar su imagen, exagerando y detallando sus atrocidades. Por las calles de las transilvanas Braşov y Sibiu, atestadas de colonos alemanes y sajones que no estaban dispuestos a pagarle tributo, se repartían miles de libelos en su contra. Aquí y allá, en todas las regiones vecinas, comenzaron a circular panfletos que habían sido

impresos en las ciudades germanas de Núremberg, Lübeck, Leipzig o Estrasburgo. Todos ellos narraban por igual anécdotas truculentas, adornadas con los pormenores más sangrientos y disparatados. Incluso proliferaban las ilustraciones grabadas en moldes de madera para aquellos que no sabían leer.

Como toda mentira que se precie, aquellas historias difamatorias se fundaban en una base de verdad. Pero mientras Vlad Tepes ponía en práctica su particular idea de fuerza y de justicia, lo que se estaba fraguando contra él era algo completamente imprevisto: quizá la primera campaña internacional de descrédito de la historia de la humanidad. Una maniobra que pronto implicaría no solo a transilvanos y alemanes, sino también a polacos, lituanos, rusos, húngaros, rumelios y otomanos. Un inédito y flamante intento de doblegar la realidad a partir de la ficción.

El príncipe valaco se encontraba rodeado de adversarios, y su único apoyo, su amigo y cuñado Matías Corvino, rey de Hungría, no tardaría en caer también en las redes de la manipulación. Cuando su alianza parecía inquebrantable, llegaron hasta Corvino tres cartas interceptadas, supuestamente escritas por Vlad Drăculea y dirigidas a Mehmed II, a Mahmud Pasha y a Esteban de Moldavia, en las que el voivoda se ofrecía a unir sus fuerzas con el ejército del sultán para cargar contra los húngaros. Siglos después se demostraría que las tres eran falsificaciones, pero en aquel momento el rey montó en cólera y encerró a su hasta entonces compañero en una mazmorra durante catorce largos años. Y ese encierro fue el principio del fin.

Matías Corvino el Sabio pasó a ponerse al frente de la campaña internacional, que proseguiría a lo largo de toda esa década, y de la siguiente, y aún muchas décadas después de la muerte en 1476 de Vlad Tepes en el campo de batalla. El juglar alemán Michael Beheim, al servicio de Corvino, le dedicó un poema titulado «La historia de un déspota llamado Drácula, voivoda de Valaquia», en el que contaba que hizo empalar a dos monjes para ayudarlos a ir al cielo, o cómo ordenó empalar a un burro porque comenzó a rebuznar tras la muerte de sus amos. Gabriele Rangoni, obispo de Eger a propuesta del rey de Hungría, registró el rumor de que mientras estuvo en prisión, Vlad capturaba ratas para cortarlas en pedazos o empalarlas en pequeñas astas de madera, porque no pudo dejar de lado su maldad. El historiador de la corte de Corvino, Antonio Bonfini, plagó su *Historia Pannonica* (1495) de anécdotas sobre su crueldad inaudita, como aquella en la que unos emisarios turcos se negaron a quitarse los turbantes y el príncipe ordenó que se los clavaran en la cabeza. Las historias eslavas y rusas continuaron escribiéndose y difundiéndose durante los siglos XVI y XVII, y describen al valaco como un demente psicópata, un sádico y un atroz asesino. Las obras alemanas forjaron relatos similares, solo que gracias a la implantación de la imprenta se convirtieron en los primeros *bestsellers* de Europa. De hecho, las ediciones publicadas en Núremberg (1499) y en Estrasburgo (1500), para mejorar las ventas, imprimieron en sus portadas xilografías que representan a Vlad Drăculea cenando entre los cadáveres empalados de sus víctimas.

Por supuesto, ninguno de estos cronistas, tan lejanos en el espacio y en el tiempo, tenía forma de comprobar tales detalles escabrosos.

La leyenda alrededor del príncipe de Valaquia fue construyéndose siempre desde la distancia. El propio apodo de *Ţepeş*, el Empalador, que ahora nos resulta tan característico, en realidad nunca lo designó en vida y no se le atribuiría hasta después de 1550.

Los teóricos de la posverdad, y algunos analistas políticos, destacan como uno de sus rasgos esenciales que esta supuesta nueva forma de la mentira apela a las emociones con el objetivo de alterar la opinión pública. Pero ¿no se cebaba en las emociones la propaganda contra Vlad Tepes, en

los miedos atávicos, en las debilidades humanas? ¿No había sido concebida para manipular las creencias de la gente? ¿En qué se diferencia aquella campaña iniciada en el siglo XV de la posverdad contemporánea? También argumentan que la posverdad relega las opiniones fundadas de los expertos a un segundo plano, e incluso los propios hechos. Se trata de una verdad más allá de los hechos, de una política posfactual. ¿Y no es exactamente eso lo que siempre ha definido la mentira en general y la mentira política en particular? ¿No enseñaban los sofistas en el siglo V antes de Cristo, a todos los que aspiraban a dedicarse a la cosa pública, que la retórica tenía la función de convencer y no la de acercarse a la verdad? Y en el siglo IV antes de Cristo, ¿no intentaba la escuela cínica desmantelar las ideas dominantes y a los filósofos más respetados mediante la ironía o la sátira? ¿No han pretendido todos los regímenes totalitarios reescribir los hechos, reclutar sus propias voces autorizadas y privar de todo crédito a los expertos contrarios? Y tras el descubrimiento de los tipos móviles, ¿no han cumplido esos requisitos todas las guerras de panfletos que comenzaron a sucederse, como la que emprendió Lutero contra la Iglesia Católica, o las constantes guerras de panfletos isabelinos, o las controversias mantenidas durante la Revolución inglesa o la Revolución de Estados Unidos? ¿Qué queda entonces de original bajo la acepción del concepto de posverdad? Podríamos suponer que su verdadera particularidad reside en la desinformación, pero Sun Tzu ya explicaba en *El arte de la guerra*, hace más de dos mil quinientos años, cómo suscitar la discordia entre los enemigos mediante la creación de información falsa y su introducción mediante espías. Podríamos aventurar que la clave se encuentra en la manipulación digital, pero sabemos que el retoque fotográfico y el fotomontaje se remontan a los propios orígenes de la fotografía, y la falsificación es inherente al ser humano. Lo cierto es que la posverdad es solo la última ocurrencia en nuestra larga cadena de ficciones. No existe un solo aspecto cualitativo que nos permita hablar de posverdad, tan solo podemos considerarla en términos de cantidad: las nuevas tecnologías y la globalización hacen que la repercusión de la mentira sea hoy exponencialmente mayor; las maniobras de engaño tienen más alcance y más consecuencias que nunca, pero también al mismo tiempo los

ciudadanos toman mucha más conciencia de la tremenda farsa que se despliega alrededor.

La democratización tecnológica ha dado la palabra a todas las personas. Y esto nos lleva al auténtico cambio de la época que nos ha tocado vivir. Aunque el poder económico y político continúa en manos de los mismos, de unos pocos que siguen conservando la verdadera capacidad de difusión, ahora todo el mundo puede opinar. Y todo el mundo opina, desde luego, sobre cualquier cosa, en especial sobre cualquier cosa. Lo importante es tener una opinión rotunda.

La nuestra es por lo tanto la era de la opinión. Y esta necesidad imperiosa de opinar sobre todo origina un bosque fragoso y tupido, con la precisa espesura para que todos los ciudadanos podamos gritar sin que nadie en absoluto nos oiga. Esta, en la práctica, es la manera como todos hemos vuelto a perder la voz. Cuando todo el mundo escribe, cuando todo el mundo habla por hablar, cuando al más lego en una materia le basta echar un vistazo aquí y allá para publicar un artículo, cuando una mayoría se limita a copiar la información de otro lugar, cuando en las redes sociales casi lo único que se hace es compartir, reproducir y propagar ideas, frases, imágenes, errores o mentiras de otros, acaba siendo difícil encontrar entre la maleza interminable algo de valor.

No hay posverdad, es el boscoso caos de las opiniones el que se ha apoderado de la realidad virtual, viciándola, transfigurándola en un lugar enrarecido en el que arraigan los rumores, se trasmiten con pasmosa facilidad los bulos, las noticias falseadas, las cadenas de mensajes fraudulentos, se acumulan las montañas de basura digital, se intensifican las teorías de la conspiración y la paranoia mundial.

Si lo contemplamos con perspectiva, la posmodernidad en efecto ha tenido mucho que ver en esto. Con el paso de los años, logró que su relativismo calara en la sociedad y, aunque fue esta visión la que ayudó a poner en crisis muchos valores que merecían ser derrocados y a situar las cosas donde correspondía, también allanó el camino al imperio de las opiniones. Esas mismas opiniones —*doxa*— que para Platón eran la más vil y engañosa de las formas de conocimiento; los *doxóforos*, decía, utilizan el falso conocimiento y las apariencias para su lucro personal o su ascenso

social, son aquellos cuyas palabras en el Ágora van más rápidas que su pensamiento. Es como volver atrás. Como si tantos siglos de viaje estuviesen a un paso de arrojarnos al mismo punto de partida. En principio, la deconstrucción posmoderna debía añadir algo de ficción intelectual, lúdica y gozosa sobre tanta maleza y ruinas. Y así ha sido, porque también ha encontrado en la red el medio idóneo donde ramificarse: la intertextualidad se ha visto favorecida por el hipervínculo y los nuevos formatos multimedia; las falsificaciones artísticas, el pastiche, el juego, la interactividad, las *performances* han adquirido una dimensión con la que antes ni siquiera podían soñar; también han proliferado las obras —novelas, ensayos, películas, series de televisión— que tienen por tema la propia falsificación, la realidad virtual, las redes sociales, el mundo de los *hackers*, la simulación y el simulacro, la globalización, la manipulación mediática, las intrigas internacionales, la corrupción política, los secretos clasificados, las mentiras de las multinacionales y la especulación financiera. Y serán incontables las obras críticas que, a su vez, analizarán todas estas cuestiones, de modo que los lectores y espectadores, sobre los cuales inciden cada día todas las complejidades de las nuevas formas de la mentira contemporánea, tomarán todavía más conciencia de los muchos niveles de impostura que se extienden a su alrededor, lo que añadirá otros nuevos niveles de conciencia y aún más laberintos en los que perderse. Sin embargo, la posmodernidad ha actuado como un caballo de Troya. Y junto a todos estos elementos estéticos hizo también feroz irrupción la opinión, que como un torrente impetuoso se ha apoderado de nuestros espacios y conquistado hasta el último de los rincones. Y entre unos y otros han ayudado a erigir esta hiperrealidad espesa y tupida que nos enreda y casi nos impide movernos.

Afirmaba Baudrillard que la hiperrealidad es un exceso de realidad. Una sustitución de lo real. Pero Baudrillard se equivocaba. ¿En qué momento la realidad fue real? ¿Acaso el ser humano ha llegado a rozar la realidad? Si partimos de que no estamos capacitados para alcanzar lo real en sí, si aceptamos la premisa de que la realidad siempre ha sido un constructo a base de ficciones, la hiperrealidad entonces no es más que una intensificación del mismo espejismo. Como la posverdad, no es más que

otro paso del animal metafórico que somos en la misma exacta dirección. El hiperrealismo es la sublimación de nuestra percepción del mundo, la continuación de nuestra irrefrenable tendencia ficcionadora.

En el Paleolítico se usaban arcillas y grasas para cambiar la apariencia; después, vendría el desarrollo de la técnica del maquillaje; ahora, sobre las capas de cosméticos de una modelo aplicamos además el diseño digital, un engaño sobre otro engaño con el que pretendemos ir más allá en nuestro proceso de idealización. Es la ficción enrocándose sobre la ficción, en un bucle peligroso. Así, las leyes de la hiperrealidad dictarán que cuando una *top model*, que sirve como arquetipo al común de las mujeres, adelgace, influirá de forma inmediata en su entorno, pero cuando en consecuencia las mujeres comunes a su vez también adelgacen, la supermodelo se verá obligada a afinarse todavía más, para volver a diferenciarse del resto y poder seguir sirviendo como referente a su sociedad. Las constantes innovaciones digitales nos han permitido llevar aún más lejos estos ideales, aunque la perversidad de este círculo sea evidentemente insostenible. Y lo más inquietante de todo es que la deriva de las modas y de lo hiperreal es azarosa, los cánones han sido los que son como podrían haber sido otros. Porque la posmodernidad, en cuanto manifestación del capitalismo tardío, nos dejó en manos de las solas exigencias del capital, que es ciego. Por el momento, estas exigencias nos han empujado a un empobrecimiento de los matices y de las texturas, en favor de la concreción y de la nitidez. Pero ¿la nitidez sobre qué? La hiperrealidad es a la realidad lo que la actual pornografía en alta definición es al sexo, más que su sublimación es su caricatura. En eso han quedado, después de todo, tantos fuegos de artificio.

Y las redes sociales son la máxima caricaturización de esta hiperrealidad de las apariencias, en la que todos intentamos aparentar ser lo que otros esperan que seamos.

Vivimos en la era de la opinión, de las opiniones sin fundamento, de las opiniones sin investigación ni análisis, de las opiniones sin cualificación, de las opiniones contra los hechos, de las opiniones por el gusto de opinar y desde el convencimiento de que todas valen lo mismo. A través de ellas, el relativismo ha penetrado en nuestra nueva hiperrealidad virtual, en mayor

medida y de una forma mucho más mediocre de lo que los posmodernistas podrían haber imaginado.

Y esta gigantesca virtualidad contaminada de conjetura viene a completar, junto con la mentira íntima y la mentira social de siempre, los tres niveles de mentiras que convergen sobre el sujeto contemporáneo.

Por eso en estos momentos se hace tan necesaria la poda.

Debemos desprendernos de lo que sobra y dejar de obedecer tan solo al mercado, si no queremos morir asfixiados.

Si no queremos morir de ficción[18].

---

[18] Adviértase que todo este capítulo está basado en una gran mentira, a saber: la falacia etnocéntrica de que la mayor parte de la humanidad pertenece hoy a una sociedad más o menos libre, más o menos avanzada y favorecida por cierto grado de bienestar. Sin considerar que de los más de 7.400 millones de habitantes del planeta, tan solo 3.500 millones utilizan internet. Y de estos últimos, tan solo 1.000 millones pertenecen además a países desarrollados, que puedan garantizar una inclusión digital efectiva, que les concedan acceso a todos los contenidos, educación, seguridad, poder adquisitivo o libertad para su plena realización. Es decir, que para seis de cada siete personas del mundo, los excesos de la ficción arriba descritos no forman parte, en algunos casos ni siquiera de manera remota, de su realidad.

EL AMOR

Y entonces, un día, en medio de la ilusión del mundo, del artificio de la cultura y del decorado de las ciudades, enredados en las trampas de la mentira y cada vez más cansados de seguir participando en la farsa, cuando estamos a punto de abandonar la búsqueda de sentido y de tirar la toalla, nos enamoramos.

Él y ella se conocen en un momento absolutamente mágico, irrepetible, tal y como siempre habían soñado. Ambos comprenden de inmediato que están hechos el uno para el otro, que así estaba escrito en su destino. Y, al fin, consiguen de una vez por todas vivir algo auténtico y surge el amor verdadero. Un amor que, quizá, será eterno.

Y por supuesto, una vez más, todo es mentira.

No habrá ningún otro momento en nuestra vida en el que seamos víctimas del engaño con tanta intensidad como cuando se apodera de nosotros el amor. En esta ocasión, tan necesaria para la supervivencia de la especie, los mitos y las mentiras socioculturales que siempre nos confunden encontrarán un aliado aún mucho más poderoso que ellos: la química fisiológica de nuestro propio organismo, que nos traicionará y nos embelesará como ninguna droga en el mundo sería capaz de hacerlo. No existe ninguna sustancia psicoactiva que pueda mantenernos engañados durante un tiempo tan prolongado y, a la vez, hacernos creer que estamos decidiendo en libertad y siendo nosotros mismos.

Él ha llegado a la fiesta esperando encontrar a alguien conocido. La charla que les han impartido hace unos minutos ha sido interesante, y se ha acercado hasta allí con la convicción de que todavía podrá hacer algunos contactos de provecho. Hace semanas que se siente un poco estresado en el trabajo, pero intenta ocultárselo y no decírselo demasiado. Y, aunque ni siquiera lo sabe, el cortisol que ha liberado el estrés en su torrente

sanguíneo lo hace estar más abierto a establecer una relación sentimental que lo calme.

Se desabrocha el botón del cuello de la camisa y se afloja la corbata. Llena los pulmones, tratando de aliviar su desasosiego, y mira alrededor. Cree estar buscando rostros conocidos, que le suenen de haberlos visto antes entre pasillos o en la web, y que puedan suponerle cierta promoción. También tiene más o menos conciencia de haber echado un vistazo fugaz a las mujeres que hay en la sala. No lo puede evitar, se dice. Lo que de nuevo no sabe es cómo ha sido esa ojeada. Nuestra especie nos ha programado para poder interpretar de la manera más rápida posible la máxima información genética del sexo opuesto. Aunque lo último que él tenga en mente esa noche sea procrear y tener descendencia, eso a la especie le resulta por completo indiferente: y lo que le ordena en momentos como este no es solo que se reproduzca, sino que encuentre además para ello los mejores genes posibles, que su posible pareja disponga de unas condiciones reproductivas óptimas y que se asegure las mayores oportunidades de supervivencia para sus hijos. De modo que cuando él ha observado a las mujeres de la sala, su mirada se ha detenido varias veces en las caras, buscando una simetría que le pueda confirmar que hubo ausencia de infecciones y de problemas nutricionales en la infancia. Y a la misma velocidad de vértigo ha bajado luego al pecho, signo de fertilidad. Y por fin, hasta la cintura y las caderas de todas las jóvenes presentes, resultándole particularmente atractivas aquellas que poseen una cintura al menos un setenta por ciento más estrecha que las caderas, en claro indicio de que podrían ser madres aptas para concebir y buenas paridoras. De todo esto, nada ha pasado por su conciencia. Ni él lo ha decidido ni tampoco ha llegado a registrarlo. Su cerebro —que es el verdadero traidor y cómplice de la especie— ha tomado el control.

Y entonces él, que bien pudiera llamarse Carlos, o Esteban, la ve.

Ella por su parte se encontraba distraída. Es una noche más, bien pudiera haberse quedado en casa, estaba pensando hace un momento, sin esos malditos tacones y pudiendo relajarse en el sofá, sin tener que estar perfecta ni mostrarse agradable con todos. Sin embargo, desde hace un tiempo, en casa tampoco se siente tan a gusto. Lo ignora por completo, pero el cortisol

también circula por su sangre y la hace sentirse angustiada. Ya no disfruta tanto como antes de la soledad y echa de menos la sensación de seguridad que ha sentido otras veces, cuando estaba con alguien. La presión social también está relacionada con su reciente predisposición a encontrar pareja. La sociedad empieza a considerar que no tiene edad para estar soltera. Todas sus amigas comprometidas le dicen que se está mejor con alguien, sin tener necesidad de salir por las noches. Y su madre, sobre todo su madre.

Y entonces lo ve.

Sus miradas coinciden en un instante incomparable y notan que los latidos de su corazón se disparan.

Ella contempla cómo él se aproxima, haciendo oscilar de forma casi imperceptible sus hombros y balanceando los brazos, de un modo que lo hace parecer más corpulento. Y más atractivo. Tiene unas cejas pobladas y una mandíbula ancha, lo cual es señal de que en su pubertad emitió grandes cantidades de testosterona y podría ser un buen padre. Tampoco la conciencia de ella está procesando nada de esto. Mientras su cerebro y todo su sistema nervioso se ocupan de engañarla, su mente está distraída pensando en cuánto la ha excitado su mirada, en lo que le gusta la canción que está sonando de fondo y en si de verdad se atreverá a hablarle.

—Me llamo Esteban —dice el hombre, y le extiende la mano.

La joven la agarra, pero en lugar de estrecharla la usa para tirar de él hacia sí y besarle las mejillas, con la intención —esta vez, consciente— de mostrarse cercana.

—Violeta —susurra. Y se ríe.

Vuelven a sostenerse la mirada, ahora a medio metro de distancia.

Y los dos podrían asegurar haber encontrado su media naranja.

No obstante, el mito del alma gemela o de tu otra mitad se remonta a Aristófanes y es, en realidad, una ficción fabulosa que a lo largo de la historia no ha hecho sino ganar más fuerza, causando unas desproporcionadas expectativas respecto a qué debe ser una relación, y los consecuentes resultados de frustración y desencanto[19]. Pese a todo, ninguno de los dos puede evitar dejarse engañar por la cultura a la que pertenecen. Aunque a estas alturas eso ya no importa demasiado. Hace rato que están siendo además invadidos por un ejército químico, que no les permitirá

tomar ninguna otra decisión en adelante. Sus núcleos mesencefálicos han empezado a producir grandes cantidades de dopamina y de norepinefrina, responsables de la euforia, la excitación y el deseo, a la vez que sus niveles de serotonina han descendido de forma drástica. Así es como la amígdala, que lleva millones de años acumulando conocimiento, consigue inhibir las regiones cerebrales donde se procesan las emociones negativas y el enjuiciamiento crítico. Para explicárselo a sí mismos, en cambio, los dos jóvenes recurrirán de nuevo a la mitología —esta vez a la romana, que convirtió a Eros en Cupido y lo armó con arco y flechas— y pensarán sencillamente que han sentido un flechazo.

—Desde donde estaba solo podía ver tus ojos —miente Esteban.

Ahora, en efecto, no deja de mirárselos. Sin embargo, su cerebro también lleva a cabo un riguroso examen de la distancia que media entre un ojo y otro, y la que ambos mantienen respecto a la nariz, y comprueba que el ancho de esta última se ajuste al de la boca. Todo ello siguiendo siempre una proporción áurea que certifique unos genes sanos y fuertes. Son importantes unos ojos grandes, sí. Pero también unas cejas finas y un mentón pequeño y afilado, que denoten que Violeta en su pubertad produjo un gran caudal de progesterona y estrógenos, lo que la hará portadora de un aparato reproductor eficiente.

Ella, que normalmente habría demostrado su desdén con un comentario irónico ante semejante chorrada, lo encuentra encantador. Y vuelve a sonreír, tapándose la cara con las manos en un gesto de falsa modestia.

La dopamina los mantiene excitados y los hace estar atentos a todos los estímulos novedosos. Y la norepinefrina les permitirá recordar meses después hasta los más ínfimos detalles. Ahora mismo, Violeta ya es capaz de evocar en su mente el olor de Esteban solo gracias al instante en que se han saludado.

—¿Qué perfume usas? —le pregunta, pero en realidad es una excusa para volver a aspirar el olor que desprende la piel de su nuca y de su cuello.

Aunque ella ni siquiera lleva la cuenta, la casualidad ha querido que esta noche —aquí la magia, aquí el destino— se encuentre además ovulando. Su organismo está especialmente predispuesto para procrear. Y el olor a androsterona, que por lo habitual le habría resultado desagradable, y le

habría recordado un gimnasio o un bar de camioneros, en este momento le parece arrebatador.

—Me encanta —le confirma al oído.

A su cerebro primitivo también: la histocompatibilidad del olor de él le indica que sus sistemas inmunes son complementarios, que no se parecen en nada ni tienen sesgos familiares, lo que dará lugar a unos hijos mucho más resistentes.

Por fortuna para ella, su fase ovulatoria provoca además otros efectos añadidos: su piel se muestra más luminosa; su voz ha sonado mucho más aguda, es decir, más atractiva, porque el instinto de él lo interpretará como una mayor presencia de estrógenos; y lo más importante de todo, su propio olor habrá cambiado y estará impregnado de copulinas, lo que en este momento la hace irresistible para casi cualquier hombre que esté lo bastante cerca.

Esteban no puede dejar de admirarla, embobado. No cree haber sentido nunca nada igual. La disminución de serotonina lo empuja, ya en estos primeros minutos, a tener ojos solo para ella y empieza a manifestar las primeras señales de obsesión. Le parece la mujer más atractiva del mundo. Lo que no puede imaginar es que está siendo víctima de un engaño, y que la copulina que ha entrado en sus pulmones ha anulado por completo su capacidad cognitiva para evaluar el atractivo de Violeta. De hecho, si no fuese por este espejismo bioquímico, le parecería una chica bastante más común.

Pero, entusiasmado, empieza a hablar sin parar. Quiere contarle todo de él.

Ella lo escucha con interés. Su inversión, en caso de quedar embarazada, es mucho más a largo plazo que la de quien tiene delante, y a su instinto femenino —a diferencia de lo que le ocurre al masculino— no le basta solo la información genética que ha podido averiguar a través de la observación visual y el olfato. Tampoco le son suficientes, aunque ayuden, su corbata de seda escogida con buen gusto, su calzado elegante, ni ese peinado desenfadado que lo hace tan mono. Su cerebro primitivo necesita saber muchas más cosas, auténticos datos que le permitan sentir que es alguien de fiar, un hombre con recursos, capaz de adquirir un compromiso y de

ofrecerle seguridad. Por eso, entre risas, convencida de que su actitud es ingenua, e incluso deferente, Violeta no deja de acribillarlo a preguntas.

Esa noche harán el amor.

Y, bajo los efectos de las hormonas y los neurotransmisores, será ciertamente una experiencia única. La dopamina habrá inundado los centros del placer de sus cerebros, de la misma manera que lo haría la cocaína, y sus sentidos estarán abiertos a la más mínima estimulación. Cualquier roce de la piel será un motivo para el gozo. Ella podrá medir los niveles de testosterona en la saliva de él. Él podrá saciarse de nuevas copulinas en su flujo vaginal. Los estímulos visuales, la inédita desnudez del uno para el otro, parecerán cargados de significado. La música que ella seleccione en su teléfono móvil penetrará por sus sentidos con una intensidad desacostumbrada, y recordarán cada melodía durante semanas o meses. Lo mismo ocurrirá con los olores de la habitación, con la textura de las sábanas, con la forma en la que entraba la luz por la ventana cuando empezó a amanecer. Todo ha quedado por igual grabado en sus recuerdos. Si bien esta suerte de clarividencia de la percepción no ha venido acompañada por una lucidez en consonancia. En todo caso ha sido al contrario, en eso consistía el engaño. Tanto la inteligencia como el estado normal de conciencia han quedado fuera de todo el proceso.

Esteban y Violeta vivirán nuevos cambios los próximos días.

El sistema de recompensa que se ha desencadenado en sus centros del placer ocasionará una fuerte adicción. Querrán más de lo mismo y se sentirán incapaces de no acudir a buscar nuevas dosis. Necesitarán volver a verse, olerse y tocarse. Y no pensarán en otra cosa que en repetir sus encuentros sexuales, tantas veces como les sea posible. La naturaleza necesita asegurarse de que las cópulas acaben teniendo el efecto deseado. Y para ello seguirá manipulando el pensamiento de sus víctimas: sentirán dependencia emocional y dependencia física, sus conductas estarán regidas por las actitudes compulsivas, por la obsesión, solo podrán pensar en la otra persona, y sufrirán cambios de ánimo propios de los adolescentes y de los adictos a las drogas. Transformarán también de forma transitoria su personalidad para agradar al otro. Y distorsionarán la realidad como nunca

antes lo habían hecho, ni lo volverán a hacer hasta que estén de nuevo enamorados.

—No puedo vivir sin ti.

Durante los meses siguientes, Esteban y Violeta no dejarán de recordarse el uno al otro los detalles de la noche que se conocieron. La canción que sonaba en ese momento, la primera mirada, el primer beso. Perfeccionarán y alterarán el relato para que les sea más fácil evocarlo, y lo convertirán en el recuerdo inaugural de su relación, el primero de muchos. A estas alturas, la química habrá hecho tantos estragos en sus organismos que cualquier imprevisto que pretenda obstaculizar la relación tan solo conseguirá reforzarla. El conocido como «efecto Romeo y Julieta» no hará sino intensificar los lazos de los amantes ante la adversidad.

Sin embargo, en la medida en que todo esto estaba escrito en nuestra biología, no podemos decir que ninguno de los dos haya tenido una auténtica capacidad de elección en ninguna de las fases del proceso.

Y mucho antes de que haya transcurrido un año todo habrá vuelto a cambiar. Por un lado, las usuales invenciones culturales contribuirán a consolidar la pareja. El mito de la monogamia hará creer a los enamorados que esa es la única forma de relación posible, aceptarán la mentira de que es la más natural, presente desde siempre en todas las épocas y todas las culturas, y no solo una fórmula instaurada principalmente por la Iglesia cristiana a lo largo de la Edad Media y expandida desde Europa a través de su sistema colonial. También el mito del matrimonio les llevará a pensar que se trata de la única alternativa sensata a la que puede conducir su pasión, a pesar de que en Grecia ni siquiera tenían una palabra para designar lo que quiera que fuese el matrimonio, y en Roma la castidad no se consideraba una virtud. Y otros muchos mitos socioculturales, como la fidelidad, los celos o la creencia en el libre albedrío, terminarán de consumar el engaño. Sin embargo, por otra parte, nuestra propia fisiología tendrá todavía reservada una segunda estrategia mucho más eficaz. Tras el primer asalto de los neurotransmisores, ahora seguirá una ofensiva concebida más a largo plazo y protagonizada por las hormonas: a él lo inundarán con vasodepresina y a ella con oxitocina, y ambos se sentirán

fundidos el uno en el otro. A la locura de la pasión le sucederá la aturdida felicidad de la calma.

Esteban no iba buscando nada de esto aquella noche. Tampoco Violeta, a pesar de las presiones. ¿En qué momento cambiaron de opinión? ¿De verdad podemos decir que ellos tuvieron capacidad de decidir por un segundo, o unas fuerzas más profundas tomaron las decisiones por ellos?

Y sin embargo, durante estos años de convivencia habrán acumulado muchas nuevas experiencias compartidas, de las que habrá realizado un minucioso acopio el núcleo caudado de sus cerebros. Se hicieron confesiones íntimas y recíprocas. Se volvieron cómplices en los buenos y malos momentos. Y ahora no solo comparten los recuerdos, también los hábitos, las aficiones, los lugares y las amistades. Al fin, además, tuvieron hijos. Cada día que pasa, los inconvenientes de una ruptura empiezan a pesar más en el otro lado de la balanza: a los hijos se sumarán los compromisos sociales adquiridos, la dependencia económica, el miedo a los cambios, el miedo a empezar de nuevo, el miedo a la soledad, el miedo al envejecimiento. Y si uno de los dos pensó alguna vez en abandonar la relación, cada vez lo tendrá más difícil. En realidad, nunca lo tuvieron fácil.

Con todo, pese a que el azar, la idoneidad de las circunstancias y la naturaleza jugaron en contra de la libertad de Esteban o Violeta, la especie tiene aún reservados planes más complicados para ellos.

En su inmemorial búsqueda de los mejores genes y de la supervivencia, ha aprendido que un cierto índice de infidelidad será beneficioso, que aumentará la diversidad genética y las probabilidades de éxito. Y, por lo tanto, no solo los hombres están programados para ello. También las mujeres sentirán el impulso de mantener relaciones sexuales fuera del matrimonio, si bien su biología tendrá la costumbre de darles el empujón necesario en los días en que estén ovulando. Todo se encuentra siempre calculado en términos de inversión.

Tampoco la química de la monogamia y del amor estable durará para siempre. Pese al persistente mito de la pasión eterna, la producción de dopamina y norepinefrina no se prolongará demasiado. Ni siquiera los niveles de vasopresina o de oxitocina serán para siempre. En un plazo que irá de los dos a los seis años, el organismo se mostrará incapaz de seguir

generando estas reacciones bioquímicas al ver o tocar a esa misma persona, por más que se llame Esteban o Violeta.

Habrá muy pocas excepciones a la restricción de hormonas y neurotransmisores a la que nos someten nuestros sistemas nervioso y endocrino. Tan solo contadas parejas, las más activas y creativas a la hora de reinventarse, serán capaces de volver a sentir estas emociones.

Y cuando, en la mayor parte de los casos, sobrevenga la ruptura o el abandono, cuando de una manera repentina no solo cambien las sensaciones sino incluso los propios recuerdos, cuando todo lo vivido se reinterprete de una manera diferente, y con tanta facilidad se pase del amor al odio, la impresión de haber estado bajo el hechizo de un engaño será, por fin, inequívoca.

---

19 Es en *El Banquete* donde Platón atribuye el origen de este mito a Aristófanes, quien al parecer afirmaba que al principio de los tiempos existían tres sexos: el masculino, descendiente del sol, el femenino, descendiente de la tierra, y el andrógino, el más imperfecto de los tres y descendiente de la luna. Estos humanos primitivos tenían cuatro brazos, cuatro piernas y también dos rostros en una misma cabeza. Y todos ellos eran tan temerarios que concibieron la atrevida idea de escalar al cielo y combatir con los dioses. La ocurrencia enfureció a Zeus y decidió castigarlos:

—No voy a destruirlos —dijo a quien quiso escucharlo en el Olimpo—. Pero reduciré su osadía separándolos en dos. Así se harán más débiles y habrán de caminar rectos, sosteniéndose en tan solo dos piernas. Y si luego de esto todavía conservan su audacia impía, los dividiré de nuevo y se verán obligados a saltar sobre un solo pie.

Desde el momento en que fueron escindidas, las mitades humanas harían tremendos esfuerzos por encontrarse la una a la otra, y cuando lo hacían ya no querían volver a separarse jamás. Para Aristófanes, de las tres clases de amor resultantes, la inferior de todas era la que se daba entre un hombre y una mujer, por consistir en la andrógina unión de dos contrarios; por encima de esta categoría había que situar el amor entre dos mujeres; y sobre estas, la del amor del hombre por el hombre, que era sin duda la más noble.

Y aquí reside todo nuestro fundamento del mito de la media naranja.

LA MUERTE

Una sensación muy similar a la que hemos podido experimentar tras nuestras rupturas amorosas será la que nos aguarde en el último estadio de la vida. La sensación de desengaño existencial.

El despertar de un sueño.

Es solo al final de nuestros días cuando, azuzados por la inminencia de la muerte, en un momento de lucidez, comprendemos el verdadero alcance del hecho de que todo sea mentira.

El individuo que ha dejado pasar los años, sumido en el letargo de las distintas rutinas y acatando con mansedumbre los engaños de la cultura —los sociales, los políticos, los económicos— no puede sentir más que una cosa en su vejez: el malestar por las posibilidades de vida malgastadas. Todo aquel que no se haya rebelado nunca contra las mentiras dominantes, y no haya intentado hacer prevalecer sus propias ficciones, habrá de sentir por fuerza algo similar. Que nunca hizo lo que quiso. Que acabó viviendo una vida que no quería vivir. Que debió haberlo comprendido a tiempo, haber infringido las normas del engaño y haber abandonado la farsa. Y quienes además hayan vivido atrapados bajo la entelequia del capitalismo, o de cualquier otra de las formas de dominio económico, añadirán a las anteriores otra sensación: la de haber pasado la vida trabajando para otros, la de que el fruto de todos sus esfuerzos se lo han llevado otros y ahora, una vez exprimidos, van a abandonar el mundo igual o peor que cuando lo pisaron por primera vez.

¿Y qué hay después del sueño?

¿Qué significará mi muerte? Sabemos que después de morir no nos espera nada, nada que tenga que ver con mi yo o mi conciencia. Pero, una vez desmentida la falacia de la inmortalidad del alma, ¿qué impacto tendrá mi muerte en esta ilusión del mundo? Por lo que podemos observar en vida, ninguno en absoluto. La nada de nuevo.

Tan solo a los más íntimos les afectará de verdad mi muerte. A una, dos, cinco personas. Habrá otras decenas que sientan también mi desaparición durante unos días, que viertan una lágrima o dediquen algunos minutos a pensar en mí con cierta intensidad, aunque el resto del tiempo continúen con sus vidas como si nada. Como no puede ser de otra manera. Solo unos cuantos acudirán a mi funeral, y entre estos habrá a quienes les resulte una molestia, otro compromiso más en este mundo en el que todo es apariencia. La mayoría de la gente que me conoce, si llega a saber de mi muerte, se limitará a expresar su condolencia con un tuit, una línea perdida entre sus miles de publicaciones que no habrá ocupado más que unos segundos en su mente. Si yo fuese alguien famoso, quizá miles de tuits y retuits tomarían la red de lo efímero durante uno o dos días. Y luego, nada más. El mundo seguiría su curso sin alterarse. Ninguna muerte es relevante.

Ninguna muerte hace que los demás dejen de comer, de dormir, de reír o de seguir viviendo su propio espejismo.

La práctica totalidad de nosotros ignora gran parte de la vida de sus abuelos, quiénes fueron y qué sintieron de verdad, y todo o casi todo sobre sus bisabuelos. Como nosotros seremos ignorados por nuestros nietos y del todo olvidados por nuestros biznietos.

El individuo no importa. Tan solo importa la especie.

Lo único que nos concede cierto alivio es que, una vez hemos comprendido que la identidad es una impostura, que vivimos aferrados a la ilusión, manipulados en todos los ámbitos por los engaños internos y externos, y que lo único que queda es ese punto de conciencia minúsculo encerrado en el fondo de nosotros, esta pérdida tampoco supone una tragedia tan grande.

¿A quién puede importarle la desaparición de ese yo tan imperceptible pegado a algún lugar de mi masa encefálica? ¿No habré sobrevalorado eso tan pequeño que me hace despertarme una y otra vez dentro de mi propio cuerpo? Salvo por ese detalle, una vez liberado de la máscara de la identidad, soy casi igual al resto de las personas. Soy los otros.

El individuo no importa. Importan los demás.

Y ENTONCES ¿QUÉ HAY?

Pero si todo es mentira, si incluso el cerebro nos engaña cuando nos hace creer que nuestra representación de la realidad es la realidad, ¿qué hay detrás de toda esta ilusión? ¿Qué queda cuando retiramos todas y cada una de las mentiras señaladas a lo largo de estas páginas?

Queda el yo irreductible. El viejo sujeto pensante de Descartes.

Y en cierto sentido, el *cogito* cartesiano se ha visto aún más reducido. No tanto porque lo hayamos despojado de su identidad, sino porque ni siquiera estamos seguros de si es este yo quien asume las decisiones, o si en su lugar lo hace el inconsciente. Es más, la toma de decisiones se produce casi siempre en algún lugar del encéfalo hasta siete segundos antes de que la procese la conciencia.

En cualquier caso, de una forma incierta, lo entendamos o no, queda un sujeto que piensa, que imita, que urde las metáforas, que miente, engaña y es engañado.

Sobre esta unidad mínima también ha habido muchos intentos serios de reconstrucción, como por ejemplo el acometido por Immanuel Kant en su formidable *Crítica de la razón pura* (1781). Sin embargo, ante la imposibilidad de demostrar la cosa en sí o el noúmeno, todos los conceptos puros del entendimiento o categorías kantianas, así como sus condiciones *a priori* de la sensibilidad, han terminado cayendo de este lado del sujeto. Incluso estas últimas, el espacio y el tiempo, serán entonces de tal o cual modo solo para mí, son el marco de *mi* sensibilidad, pero no sabemos nada de ellas más allá de mi mente. Lo mismo ocurre, aunque de una forma mucho más deliberada, con la obra de Schopenhauer, por citar solo dos ejemplos insignes. En *El mundo como voluntad y representación* (1819), partiendo de los planteamientos kantianos, sostiene por un lado la existencia del sujeto de la representación y, por otro, la del objeto que se conoce, estructurado por las formas *a priori* del espacio, el tiempo y la causalidad.

Pero nada de ese objeto —ninguno de los seres naturales, orgánicos e inorgánicos, que lo pueblan— tiene existencia real fuera de la representación, de una manera similar a como sucede con el velo de *māyā* o con el sueño de Calderón de la Barca.

Estos intentos de ampliación del sujeto pensante de filósofos como Kant o Schopenhauer nos permiten saber mucho más de cómo somos y de cómo proyectamos el mundo. Pero seguimos atrapados aquí dentro.

Y en ocasiones podemos seguir sintiéndonos como en un pasaje del filósofo —y escritor de ciencia ficción— Olaf Stapledon, que Borges resumía así:

> El universo consta de una sola persona —mejor, de una sola conciencia— y de los procesos mentales de esa conciencia. Esa persona (que naturalmente es usted, el lector) ha sido creada en este preciso momento y dispone de un surtido completo de recuerdos autobiográficos, familiares, históricos, topográficos, astronómicos y geológicos, entre los que figura, digamos, la circunstancia irreal de empezar a leer esta nota (Jorge Luis Borges, «Olaf Stapledon, *Philosophy and living*», 1940).

¿Entonces, no hay nada más?

Quizá sí o quizá no. Pero lo cierto es que llegados a este punto, y como dije ya muy atrás, no nos queda más opción que mentir, que especular y que lanzar la hipótesis de la existencia del mundo.

No nos engañemos, usted y yo creemos en la existencia del mundo. Todos y cada uno de nosotros demostramos nuestra creencia en la existencia del mundo varias veces al día. No tanto cuando esquivo un puñetazo, pues ese puño podría existir solo en mi mente y aun así la regla mental consistir en que cuando se acerca demasiado a la ilusión de mi cuerpo me provoca dolor. Pero sí en un mayor grado cuando creemos en la existencia de los demás, de los otros sujetos pensantes, y somos capaces de empatizar con su alegría o con su sufrimiento. Esto no es, por supuesto, una prueba de la existencia de la realidad, sino una prueba de cuán fuerte es nuestra creencia en la existencia de la realidad. Y todavía lo demostramos más cada día cuando no nos suicidamos, cuando no nos quitamos la vida solo para comprobar si así cambian las reglas y todo esto no era más que uno de los juegos posibles.

Ahora bien, amigo lector, es importante que advierta que nuestra modesta reconstrucción comienza con una mentira. Y que todo lo demás, a

partir de aquí, será por lo tanto ficcional.

Somos seres ficcionales, seres metafóricos, y todo intento de conocernos a nosotros mismos o de comprender el mundo que hemos construido debe comenzar por este punto. Y, acaso, lo único que podamos hacer en adelante sea poner un poco de orden entre nuestras ficciones.

En *El yo y su cerebro* (1977), Karl Popper propone una división tripartita del mundo que bien podría servirnos de ayuda para iniciar nuestra posible ordenación. Popper dividió la realidad en el Mundo 1, que corresponde a las entidades físicas, como las rocas, los árboles, la fuerza de la gravedad o mi cuerpo, el Mundo 2, que incluye los estados mentales, como la conciencia, los sentimientos individuales o su esfuerzo concreto en este instante por interpretar estas palabras, y el Mundo 3, que abarca los contenidos del pensamiento, los productos de la mente humana, y aquí se encontrarían la geología, la botánica, la ley de la gravedad, la teoría de la relatividad, el lenguaje, los prejuicios culturales, las crisis macroeconómicas, los unicornios, Cupido, la neurología, Dios, el hombre lobo o el monstruo de Frankenstein. Entre estos tres mundos se dan constantes interacciones. Por un lado, mi mente se relaciona con las cosas mediante la experiencia sensible, y ella misma surge supuestamente de una entidad física y biológica concreta que llamamos cuerpo (Mundo 1 y Mundo 2). Por otro lado, nuestras mentes producen ideas que de alguna forma gozan de cierta autonomía parcial y que pueden retornar para acabar influyendo de manera drástica en nosotros. No solo porque lo que lea o aprenda me transforme cada día, sino porque una crisis económica o un dogma religioso pueden devastar mi estado mental o incluso acabar con mi vida (Mundo 2 y Mundo 3). Y, por último, también entre las ideas y las cosas existe una interrelación, puesto que las primeras necesitan de las segundas para subsistir, o bien tienen un sustrato en objetos físicos —como los libros o los servidores—, o bien se alojan en la red que conforman nuestros propios cerebros. De una forma más simple o más compleja, están a la vez en ambos mundos: la obra de arte existe, por ejemplo, como escultura, pero su connotación artística pertenece a la dimensión cultural e imaginaria. Incluso un ser fantástico puede tener implicaciones en el mundo físico, el monstruo de Frankenstein no solo ha dado lugar a otras obras literarias o de cine, sino

también a disfraces, camisetas, llaveros, tazas y demás *merchandising*, a montañas de libros físicos, cintas de vídeo o discos de DVD, y a festivales y algún parque temático (Mundo 3 y Mundo 1).

El orden numérico que asigna Popper es más que intencionado. Para el filósofo austríaco lo primero que se da es el mundo físico, y este ocasiona luego el mundo mental y no al contrario. Desde luego, esto podría muy bien ser así. Pero darlo por sentado, y negar la posibilidad de una relación causal en la dirección opuesta, carece de fundamento y depende solo de una cuestión de fe. A pesar de ello, aunque a regañadientes, mantendré su denominación original confiando en que no resulte confusa en la siguiente exposición.

Lo primero que se da es el yo y sus procesos de pensamiento.

Lo primero es, por lo tanto, el Mundo 2. Pero no todo el conjunto de las mentes que acabaremos incluyendo en el Mundo 2, sino solo la ínfima fracción que supone mi yo individual.

Lo siguiente, dado que mi pensamiento es simbólico, será la metáfora. La imagen mental del mundo, la conciencia de la realidad, la primera mentira. Y entonces el Mundo 1 habrá adquirido forma en mi mente.

Asumiré la existencia exterior de mis imágenes mentales, aunque esto no sea más que una hipótesis, y tomaré conciencia de mi propia existencia como parte de esa realidad. Me incluiré a mí mismo en esa representación y lo haré además de una forma muy particular, distintiva del ser humano, y que me permite recuperar por fin una cuestión a la que prometí que regresaríamos en el segundo capítulo de este libro.

En el capítulo titulado «Menos seis» hablábamos del bucle, del salto o del círculo que suponía la autorreferencialidad. Nuestra disquisición se vio entonces interrumpida, pero ahora se hace necesario volver a ella y delimitarla para poder seguir avanzando y sobre todo para distinguirla de otras formas de conciencia. Es mentira que el ser humano sea el único animal con conciencia de sí y del mundo. Una enorme cantidad de especies son capaces de usar metáforas y tienen una imagen mental y conciencia de la realidad. Casi todas ellas se quedan sin embargo en el primer salto metafórico, en la transformación del impulso nervioso en imágenes, y no dan el segundo paso hasta el lenguaje. Pero un caballo recuerda, un gato

sueña, y lo hacen mediante metáforas mentales. Y cuando una iguana toma el sol y, de repente, distingue un depredador y se arroja al agua, tiene perfecta conciencia de ese mundo que no es ella. Es más, los elefantes o los chimpancés se reconocen en los espejos. No obstante, el ser humano es el único —aunque la noción de inteligencia es gradual y no hay una separación tan marcada entre las especies como nos gusta pensar— capaz de elaborar una metáfora sobre la metáfora. Nuestra propensión al bucle, a hablar de lo que estamos hablando, nuestra capacidad de elevarnos a un nivel de lenguaje superior al primer nivel de lenguaje, no solo nos arroja a paradojas lógicas y semánticas como la del narrador mentiroso. Precisamente, es esta facultad de elevarnos a un metalenguaje la que hace posible la plena conciencia de nosotros mismos.

Entonces, tras la primera metáfora o tras la conciencia del mundo, elaboramos otra metametáfora que consiste en sabernos parte del mundo y sabernos pensando sobre el mundo. En esta metáfora de la metáfora consiste la autorreferencialidad. Y esta y no otra es la conciencia puramente humana.

Por supuesto, podríamos seguir elevándonos sobre este nivel, y pensarnos a nosotros mismos como alguien que piensa en seres que piensan que están pensando; y en muchos razonamientos hacemos algo parecido. Pero las más de las veces esto nos lleva solo a perdernos. Y a advertir que hay algo que nos falta como especie inteligente, un salto cualitativo que probablemente no podamos ni imaginar. Como el caballo, el gato o la iguana no pueden sospechar siquiera nada de lo que usted y yo estamos tratando.

Y después al fin, con la conciencia propia construida y ultimada, puedo pasar a conceder existencia a los demás. Una vez que proyecto el Mundo 1 y que poseo una imagen de mi propia mente como parte de ese mundo exterior, puedo suponer que todos aquellos seres que aparentan ser iguales a mí por fuera deben de ser también semejantes a mí en sus respectivos interiores. Y conjeturo sus mentes, completando así el resto del Mundo 2.

Sin embargo, esto es una nueva concesión. Desde el punto de vista de mi subjetividad, los estados mentales de todos los demás no están en el Mundo 2 tan claramente como parece verlo Popper, sino que se comportan a todos

los efectos como si formaran parte del Mundo 3. El resto de las mentes no son más que una idea en mi mente. Algo que percibiremos con todavía más intensidad en los casos de todas aquellas personas de las que ni siquiera tengo una impresión empírica, un habitante de Ghana o un chino llamado Yu Martin Xu son para mí tan ficcionales como Hitler o Van Gogh, quienes, una vez desaparecidos de los Mundos 1 y Mundo 2, incluso el ahora también extinto filósofo Karl Popper convendría en que pasaron a pertenecer solo al Mundo 3. Y aunque pudiera parecer que no se trata más que de un argumento metafísico, este es un defecto cognitivo muy presente en nuestras vidas y que explica en buena medida la xenofobia, las políticas de inmigración de algunos gobernantes e incluso los grandes genocidios. No somos capaces de lograr empatía con aquellos que percibimos como meros conceptos. De la misma manera que para usted, lector, yo no soy más que una borrosa idea apenas abocetada en su mente.

A continuación, a estas alturas de nuestro proceso de ficcionalización, tan solo restará seguir construyendo el Mundo 3. Y en esa labor nos encontramos todos nosotros.

El Mundo 3 es ahora más complejo de lo que ha sido nunca antes en la historia, por cuanto acumula, entre otras cosas, los conocimientos de casi todos los periodos históricos anteriores. Para el hombre primitivo, el Mundo 3 debía de ser con diferencia el más pequeño de todos, mientras que el Mundo 1 —apenas un mar, unas montañas, el sol, el cielo, algunas tormentas— se le antojaría una entidad imponente e infinita. Qué insignificante debía de sentirse desprovisto de todas sus herramientas de aire. En la actualidad, en cambio, por más que nos digan que el universo contiene dos billones de galaxias y que su diámetro mide al menos 91.000 millones de años luz, estos datos pasan de inmediato a formar parte para nosotros del Mundo 3, que sigue creciendo imparable más y más sobre nuestras cabezas. Como ya hemos visto, nuestro entorno inmediato está tan afectado por este mundo de lo ficticio que la hiperrealidad amenaza con aplastarnos.

Todo está tomado por el Mundo 3.

El mayor reto hoy acaso sea mantener en equilibrio a nuestro yo pensante en medio de esta vorágine de ficciones.

Y el primer paso, en consecuencia, quizá sea reconocer nuestra naturaleza ficcional.

El arte es una actividad humana superior a la religión, precisamente, porque reconoce su carácter ficticio. Y a la ciencia le vendría bien bajarse del altar en el que se ha situado, y reconocer que trabaja con hipótesis. No que algunas de sus teorías son hipotéticas, sino que el entero corpus científico es hipotético, pues el ser humano no puede llegar más allá y no hay un solo científico que pueda alcanzar —o siquiera definir— en qué consiste esa ficción llamada verdad.

Lo mismo ocurre con algunas otras manifestaciones de la grandeza humana, como el amor o el altruismo. El amor es una ficción, las relaciones sexuales y amorosas forman parte de un plan de la especie que poco tiene que ver con lo que nosotros creemos sentir. El altruismo, como adelantaba Paul Rée en sus *Observaciones psicológicas* (1875), no es más que una conducta humana fortalecida a lo largo de los siglos por la selección. Y no obstante, ¿si creemos sentir algo no lo estamos sintiendo de verdad? Al igual que yo no soy ninguna de mis neuronas por separado, y sin embargo tengo una percepción de mi pensamiento clara y distinta, ¿no es el amor una mentira *real* para mí? A pesar de que sea un engaño biológico, ¿no produce verdaderos placer y dolor en mi subjetividad?

Si admitimos su condición ficticia, en un sentido nietzscheano estaremos de alguna forma trascendiendo los anteriores valores para ir un paso más allá. Porque cuando uno es consciente del engaño, y aun así acepta continuar jugando, no es solo una víctima. Como el artista no es solo un mentiroso, ni el espectador o el lector, solo alguien engañado. Es posible conocer los hechos, saber que toda la química que nos recorre es parte de una estrategia, que todo lo que siento tiene en realidad otra finalidad, y aun así gritar: «¡Sí, de acuerdo, todo es mentira! ¡Pero la amo!». En la salud y en la falsedad.

Desde esta perspectiva, la imagen solipsista de la que partíamos ya habría cambiado sustancialmente de matiz. Porque ahora, en lugar de ser un incauto embaucado por la gran farsa, soy un actor que ha elegido actuar.

> El ser natural —el yo irreducible—, suponiendo que exista, será más bien pequeño, creo yo, y puede incluso que en él esté el origen de toda imitación: el ser natural puede hallarse en el talento,

> en la capacidad innata para imitar. Me refiero al hecho de comprender que eres, en lo fundamental, un intérprete, un actor, en vez de dar por válido el disfraz y creerte que no estás interpretando, que eres tú mismo (Philip Roth, *La contravida*, 1986).

Todo lo que hay a nuestro alrededor es falso, todo lo que da forma a nuestra vida y nuestro mundo está tejido de mentiras. Mucho antes de que llegáramos al planeta, la naturaleza ya se servía del engaño para sus planes.

De alguna manera, la mentira ha sabido encajar en el proceso de la selección natural como un elemento ventajoso. Y esto ha tenido innumerables repercusiones. Para empezar, nosotros mismos: los seres ficcionales por excelencia, modelados por la selección darwiniana para ser el epítome de la mentira. Y, yendo más lejos, todas las actividades humanas. Si atendemos al hecho de que el origen del engaño se encuentra en la naturaleza, quizá nos sea más fácil comprender por qué la selección natural ha sido siempre el principal agente de ordenación en todos los ámbitos humanos; algo que no ocurre, por ejemplo, en los órdenes geológico o astronómico. Sin embargo, la mentira y los procesos selectivos de competencia, adaptación y supervivencia han ido siempre de la mano y están presentes en todos los aspectos de nuestra sociedad. No solo en las pautas biológicas que afectan a los seres vivos, a la evolución de las especies o a nuestro propio organismo. Lo que pretendo señalar es que la selección natural puede encontrarse como criterio ordenador en la dinámica de los grupos, en la formación de las sociedades, en la subsistencia o desaparición de las culturas, en la pervivencia de los valores éticos, en los intercambios por trueque, en la microeconomía, en las finanzas, en los mercados internacionales, en la publicidad y el *marketing*, en las modas, en el progreso tecnológico y, en general, en todas las disciplinas y actividades que impliquen la participación de las ideas.

Como supo ver la epistemología evolutiva, incluso nuestra propia mente dispone de unos mecanismos cognitivos innatos que son fruto de la evolución. Poseemos unas categorías y unas condiciones de la sensibilidad *a priori* heredadas genéticamente, independientes de toda experiencia individual, y también otras que son el resultado de experiencias positivas y negativas de toda una especie a lo largo de millones de años. De modo que nuestra forma de pensar y ver el mundo es la que es, como podría haber

sido otra, solo en base a unos azarosos procesos de selección. De ahí que nuestra inclinación a distorsionar y a la fantasmagoría sea solo un accidente.

Pero si vamos todavía más allá, las propias ideas y las mentiras también evolucionan al margen de nuestra fisiología y de nuestro control. Más aun desde que todas ellas vuelan libres en el Mundo 3.

Una ficción siempre necesita de un soporte. Este puede ser un objeto físico en el Mundo 1: un libro, un lienzo, una pizarra, una unidad de almacenamiento; o bien una mente humana del Mundo 2. En las comunidades muy pequeñas, previas a la invención de la escritura, las ideas debían de extinguirse con mucha facilidad, y habría de pasar mucho tiempo hasta que se fraguara una mentira o leyenda capaz de resistir las adversidades en las mentes de varios grupos. Sin embargo, en la actualidad, la enorme diversidad de formatos de grabación, las cifras de la población mundial y las redes de comunicación que nos conectan hacen que la situación se haya invertido. Una mente puede generar una idea, y al instante siguiente puede haber dejado de pertenecerle y estar replicándose por medio mundo. El individuo creador de una idea puede desaparecer y esta sobrevivirle durante años o siglos. Desde la invención de la escritura, la cultura empezó a cobrar mayor autonomía, pero en nuestro tiempo las redes de comunicación electrónica —las redes sociales, los foros, las aplicaciones de mensajería— y el resto de los medios de comunicación han convertido nuestras mentes en una suerte de red entre pares *(peer-to-peer),* que mantiene a las ideas y a las mentiras en línea de forma constante.

El Mundo 2 se ha transformado en una red a disposición de las ideas del Mundo 3. Los seres humanos están al servicio de las ideas y el individuo empieza a ser prescindible.

De alguna forma, a veces puede invadirnos la sensación de que ellas habían sido en todo momento lo único importante. Las mentiras estaban aquí mucho antes que nosotros. Y, ahora, todas estas ficciones parecen haber evolucionado y proseguir su camino hacia alguna parte. Con independencia de nosotros, que hemos sido relegados a la condición de meros soportes.

Y esto no tiene por qué ser malo: las ideas se propagan a través de nosotros, seres ficcionales, como si ellas fuesen el verdadero ser vivo.

Y quizá sea así.

Quizá, una vez trascendida la ilusión de la identidad, lo único que importe sean las ideas que dejamos.

Quizá nuestra especie, algún día, sirva para algo.

BIBLIOGRAFÍA

Agustín, San (1954): *Obras completas XII. Tratados morales* (trad. Lope Cilleruelo, Félix García, Pío de Luis y Carlos Morán), B.A.C., Madrid. [Incluye «La mentira» y «Contra la mentira».]

Arendt, Hannah (2017): *Verdad y mentira en la política* (trad. Roberto Ramos Fontecoba), Página Indómita, Barcelona. [Incluye «Verdad y política» y «La mentira en política».]

Aristóteles (1977): *Poética* (trad. José Alsina Clota), Bosch, Barcelona.

Barthes, Roland (1973): *El grado cero de la escritura* (trad. Nicolás Rosa), Siglo XXI, México D.F.

Baudrillard, Jean (1978): *Cultura y simulacro* (trad. Pedro Rovira), Kairós, Barcelona.

— (1996): *El Crimen Perfecto* (trad. Joaquín Jordá), Anagrama, Barcelona.

Bentham, Jeremy (2005): *Teoría de las ficciones* (trad. Helena Goicochea), Marcial Pons, Madrid.

Berger, Peter (1971): *El dosel sagrado: elementos para una sociología de la religión* (trad. Néstor Míguez), Amorrortu Editores, Buenos Aires.

Bioy Casares, Adolfo (2012): *La invención de Morel*, Alianza Editorial, Madrid.

Borges, Jorge Luis (ed.) (1976): *Libro de sueños*, Siruela, Madrid.

— (1996a): *Obras Completas I (1923-1949)*, Emecé, Barcelona.

— (1996b): *Obras Completas II (1952-1972)*, Emecé, Barcelona.

— (1996c): *Obras Completas III (1975-1985)*, Emecé, Barcelona.

Calderón de la Barca, Pedro (1983): *La vida es sueño. El gran teatro del mundo*, Orbis, Barcelona.

Calvino, Juan (2000): *Traité des reliques*, Labor et Fides, Ginebra.

Caro Baroja, Julio (1992): *Las falsificaciones de la Historia*, Seix Barral, Barcelona.

Carroll, Lewis (1992): *Alicia en el País de las Maravillas / Alicia a través del espejo* (trad. Jaime de Ojeda Eiseley), Alianza Editorial, Madrid.

— (2013): *Silvia y Bruno* (trad. Axel Alonso Valle), Akal, Madrid.

Colditz, Jason B.; Giles, Leila M.; Hoffman, Beth L.; Lin, Liu yi; Miller, Elizabeth; Primack, Brian A.; Radovic, Ana; Shensa, Ariel, y Sidani, Jaime E. (2016): «Association between social media use and depression», *Depression and Anxiety*, vol. 33, n.º 4, pp. 257-264.

Derrida, Jacques (1989): *La escritura y la diferencia* (trad. Patricio Peñalver), Anthropos, Barcelona.

Descartes, René (1937): *Discurso del método. Meditaciones metafísicas* (trad. Manuel García Morente), Espasa-Calpe, Madrid.

Dick, Philip K. (2002): *Minority Report y otras historias* (trad. Carlos Gardini), Ediciones B, Barcelona.

— (2011): *Ubik* (trad. Manuel Espín Martín), Minotauro, Barcelona.

— (2012): *Tiempo desarticulado* (trad. Rubén Masera), Minotauro, Barcelona.

Durkheim, Émile (2014): *Las formas elementales de la vida religiosa* (trad. Ana Martínez Arancón), Alianza Editorial, Madrid.

Eco, Umberto (1974): *La estructura ausente: introducción a la semiótica* (trad. Francisco Serra Cantarell), Lumen, Barcelona.

— (1986): *La estrategia de la ilusión* (trad. Edgardo Oviedo), Lumen, Barcelona.

— (1990): *Semiótica y filosofía del lenguaje* (trad. Rosa Premat), Lumen, Barcelona.

— (1991): *Tratado de semiótica general* (trad. Carlos Manzano), Lumen, Barcelona.

Eliade, Mircea (1990): *Tratado de historia de las religiones* (trad. A. Medinaveitia), Círculo de Lectores, Barcelona.
Ferré, Juan Francisco (2009): *Providence,* Anagrama, Barcelona.
— (2015): *El Rey del Juego,* Anagrama, Barcelona.
Feuerbach, Ludwig (1993): *Pensamientos sobre muerte e inmortalidad* (trad. José Luis García Rúa), Alianza Editorial, Madrid.
— (1995): *La esencia del cristianismo* (trad. José L. Iglesias), Trotta, Madrid.
Feyerabend, Paul (1986): *Tratado contra el método* (trad. Diego Ribes), Tecnos, Madrid.
Foucault, Michel (1967): *Historia de la locura en la época clásica* (trad. Juan José Utrilla), Fondo de Cultura Económica, México D.F.
— (1968): *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas* (trad. Elsa Cecilia Frost), Siglo XXI, México D.F.
— (1970): *Nietzsche, Marx, Freud* (trad. Alberto González Troyano), Anagrama, Barcelona.
Frankfurt, Harry G. (2006): *On Bullshit* (trad. Miguel Candel Sanmartín), Paidós, Barcelona.
Freeman, Charles (2009): *A New History of Early Christianity*, Yale University Press, New Haven.
Freud, Sigmund (2012): *El yo y el ello y otros ensayos de metapsicología* (trad. Ramón Rey Ardid y Luis López Ballesteros), Alianza Editorial, Madrid.
— (2011): *La interpretación de los sueños* (trad. Luis López-Ballesteros) 2 vols., Alianza Editorial, Madrid.
— (2010): *El malestar en la cultura* (trad. Ramón Rey Ardid y Luis López Ballesteros), Alianza Editorial, Madrid.
Gubern, Roman (1996): *Del bisonte a la realidad virtual: la escena y el laberinto*, Anagrama, Barcelona.
Hofstadter, Douglas R. (1987): *Gödel, Escher, Bach, un eterno y grácil bucle* (trad. Mario A. Usabiaga y Alejandro López Rousseau), Tusquets, Barcelona.
Hume, David (2015): *Investigación sobre el conocimiento humano* (trad. Jaime de Salas Ortueta), Alianza Editorial, Madrid.
— (1988a): *Tratado sobre la naturaleza humana* (trad. Félix Duque), Tecnos, Madrid.
— (1988b): *Sobre el suicidio y otros ensayos* (trad. Carlos Mellizo), Alianza Editorial, Madrid.
— (1992): *Historia natural de la religión* (trad. Carlos Mellizo), Tecnos, Madrid.
— (1994): *Diálogos sobre la religión natural* (trad. Carmen García-Trevijano), Tecnos, Madrid.
Jameson, Fredric (2012): *El posmodernismo revisado* (trad. David Sánchez Usanos), Abada, Madrid.
Kant, Immanuel (1978): *Crítica de la razón pura* (trad. Pedro Ribas), Alfaguara, Madrid.
— (2013): *Crítica de la razón práctica* (trad. Roberto R. Aramayo), Alianza Editorial, Madrid.
— (1986): «Sobre un presunto derecho de mentir por filantropía», en *Teoría y Práctica* (trad. Juan Miguel Palacios), Tecnos, Madrid, pp. 61-68.
Koyré, Alexandre (2004): *Reflexiones sobre la mentira* (trad. Hugo Savino), Leviatán, Buenos Aires.
Kuhn, Thomas S. (1971): *La estructura de las revoluciones científicas* (trad. Agustín Contín), Fondo de Cultura Económica, México D.F.
Laercio, Diógenes (2013): *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres* (trad. Carlos García Gual), Alianza Editorial, Madrid.
Lem, Stanisław (2006): *Provocación* (trad. Joanna Bardzinska y Kasia Dubla), Funambulista, Madrid.
— (2008): *Vacío Perfecto* (trad. Jadwiga Maurizio), Impedimenta, Madrid.
— (2010): *Magnitud Imaginaria* (trad. Jadwiga Maurizio), Impedimenta, Madrid.
— (2012): *Golem XIV* (trad. Joanna Orzechowska) , Impedimenta, Madrid.
— (2013): *Summa Technologiae* (trad. al inglés, Joanna Zylinska), University of Minnesota Press, Minneapolis.

Lévi-Strauss, Claude (1964): *El pensamiento salvaje* (trad. González Aramburo, Francisco), Fondo de Cultura Económica, México D.F.
— (1995): *Antropología estructural* (trad. Eliseo Verón), Paidós, Barcelona.
Lévy, Pierre (1998): *¿Qué es lo virtual?* (trad. Diego Levis), Paidós, Barcelona.
Loiperdinger, Martin (2004): «Lumiere's Arrival of the Train: Cinema's Founding Myth», *The Moving Image*, vol. 4, n.º 1.
Lynch, Enrique (2007): *Filosofía y/o literatura. Identidad y/o diferencia*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
Maillard, Chantal (1992): *La creación de la metáfora*, Anthropos, Barcelona.
Maquiavelo, Nicolás (2010): *El Príncipe* (trad. Miguel Ángel Granada Martínez), Alianza Editorial, Madrid.
Marchesini, Giovanni (1905): *Le finzioni dell'anima*, Laterza & Figli, Bari.
Marx, Karl (1977): *El Capital* (trad. Vicente Romano García), Akal, Madrid.
Marx, Karl, y Engels, Friedrich (1972): *La ideología alemana* (trad. Wenceslao Roces), Grijalbo, Barcelona.
Molina Mejía, Andrés (1993): *El pensamiento moderno: Descartes*, Ágora, Málaga.
Muñoz Rengel, Juan Jacinto (1998): «De la crítica estructuralista a la disolución de la estética, el lenguaje y la realidad», *Anthropos*, n.º 186, pp. 103-107.
— (1999): «¿En qué creía Borges?», *Iberomania*, n.º 51, Universidad de Tübingen (Alemania), pp. 91-104
— (1999): «Los apriorismos kantianos bajo juicio cognitivo», *Revista de Filosofía*, vol. XI, n.º 21, Universidad Complutense de Madrid, pp. 143-168.
— (2013): *El sueño del otro*, Plaza & Janés, Barcelona.
— (2013): «Tres siglos de mentiras políticas», *El País*, 28 de mayo, p. 31.
— (2015): «Lo fantástico como indagación. La ficción como herramienta del conocimiento», *Espejismos de la realidad* (coords. Natalia Álvarez y Ana Abello), Universidad de León, pp. 19-25.
Nietzsche, Friedrich (2012): *Más allá del Bien y del Mal* (trad. Andrés Sánchez Pascual), Alianza Editorial, Madrid.
— (1994): *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* (trad. Luis Valdés y Teresa Orduña), Tecnos, Madrid. [Incluye Vaihinger, Hans, *La voluntad de ilusión en Nietzsche*.]
— (2011): *Así habló Zaratustra* (trad. Andrés Sánchez Pascual), Alianza Editorial, Madrid.
— (2011): *La genealogía de la moral* (trad. Andrés Sánchez Pascual), Alianza Editorial, Madrid.
— (2016): *La gaya ciencia* (trad. Juan Luis Vermal Beretta), Tecnos, Madrid.
Penrose, Roger (1991): *La nueva mente del emperador* (trad. Javier García Sanz), Grijalbo Mondadori, Barcelona.
— (1996): *Las sombras de la mente* (trad. Javier García Sanz), Crítica, Barcelona.
Plutarco (1847): *Las vidas paralelas* (trad. Antonio Ranz Romanillos), Librería de A. Mézin, París.
Popper, Karl R. (1962): *La lógica de la investigación científica* (trad. Víctor Sánchez de Zavala), Tecnos, Madrid.
Popper, Karl R., y Eccles, John C. (1980): *El yo y su cerebro* (trad. Carlos Solís Santos), Labor, Barcelona.
Ricoeur, Paul (1970): *Freud: una interpretación de la cultura* (trad. Armando Suárez), Siglo XXI, México D.F.
Russell, Bertrand (1921): *The Analysis of Mind*, George Allen & Unwin, Londres.
— (1975): *Fundamentos de filosofía* (trad. R. Crespo y Crespo), Plaza & Janés, Barcelona.
— (1977): *Por qué no soy cristiano* (trad. Josefina Martínez Alinari), Edhasa, Barcelona.

Saussure, Ferdinand de (1945): *Curso de lingüística general* (trad. Amado Alonso), Losada, Buenos Aires.
Schmitt, Jean-Claude (1992): *Historia de la superstición* (trad. Teresa Clavel), Crítica, Barcelona.
Schopenhauer, Arthur (2010): *El mundo como voluntad y representación* (trad. Roberto R. Aramayo), 2 vols., Alianza Editorial, Madrid.
Scudéry, Madeleine De (2017): *Sobre la mentira, el disimulo y la sinceridad* (trad. Ángeles Caso), Siruela, Madrid.
Simmel, Georg (1927): *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización* (trad. J. Pérez Bances), Revista de Occidente, Madrid. [Incluye «El secreto y la sociedad secreta».]
Sunzi (2001): *El arte de la guerra* (trad. Albert Galvany), Trotta, Madrid.
Swift, Jonathan (2011): *El arte de la mentira política* (trad. Francisco Ochoa de Michelena), Sequitur, Madrid. [Su verdadero autor es John Arbuthnot.]
Tinasky, Guillermo (2017): *La ofensa* (trad. Enrique Murillo), Malpaso, Barcelona.
Vaihinger, Hans (1922): *Die Philosophie des Als Ob*, Felix Meiner Verlag, Leipzig.
Weber, Max (1992): *La ciencia como profesión. La política como profesión* (trad. Joaquín Abellán), Espasa Calpe, Madrid.
Wilde, Óscar (2000): *La decadencia de la mentira* (trad. María Luisa Balseiro), Siruela, Madrid.
Wittgenstein, Ludwig (1988): *Investigaciones Filosóficas* (trad. Alfonso García Suárez y Ulises Moulines), Crítica, Barcelona.
— (2012): *Tractatus Logico-Philosophicus* (trad. Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera), Alianza Editorial, Madrid.
Žižek, Slavoj (2001): *El acoso de las fantasías* (trad. Francisco López Martín), Akal, Madrid.

AGRADECIMIENTOS

No puedo concluir estas páginas sin dejar constancia de mi agradecimiento a José C. Vales, a Jorge Manzanilla y a Jaime Rodríguez Uriarte por sus brillantes lecturas.

Y una vez más a Ada, *conditio sine qua non* también de este libro.

Edición en formato digital: 2020

© Juan Jacinto Muñoz Rengel, 2020
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9181-890-8

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es